

ÓSCAR NADAL



CRUZ ZERO

CRUZERO

CRUZERO

ÓSCAR NADAL



TÍTULO: CRUZERO

© ÓSCAR NADAL 2017

© ILUSTRACIÓN DE LA CUBIERTA: IVAN RUSO

EDITOR: JUAN DE DIOS GARDUÑO

CORRECCIÓN: JUAN DE DIOS GARDUÑO

MAQUETACIÓN: FORJADORES DE SUEÑOS

PRIMERA EDICIÓN: ABRIL 2017

© EDITORIAL RED ROOM 2017

REDROOMEDITORIAL@GMAIL.COM

ISBN: 978-84-946973-0-2

DEPÓSITO LEGAL: M 10860-2017

IMPRESIÓN: PUBLIBERIA

A mis padres...

«Lo terrible no es la muerte,
sino las vidas que la gente vive
o no vive hasta su muerte».

Charles Bukowski

Indice

Capítulo 1

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)



Esta historia empieza en Bangor. Yo no soy de Bangor, pero mi recién estrenada exmujer sí, y antes de que todo se fuera a la mierda, mi vida ya se había ido a la mierda.

Era músico y estaba en un grupo. Tocábamos canciones propias, pero eso no daba lo suficiente como para ganarnos la vida, así que tocábamos en cualquier sitio donde quisieran contratar a cuatro chavales. Bueno, más bien hombres de treinta y muchos que, en un día bueno, podían pasar por treinta y pocos. No nos había ido tan mal, pero tampoco lo suficientemente bien como para mantener a una familia. Llegamos a grabar varios discos y la canción *Elements* llegó a ser la más radiada en las emisoras más importantes del país durante cuatro semanas. Todo eso quedó atrás, en un cálido y agri dulce recuerdo.

Hace unos meses, nuestro actual exmanager, George (en este momento el prefijo ex abunda en mi vida), nos consiguió un contrato de seis meses de duración en el barco más grande del mundo. El navío iba a realizar su viaje inaugural, lo que lo hacía aún más interesante. Esto significaba que durante veinticuatro semanas no tendría que preocuparme de cómo pagar la pensión ni de qué echarme a la boca. Además, pasearme por el caribe y tocar unas horas todas las noches no pintaba mal. Hace quince años hubiéramos pagado por algo así.

Siempre quise hacer la ruta 66 en mi Harley, pero entre el grupo, mi mujer, perdón, exmujer, mi hijo y demás responsabilidades no pude hacerlo. Es curioso como la vida te va poniendo una soga al cuello mientras te despoja de cualquier anhelo que puedas tener. La cuestión es que tomé la decisión de ir de Bangor a Fort Lauderdale, desde donde zarparía nuestro barco dentro de siete días, en mi vieja Harley Road King. Me había puesto en contacto con un

posible comprador y este sería mi viaje de despedida. Una ruta de más de 2700 kilómetros a través de la costa este. Había planificado la ruta con todo el cariño del mundo y sabía que al desprenderme de mi vieja amiga se me partiría el alma, así que se lo merecía; qué coño, nos lo merecíamos los dos. Era lo que tenía que hacer. Quería tomármelo con calma, así que siete días serían más que suficiente. Haría unos cuatrocientos kilómetros cada día, lo que me dejaría tiempo para hacer algo de turismo y dar reposo a mi trasero.

El resto de la banda cogería un avión el día antes de zarpar. Un viaje algo más corto que el mío, pero ni la mitad de emocionante ni tan vital.



El día en que partí, estaba la madre de mi hijo en la puerta de mi ex-casa supervisando la despedida con ojos inquisidores. Cómo me recordaba a las viejas monjas que en el colegio nos miraban con cara de desaprobación incluso antes de haber pensado siquiera alguna travesura. Mi hijo, Ashley Jr., tenía ya trece años y mi marcha le afectaba mucho más de lo que él trataba de aparentar. Le dije que todo esto era temporal y me sentí fatal por haberle mentido. Lo de su madre y lo mío era como querer juntar agua y aceite, simplemente no se puede. Le abracé y le dije que lo quería. Subí a la moto y mientras me ponía el casco le miré y le hice una mueca a lo Harry el sucio, pero no se rio. Apreté los dientes y contuve las lágrimas. Los siguientes diez kilómetros los conduje con los ojos vidriosos y apenas pude ver la carretera.

Poco a poco mis lágrimas fueron secándose y la sensación amarga de mi estómago se fue transformando en algo parecido al hambre. No quería parar tan pronto, por lo que decidí que haría el primer alto en el camino al llegar a Portland. Apenas me quedaban unos cien kilómetros. La primera parada me salió algo cara, pero no quería dejar el estado de Maine sin comerme una buena langosta, y así lo hice.

—Siga todo recto —me indicó un habitante del lugar—. Al final de la calle Broadway se dará de bruces con el Joe's Boathouse. Ahí se come la mejor langosta del lugar.

Le di las gracias y me marché.

Aquella noche la pasé en un motel de mala muerte cerca de Boston. Tras el dispendio en el Joe's tenía que recortar gastos por otro lado.



No voy a detenerme a contar los pormenores del resto de mi larga marcha o esto acabaría pareciéndose a una guía de viaje repleta de tugurios y lugares de mal gusto. De todos modos, no creo que podáis visitar ya ningún sitio de los que aquí pueda mencionar. Solo os diré que durante un instante estuve a punto de abandonar cualquier plan, girar a la derecha y marchar hacia el oeste. Este hubiera sido un buen final, imaginaos: Ashley Russell puso rumbo al oeste y cabalgó su vieja Harley hacia la puesta de sol, fin. Qué coño, el mejor final.



Ya en Miami, me puse en contacto con el feliz comprador de mi Harley. Un taxi paró frente a la cafetería donde yo estaba. Se bajó un tipo gordo y desaliñado, con la piel grasa y una calvicie incipiente. Me saludó con demasiado entusiasmo para mi gusto. No sabría decir si aquel tipo tendría treinta o cincuenta años, pero daba grima. De repente me dio asco pensar que aquella foca aposentaría su orondo trasero en mi amada moto. Dios, se me saltan las lágrimas con solo pensar en aquella penosa transacción y de cómo se aprovechó de mí aquel hijo de puta cuando se percató de mi tremenda necesidad de vender aquella hermosa máquina. Tuve que hacerle un importante descuento, por no decir que tuve que bajarme los pantalones y ofrecerle mi culo en bandeja de plata.

—Te doy cien pavos más y me das la chupa y el casco— dijo resollando.

—La chupa no te la vendo —como si le fuera a caer, pensé—. Cincuenta y te llevas el casco.

Arreglamos todo el papeleo y finalmente se marchó embutido en mi casco y chafando mi querida moto.

Y ahí estaba yo, tan solo con mi mochila y mi chupa, nada más.

Llamé a mis compañeros que ya habían llegado hacía unas horas y quedamos en la cafetería del hotel donde íbamos a pasar la última noche antes de zarpar.

Ahí estábamos todos, sentados en la terraza de la cafetería, hablando y riendo. Es el último recuerdo feliz que conservo de todos nosotros. A mi derecha estaba Richard, que era nuestro cantante y bajista. Estaba fumando, cómo no. Una vez de camino a un bolo le cronometré para ver cada cuanto tiempo se encendía un cigarrillo y era como un reloj, os lo juro, cada quince minutos un pitillo a la boca. También le gustaba mucho beber y la fiesta;

cómo no, era un cantante en toda regla. Nunca consumió drogas, punto a su favor. En cierto modo era el mimado del grupo y mientras diera un buen espectáculo en el escenario lo demás se le consentía. Lo conocí en el colegio con once años, y rozando la cuarentena seguía siendo como un niño el muy cabrón. A su lado estaba Stephen, el guitarra. Era algo introvertido, con un carácter un tanto infantil y sin lugar a dudas la persona más pesimista que jamás haya conocido. Resultaba muy divertido verle tocar porque cada vez que cometía algún error o se equivocaba en alguna nota, ponía cara de sorpresa y me miraba a mí o a Chuck y luego miraba la guitarra o se ponía a trastear el cabezal del amplificador. Como si la culpa fuera nuestra o de los aparatos, pero desde luego nunca suya. Cuando eso pasaba, simplemente nos poníamos todos a reír como tontos. Y por último os hablaré un poco de nuestro batería, Chuck. Pese a que se gastó una pequeña fortuna en tratamientos capilares, al final acabó más calvo que una bola de billar. Era delgado y no muy alto, pero lo compensaba con un mal humor que nos traía de cabeza a todos. Era el más profesional de los cuatro en cuanto a negocios se refiere, eso se debía en parte a que siempre fue bastante agarrado y nunca le gustó soltar un dólar si no era necesario.

Cuando el camarero nos trajo nuestras bebidas nos pusimos en pie y brindamos.

—¡Por nuestra aventura a bordo! —dije.

—¡Y por los conejitos de a bordo! —sentenció Richard con mayor convicción.

Reímos y brindamos. Seguimos en aquella terraza hasta que el sol empezó a ponerse. Nos dimos las buenas noches, y algo borrachos nos fuimos a dormir.



Por la mañana temprano y algo resacosos, nos dirigimos al *Oasis in the ocean*, el barco más grande construido hasta el momento. Era algo descomunal. Como una sucesión de hoteles uno junto al otro en primera línea de costa. Por lo que había leído respecto a este coloso, medía cuatrocientos metros de eslora y estaba compuesto por dieciocho plantas, más dos extra en la popa, aunque la planta número trece había sido omitida por razones supersticiosas. Tenía una capacidad para nueve mil personas, de las cuales dos mil eran miembros de la tripulación. Contaba con un gran centro comercial, cines 3D, cafeterías, galería de arte, restaurantes, biblioteca, un teatro con más de tres mil butacas, zonas abiertas que parecían calles franqueadas por tiendas de todo tipo, e incluso se realizaban actuaciones callejeras. Si no supieras de antemano que te encuentras en un barco, lo más seguro es que creyeras que estás caminando por el centro de alguna ciudad. Eso era, una ciudad sobre el océano.

Nos acercamos a un grupo de tripulantes y nos indicaron por donde teníamos que entrar. Al cabo de una hora ya estábamos acomodados en nuestros camarotes. Hubiese deseado un camarote para mí solo, desde luego. Pero claro, yo no estaba de vacaciones y no iban a ocupar un camarote entero para un triste músico contratado, por lo que tuve que compartir habitáculo con Stephen. Siempre había sido así. Cuando teníamos que compartir habitación de hotel, yo dormía con Stephen y Richard con Chuk. Los camarotes que ocupaban los miembros de la tripulación se encontraban en los pisos inferiores, así que nada de terraza con vistas al mar. Los nuestros eran aún peores, pues estaban en la zona interior del barco y podía oírse un zumbido constante proveniente de la zona de máquinas. Daba igual, no tenía intención de pasar demasiado tiempo dentro del camarote.

Nos dieron una hora para acomodarnos y luego nos citaron para una reunión en la sala de conferencias. Todos los ahí presentes no éramos miembros de la tripulación, propiamente dicho. Éramos los denominados «personal de servicio». Músicos, magos, payasos, animadores, monitores de gimnasio, profesores de zumba, bailarines, bailarinas y una interminable lista que no contaré.

Durante más de tres horas, el sobrecargo nos explicó las normas de conducta, las reglas del barco, los horarios de comidas y un largo etcétera. Finalizada la reunión nos dieron un pequeño libro con el resumen de todo lo tratado y un plano del barco. No sabía entonces que ese plano iba a salvarme la vida en más de una ocasión.

Chuck y yo fuimos de los más afortunados, pues todas las zonas de música en vivo contaban con un piano y una batería. Stephen y Richard, en cambio, tendrían que cargar con sus instrumentos barco arriba y abajo. Todas las noches realizábamos tres pases de una hora cada uno, con un descanso de veinte minutos entre pase y pase, tiempo justo para ir a amenizar la siguiente zona del barco. Al fin y al cabo, trabajábamos un total de cuatro horas al día, así que si sumabas las ocho horas para dormir, nos quedaban doce horas de puro ocio. Alguna vez por semana quedábamos para montar temas nuevos, de no ser por esto, podían pasar días en los cuales solo nos reuníamos los cuatro durante las actuaciones nocturnas.

Pasaron las semanas y nos hicimos a la vida del barco. Incluso Stephen dejó de marearse. Lo mejor de este barco es que nos permitían participar en las actividades de ocio de los propios clientes, por lo que podía usar el gimnasio de cubierta sin ningún problema. En general, mi vida en el barco era de ensueño. Llegué incluso a fantasear con la idea de vivir en un pequeño barco en el río Penobscot, al paso por Bangor. Pero, y pese a todo, echaba muchísimo de menos a Ashley Jr. Me torturaba pensando que iba a crecer lejos de su padre, y que seguramente no sería yo quien le hablaría de los riesgos de practicar sexo sin protección y de todas esas cosas que incomodan tanto a los niños cuando sus padres, de un modo torpe, tratan de contárselas. Me aterraba la idea de no verle pasar por su primer amor y desamor, y de todas las idiosincrasias que acompañan la vida de un adolescente.

El itinerario del *Oasis in the ocean* solía ir cambiando, pero por lo general hacíamos la ruta por las Bahamas y las Antillas. Las paradas típicas eran en Jamaica, Haití, Nassau, Puerto Rico y México. Al principio solíamos bajarnos en casi todos los puertos, pero poco a poco fuimos haciéndolo cada

vez menos.

Lo curioso es que nos contrataron para la temporada que va del uno de junio al treinta de noviembre, que casualmente coincide, más o menos, con la temporada de huracanes en el Atlántico. Afortunadamente en los dos primeros meses apenas cruzamos un par de tormentas y de carácter muy débil. Entrando en el tercer mes de travesía íbamos a toparnos con la tercera tormenta y esta, sin lugar a dudas, nos cambiaría la vida a todos.



Una noche llamaron a la puerta del camarote y cuando abrí vi a un tío fornido de metro noventa y piel morena.

—Hola, colega —dijo aquel tipo con un fuerte acento cubano—. ¿Tendrías papel de fumar por casualidad?

—Mmm... —me pilló desprevenido.

—Perdona, qué mal educado soy. Me llamo Ernesto. Soy el hombre de al lado —dijo en un tono que pretendía ser cómico, o simplemente una ocurrencia que no entendí—. Tu vecino de camarote.

—Ah, sí, disculpa. Dame un segundo.

Rebusqué por un cajón y cogí una bolsita de dentro.

—Toma, hay papel y filtros por si los necesitas.

—Gracias, colega, pero solo me hacen falta un par de papeles. Voy a liarne un porro. ¿Te apuntas?

En circunstancias normales hubiera declinado la invitación, pero esa noche estaba bajo de moral y pensé que estaría bien colocarse un poco.

—Pues sí, gracias —dije—. Por cierto me llamo Ashley —Cogí unas cervezas del minibar y me fui con Ernesto.

Tras unos porros y unas cuantas cervezas, obtuve más información de la que en un principio hubiera deseado. Ernesto John Montalvo era medio cubano medio mexicano y medio inglés. Su padre, inglés de nacimiento, vivió toda la vida en Cuba y ahí se casó con una mexicana. Era el coreógrafo y primer bailarín del cuerpo de baile del barco y también el amante del segundo oficial de a bordo. De ese modo supe de primera mano que las cosas se iban a poner muy feas. Tras una sesión de mambo con su amante, este le contó que habían informado de una tormenta tropical que se estaba formando a un ritmo vertiginoso. Según las previsiones pasaría rozando la costa este de

los Estados Unidos y seguiría hacia el sur. Por lo visto, estábamos en una situación en la cual no era factible volver a tierra y habían ordenado al *Oasis in the ocean* que se alejase de la costa hasta dejar un pasillo lo suficientemente ancho para que la tormenta pudiese seguir su curso sin que nos ocasionase demasiados problemas. A la mañana siguiente nos informaron de que nos íbamos a desviar del itinerario programado y que no pisaríamos tierra firme hasta pasada la tormenta, eso sería un día o día y medio a lo sumo.

Esa noche el mar estaba más picado de lo normal, y estar en el escenario tocando con ese vaivén resultaba no menos que interesante. Una gran lámpara de araña que colgaba sobre nuestras cabezas se balanceaba, y sus diminutos cristales tintineaban produciendo un sonido similar al que harían cientos de liliputienses murmurando al unísono. Poco a poco el movimiento se fue incrementando y durante un momento fantaseé con la idea de quitarle los frenos al piano y empezar a deslizarme como aquel tipo de la película «La leyenda del pianista en el océano». Si lo hubiera hecho, con toda seguridad hubiera acabado arrollando primero al grupo y luego a una docena de mesas que se encontraban a escasos metros de nosotros. Y la pareja de ancianos de la primera fila hubiera tenido que salir corriendo, andador en mano, como lo hizo Indiana Jones intentando escapar de la gran piedra rodante, solo que sería yo en un piano sin control. Por un momento empecé a reírme solo ante tal ocurrencia, hasta que de repente las copas de una de las mesas se volcaron y cayeron al suelo. Nadie las había tocado, fue el barco que se escoró más de lo que nos hubiera gustado. Entre el público pudo oírse al unísono un grito ahogado. Stephen puso su cara de asombro, solo que esta vez no miró su guitarra, sino a nosotros. Por megafonía se escuchó un aviso que decía que se mantuviera la calma, que estábamos rozando la tormenta y que en breve pasaría. Chuck se giró hacia mí y dijo:

—Si esto ocurre porque estamos rozando la tormenta, no quiero pensar que pasará cuando la toquemos del todo.

Su humor negro venía que ni pintado en esas ocasiones.

El encargado de la sala se acercó a nosotros, y con el movimiento clásico de aspaviento de la mano a la altura del cuello, nos indicó que dejáramos de tocar. Acto seguido empezó a sonar una música suave a través del hilo musical con el fin de tranquilizar a los pasajeros.

Bajé del escenario a toda prisa y me marché sin despedirme siquiera de mis compañeros. Me dirigí de inmediato al salón Broadway, donde bailaba

todas las noches Ernesto. Supuse que ellos también habrían parado. No me equivoqué. La gente de la sala estaba de pie mirando hacia el escenario. Me abrí paso entre ellos y me acerqué todo lo que pude. Vi un corro de gente, bailarines en su mayoría, sobre el escenario mirando al suelo. Me acerqué un poco más y vi a Ernesto tirado en el suelo con una mueca de dolor en su rostro y con las dos manos alrededor del tobillo, dando la impresión de que intentaba estrangularlo. Estaba completamente pálido y se balanceaba al ritmo de su respiración, y a cada vaivén inspiraba sonoramente y expiraba con fuerza produciendo un silbido que resultaba de lo más cómico. Al poco rato subió al escenario un hombre del público y levanto la voz:

—¡Abran paso, soy médico! —y los bailarines se apartaron al momento.

Siempre me han caído bien los médicos, de hecho, mi antiguo casero era médico y siempre me echó un cable cuando lo necesité. Pero este me pareció un verdadero hijo de puta cuando tras examinar a Ernesto se acercó a su oído y le dijo:

—Hijo, parece que se te acabó la función. Al momento llegaron dos miembros de la tripulación, que se llevaron a Ernesto a la enfermería, y yo le pregunté a una de las bailarinas que me contara lo que había ocurrido.

—Verás, estaba Ernesto en uno de sus solos y durante la ejecución de un *tour en l'air* doble, el barco se ladeó y al caer se le torció el tobillo —dijo entre sollozos—. ¡Oí como crujió!

Por un momento pensé en abrazarla, no tanto por consolarla a ella, sino más bien por la excitación que me producía oír su voz hablando con delicado acento francés. No fue hasta entonces en que me percaté de mi prolongado periodo de abstinencia. De repente, todos mis sentidos se centraron en ella. Mis oídos me hicieron despertar al dulce sonido de su voz. Mi olfato me reveló que aquella piel morena y brillante, debido al sudor, desprendía un olor como a vainilla. El tacto fue lo que me hizo arder de deseo en el momento en que mi mano tocó su hombro desnudo y húmedo. Mis ojos, que en aquel momento se perdían en el negro de los suyos, habían grabado a fuego la turgencia de sus pechos que asomaban por su escote lo suficiente como para desatar en mi entrepierna el propio infierno. Llevaba puesta la indumentaria clásica de una bailarina de ballet, pero con el cuerpo de una bailarina exótica de curvas voluptuosas de apenas un metro sesenta. Todo ello hizo que el sentido del gusto pidiera a gritos su turno.

—Debo irme —dijo.

Se dio la vuelta y se marchó. Ahí estaba yo, de pie, mirándole el culo sin

ningún disimulo y con una erección propia de un adolescente. Ahora ya tenía dos motivos para ir a ver a Ernesto.



Fui lo más rápido que pude a mi camarote. Por todo el barco se respiraba una atmósfera de nerviosismo generalizado. Normal si se tiene en cuenta que el barco más grande del mundo se empezaba a balancear como si fuera un pequeño velero. Al llegar a mi camarote me encontré con Stephen. Estaba con medio cuerpo en el suelo y la cabeza metida dentro del retrete.

—Joder, tío, parece que este balanceo no te ha sentado muy bien —dije medio en broma—. Ahora que habías batido tu récord de días sin echar la pota vas y lo echas todo por la borda. Y ya de paso, lo dejas todo perdido.

—Vete a la mierd... ¡Buaaargh!

Ahí va la cena, pensé.

—Bueno, tío, te dejo con tus cosas. Si me necesitas estaré en el camarote de al lado.

Cogí unas cuantas cervezas y fui al camarote de Ernesto. No estaba seguro de si lo habrían traído ya de la enfermería, pero no me costaba nada comprobarlo.

Llamé a la puerta golpeando tres veces con los nudillos. Esperé. Como me imaginaba, aún no estaba en su camarote, así que volví al mío y dejé las cervezas. Quería encontrar a Ernesto, por lo que cogí el plano del barco que nos dieron el día en que llegamos y busqué la enfermería. Todo este tiempo a bordo y aún no sabía dónde narices se encontraba la enfermería. Normal, si tenemos en cuenta que a la edad de trece años me pase más de un mes y medio ingresado en uno, y que desde entonces huyo de ellos como alma que lleva el diablo. Justo en la planta de arriba, no podía ser más fácil. Subí por las escaleras que estaban junto a los ascensores que, debido a un pequeño caso de claustrofobia, siempre trato de evitar.

Al llegar a la enfermería me quedé completamente sorprendido.

Esperaba encontrarme con un pequeño cuarto con una camilla y una enfermera con un botiquín en la mano, pero nada más lejos de la realidad. Aquello era como una planta entera de hospital, incluso tenía una pequeña recepción con un aspecto muy moderno en la que se encontraba una joven rubia muy guapa con un pinganillo inalámbrico insertado en la oreja. La joven mantenía una conversación con alguien al otro lado de la línea al mismo tiempo que tecleaba algo en un ordenador de pantalla plana. Me acerqué a ella y sin dejar de hacer nada de lo que estaba haciendo me sonrió, y con su dedo índice me indicó que le diera un minuto.

—Buenas noches —dijo con una sonrisa—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Hola, buenas noches. Hace un rato un bailarín llamado Ernesto se hizo daño y creo que lo han traído aquí.

—Sí, efectivamente, está aquí —dijo sin perder la sonrisa—. Es el único paciente esta noche. Déjeme consultar una cosa —empezó a teclear en su ordenador—. Por lo visto ha sufrido una fractura bastante seria en el tobillo.

—¿Y sabe si va a pasar la noche aquí? —Pregunté.

—El doctor le ha dado un calmante muy suave y le ha inmovilizado la pierna. Deberá pasar aquí toda la noche. Mañana a primera hora le harán más pruebas para valorar su situación, pero por ahora no puedo decirle mucho más.

Me sorprendió lo amable que estaba siendo y la información que me estaba dando. Por mi experiencia, no suelen darte ningún tipo de explicación. Se lo agradecí.

—Y abusando un poco más de su confianza, ¿cree que podría pasar un momento a verlo?

—Lo siento, pero no es lo más recomendable en este momento.

—Por favor —insistí—. Le acaban de decir que posiblemente pierda el trabajo y que tal vez no pueda volver a bailar. Le irá bien ver a un amigo. Solo cinco minutos.

Suspiró anunciando su inminente derrota, y sus labios volvieron a sonreír como antes.

—Está bien. Al final del pasillo, habitación uno cero uno. Pero solo cinco minutos, por favor.

Le di las gracias y me apresuré hacia la habitación de Ernesto. Cuando llegué me detuve un instante frente a la puerta. Al final decidí entrar sin llamar. Abrí unos diez centímetros y pegué mi boca a la abertura.

—¿Ernesto? —susurré. Esperé unos segundos y volví a intentarlo—.

¿Ernesto?

—Hola, colega —contestó con voz lastimera—. Pasa, por favor.

Estaba tumbado en la cama con la pierna vendada y en alto. Tenía una bolsa de suero colgando a su lado con un tubo que iba directo a su brazo. Con la mano me indicó que me acercara.

—Colega, me acabas de conocer y eres el único que ha venido a verme —me sonrió—. ¿Te lo puedes creer?

Durante un segundo me sentí algo culpable. Realmente no fui a ver a un amigo. Fui a por más información.

—Joder, tío, es que oí lo que te dijo ese médico y pensé que te iría bien algo de compañía —mentí.

Ahora estaba en blanco. No sabía cómo preguntarle si sabía algo más acerca de la tormenta sin que se notara que mi compañía se debía únicamente a intereses personales. Debo aclarar que ese tipo me cayó bien desde el principio, pero lo cierto es que no lo conocía tanto como para que sus problemas me preocuparan demasiado. No soy un cabrón sin sentimientos, pero tampoco un alma de la caridad.

—Estoy bien jodido, colega —dijo—. Voy a pasarme el resto de trayecto en mi camarote hasta llegar a Miami, y posiblemente no pueda bailar de nuevo.

La bolsa de suero se balanceaba con más fuerza sobre su cabeza.

—Espera a mañana a que te hagan más pruebas. Tal vez sea menos de lo que te piensas.

—Me temo que no. Oí el crujido. Sé cómo suena un hueso cuando se rompe, y una rotura en el tobillo es cosa mala, muy mala.

Un frasco se cayó de una estantería. Esa era mi oportunidad.

—Vaya, parece que al final nos ha tocado la tormenta dije—. Creo que está yendo a peor.

—¿Tormenta, colega? Hace tiempo que dejó de ser una simple tormenta. Se quedó callado y con los ojos mirando al techo.

—¿No te habrás enterado de algo más, no? —pregunté.

Me miró de una forma extraña. Por un instante pensé que me había cazado y que me iba a echar de ahí en cualquier momento.

—Al mediodía, antes de ir a comer, Shaun me dijo que no podríamos vernos esta noche —dijo.

No le pregunté, pero supuse que Shaun era su querido segundo oficial.

—Quise saber por qué no podríamos vernos esta noche, y me dijo que la

tormenta se estaba convirtiendo en un huracán. Dijo que seguramente no podría salir del puente de mando en toda la noche.

Ahí estaba la información que buscaba, y la verdad es que no me hizo mucha gracia.

—¿Y sabes si nos hemos desviado mucho? —pregunté esta vez sin rodeos.

—Me temo que tardaremos un poco más de lo previsto en tocar tierra, colega.

La puerta se abrió. Era la guapa recepcionista informándome con su perpetua sonrisa de que ya habían pasado los cinco minutos y que el paciente tenía que descansar.

—Puede venir mañana —dijo la joven.

Me despedí de Ernesto y le dije que al día siguiente me pasaría a verle.

Volví a mi camarote a ver cómo estaba Stephen. Lo encontré tirado en la cama. Estaba pálido como un muerto.

—Joder, Stephen, estás hecho una mierda.

—Gracias —dijo con una media sonrisa—. Tío, este barco se está moviendo mucho.

No lo sabes tú bien, pensé.

Le dije a Stephen que iba a dar una vuelta por el barco, a ver cómo estaban las cosas. Levantó el pulgar a modo de aprobación.

—Si me necesitas, silba —dije en broma.

Fui hacia la mitad del barco y subí por las escaleras los tres pisos que me separaban de los ascensores panorámicos. Hice acopio de todo el valor que podía tener y me subí a uno de ellos. No me hacía ni una pizca de gracia, pero pensé que me haría una idea de cómo estaban las cosas si subía por ese montacargas gigante con paredes de cristal. Pulsé el botón y el ascensor empezó a subir. Las primeras plantas estaban prácticamente vacías, pero a medida que me acercaba a la cubierta superior empezaba a haber algo más de bullicio. La gente entraba y salía de sus camarotes. Los que estaban en los pasillos andaban como si estuvieran en estado de embriaguez. No veía pánico en sus caras, pero desde luego estaban algo nerviosos. Un miembro de la tripulación estaba rodeado por unas quince personas que imagino le estarían sometiendo a un tercer grado. El tripulante subía y bajaba los brazos indicando calma, pero no estaba consiguiendo ningún resultado. Unas plantas más arriba miré en dirección al océano y el panorama no pintaba nada bien. No sabría decir la altura de las olas, pero se me antojaban como gigantescos

muros de agua que avanzaban y chocaban contra el acero del barco. Al salir de una ola gigantesca el barco se precipitó por una depresión dejada por la misma ola que acabábamos de pasar y empezó a escorarse hacia estribor, que era donde estaba el ascensor por el que subía. Se inclinó tanto que me di de bruces contra el cristal y quedé mirando hacia el fondo de aquel precipicio. Tal vez fuera el terror que sentí en aquel momento, pero tenía la impresión de que estábamos a punto de zozobrar, aunque poco a poco el barco fue recobrando la horizontalidad. Ya no estaba mirando al fondo del océano, sino al horizonte. Tras ese momento de pánico, el ascensor se detuvo antes de llegar a la cubierta superior. Un pitido anunció la apertura de puertas.

Vi a un miembro de la tripulación que andaba apresuradamente hacia la proa del barco. Me planté frente a él.

—Hola —dije—. Iba a la cubierta y el ascensor se ha detenido en esta planta.

—Es por seguridad. En caso de fuerte oleaje o tormenta los ascensores bloquean el acceso a las cubiertas superiores —dijo mientras me rodeaba y seguía su marcha—. Ahora disculpe, tenemos una urgencia.

—¿Cuándo cree que se desbloquearán?

—No lo sé —dijo con calma, masticando las palabras, tratando de disimular su incipiente irritabilidad y sin reducir el paso.

—¿Cuál es la urgencia? —pregunté aun a riesgo de recibir una mala contestación.

—Hay un barco a la deriva —dijo con brusquedad—. Ahora, por el amor de Dios, déjeme continuar.



Seguí al marinero a lo largo del pasillo en dirección a la proa del barco. Había gente por todo el pasillo tratando de mantener el equilibrio. Un grupo de adolescentes estaba riendo y haciendo el tonto. Tenían los ojos rojos, así que supuse lo que habían estado haciendo. Yo también estaría colocado en aquel momento si mi nuevo colega no estuviera hospitalizado.

El tripulante desapareció por una puerta con un cartel que rezaba: Área restringida, solo empleados autorizados. Bueno, de algún modo yo también era un empleado, aunque «autorizado» no estaba muy seguro. Aquel cartel sonaba algo ambiguo, así que me hice el tonto y entré. Puesto que los ascensores no permitían el acceso a las cubiertas superiores, supuse que por ahí sí podría llegar. Subí por unas escaleras metálicas hasta llegar a la planta superior. Al final del pasillo vi a mi esquivo marinero y apreté el paso. De golpe apareció otro tripulante de un pasillo perpendicular al mío y chocamos.

—¡Pero qué coño! —dijo alzando la voz—. ¿Quién demonios eres? ¿Qué haces aquí?

En aquel momento el tripulante al que seguía paró en seco y se dio la vuelta. Al verme frunció el ceño y vino con paso decidido hacia mí. El tipo contra el que choque me sujetó del brazo y se dirigió al compañero que se acercaba raudo.

—¡Mira! —gritó—. Parece ser que alguien te está siguiendo.

—Sí, eh... bueno —farfullé—. Solo quería...

—¡Calla! —dijo apretándome aún más el brazo— Oye, Shaun, ¿conoces a este de aquí?

¿Shaun? ¿De qué me sonaba ese nombre? Joder, ¿el querido de Ernesto?

—Vengo con él —me apresuré a decir—. Vengo con Shaun —dije señalándole con el dedo.

—¿Pero de qué coño habl...?

—Ernesto me pidió que te dijera una cosa —dije interrumpiendo a Shaun.

Cerró la boca de golpe y palideció. Estaba claro, no me equivocaba.

—¿De qué coño va esto? ¿Conoces a este tío, Shaun? —preguntó de nuevo.

Aflojó un poco la presión del brazo, pero sin llegar a soltarme.

—Tranquilo, tranquilo, no pasa nada. Viene conmigo, solo que, bueno... Le dije que no se alejara de mí y al final casi se pierde por el camino —explicó Shaun.

Por fin me soltó el brazo.

—Ok, vale. ¿Pero qué hace aquí?

La pregunta le pilló por sorpresa y no articuló palabra.

—Soy... psicólogo —dije tratando de echar un cable a Shaun.

—¿Y para qué diablos necesita Shaun un psicólogo? —preguntó.

Estaba claro que mi respuesta no le había despistado lo más mínimo. Dudé un momento.

—Oí a Shaun decir que había un barco a la deriva y supuse que tal vez habría unas cuantas personas que necesitarían además de atención médica, atención psicológica. Un psicólogo en estas circunstancias es vital para evitar muchos traumas en el futuro —dije con total convicción—, así que me ofrecí a echar una mano y a Shaun le pareció bien. Y aquí está el psicólogo Ashley Russell —dije en tono jovial para ver si relajaba algo el ambiente.

Hubo un momento de silencio.

—Encantado, señor Ashley Russel. Mi nombre es Edward Harris —dijo tendiéndome la mano—. Y antes de que haga algún comentario al respecto, le diré que sí, me llamo Ed Harris, como el actor. Yo no tengo la culpa de que él se haya hecho más famoso que yo. Soy el primer oficial de a bordo.

—Pues lo cierto es que ni me había percatado de tal coincidencia —mentí.

Le estreché la mano y contuve la risa. Ed Harris, manda huevos. En ese momento Shaun nos dijo que siguiéramos. El primer oficial se apresuró y salió el primero. Cuando me puse en marcha. Shaun me detuvo con la mano.

—¿Pero de qué coño va todo esto? —dijo— No sé qué te habrá contando Ernesto o lo que crees saber, pero no me gustan esta clase de juegos, Ashley. Si es así como te llamas realmente.

—Sí, me llamo Ashley. Aunque a psicólogo no llegué. Pero sí que acabé

el primer año, así que... —dije sonriente bajo la mirada severa de Shaun—. De todas formas, déjame explicarte.

Le conté que Ernesto vino a mi camarote y me pidió papel de fumar. Que después de unas cuantas cervezas y unos porros, tal vez habló más de la cuenta, pero que no se preocupara, que yo era una persona muy discreta y que los asuntos de los demás no me concernían. También le conté el percance de Ernesto y que estaba en la planta hospital.

—Sí, ya lo sé. Aún no he podido ir a verle —dijo algo más calmado—. Tienes que entender que esta situación es un tanto peliaguda y que podría costarme el puesto.

—Lo entiendo perfectamente. Por mi parte no debes preocuparte de nada.

—Pero parece ser que sí por la parte de Ernesto. Tiene una lengua muy larga, por lo que veo —dijo—. Ahora, dime, ¿qué es lo que quieres?

Dándole la razón respecto a la soltura de lengua de su querido, le conté que Ernesto me había contado que se estaba complicando la tormenta y que tal vez tardaríamos algo más de la cuenta en volver a pisar tierra firme. Le expliqué mi preocupación al respecto, pues si no le llegaba a tiempo la pensión a mi exmujer seguramente tendría problemas, y que lo único que quería era algo de información extra.

—Lo único que puedo contarte, Ashley...

—Ash, puedes llamarme Ash, si no te importa —le interrumpí.

—Lo único que puedo contarte, Ash, es que la tormenta se ha convertido en un huracán y parece ser que uno muy jodido, y resulta que está entre nosotros y la costa.

—Pero se suponía que tenía que seguir dirección sur —dije.

—Vaya, casi tienes más información que yo —dijo—. Tras convertirse en un huracán, ha variado su trayectoria y viene directo a nosotros. Pero ahora la prioridad es rescatar a los posibles supervivientes del barco que está a la deriva.

—¿No saben si los hay? —pregunté.

—Recibimos una señal de la radiobaliza de emergencia, pero no hemos recibido comunicación por radio de ningún tripulante.

—Mi pregunta es: ¿se sabe cuándo llegaremos a tierra firme? —pregunté ignorando toda la demás información.

—No tengo respuesta a tu pregunta. Dependerá del comportamiento del huracán.

—Está bien. Gracias, Shaun. Hasta luego —dije.

—¿Adónde coño vas?

—Pues a comer pizza. No lo sé. Ya tengo toda la información que buscaba. No quiero más problemas.

—Ni hablar. Tú no te vas. Me has puesto en evidencia delante del primer oficial y vas a seguir con la pantomima, al menos un rato más. Si ahora me presento en el puente de mando sin el supuesto psicólogo, Ed me freirá a preguntas y tal vez se imagine lo que no quiero que se imagine, ¿entendido?

—¿Quieres decir que pensará que tú y yo...? —dije casi a carcajadas.

—No me toques los huevos y empieza a andar.



Entramos en el puente de mando y yo me quedé completamente boquiabierto. Aquello era como el jodido Enterprise. Una vez estuve en la cabina de un avión, pero esto era mucho más impresionante. La panorámica desde el puente era total. Había ordenadores por doquier que ofrecían cientos de datos. Radares luminosos y miles de botones que parpadeaban. Todo el mobiliario era de aluminio resplandeciente, y los sillones eran como los de una barbería futurista con reposapiés ajustables y mandos en los reposabrazos para orientar y mover el sillón por todo el puente a través de unos railes que iban por el techo. Me pareció lo más genial que había visto en toda mi vida.

Shaun habló con el capitán del barco y le explicó mi presencia en el puente. Aquel hombre era todo un cliché andante. Si uno busca en la enciclopedia «capitán de barco», sin duda se encontrará con la foto de este tipo. No muy alto, cierto sobrepeso, cara de bonachón y una barba completamente blanca y muy poblada; algo así como un papa Noel con uniforme. El capitán asintió.

—Señor Russell, soy el Capitán Smith. George Smith. Un placer —dijo—. Quisiera agradecer su ayuda en nombre del *Oasis in the ocean*.

Sus palabras me hicieron sentir como un miserable impostor, que es lo que era. Al parecer Shaun sintió la misma vergüenza al ver el modo en que agachó la cabeza.

Desde el puente de mando la situación daba aún más miedo. Ya era noche cerrada y los focos alumbraban un océano embravecido de enormes olas negras.

En mitad de aquella situación mi curiosidad se antepuso al decoro.

—Disculpe la pregunta, capitán, pero, ¿dónde está el timón?

Shaun me fulminó con la mirada. Su cara de desaprobación rozaba el

odio.

—¡Jajaja! —rio el Capitán— No se preocupe, es normal que se lo pregunte. Estar aquí arriba impresiona, y desde luego suscita muchas preguntas.

El Capitán me condujo a la parte delantera del puente de mando. Entre tanto botón y tanta palanca me señaló algo parecido a un volante de metal, en cierto modo similar al que se usa para cerrar una escotilla. Se percató enseguida de mi decepción.

—Lo sé, lo sé. Uno espera encontrarse un timón grande como en los antiguos barcos pirata. Lo cierto es que con la tecnología actual, un timón de esas características no tendría sentido. Aunque sí es cierto que le quita un poco de romanticismo, ¿verdad?

—¡Capitán, veo el barco! —dijo uno de los tripulantes que se encontraba de pie junto al gran ventanal con unos prismáticos muy extraños.

El capitán se acercó al tipo que estaba sentado frente a un gran radar.

—¿Lo tiene en pantalla? —preguntó el capitán.

—Sí, capitán. Lo tenemos justo en frente, a menos de dos kilómetros.

—¿Tenemos comunicación por radio? —preguntó el capitán, esta vez a un joven marinero que estaba junto al encargado del radar y que llevaba puesto unos auriculares.

—Nada, capitán, solo recibo estática. —De acuerdo. Siga intentándolo y avíseme si hay alguna novedad.

El capitán se acercó a Ed y le dijo algo al oído. Ed asintió y se giró hacia Shaun.

—Oficial Frost, acérquese por favor —dijo Ed.

Estaba claro que el protocolo de conducta se imponía cuando estaba el capitán presente.

Los tres empezaron una conversación que no podía oír, y no por falta de ganas. Parecía que iban a contrarreloj y el pitido que emitía el radar marcaba la cuenta atrás. El barco a la deriva estaba cada vez más cerca.

La reunión se disolvió de inmediato cuando el capitán vociferó: ¡adelante!

—Usted puede aguardar aquí hasta que se lleve a cabo el rescate —dijo el capitán—. O si lo prefiere puede volver a sus quehaceres y mandaremos a alguien a buscarlo cuando se precise su ayuda. Solo indíquenos dónde va a estar antes de irse, si es tan amable.

Dudé. Durante un segundo la idea de la pizza me pareció realmente

fantástica, pero me faltaban pelotas para explicarle al capitán que podrían encontrarme en la pizzería del barco.

—Si no le importa, capitán, me quedaré aquí —dije.

—Estupendo. Puede tomar asiento en aquel sillón, señor... disculpe mi falta de memoria.

—No se preocupe. Russell, Ashley Russell.

—En aquel sillón, señor Russell, y disculpe de nuevo.

Fui hacia el sillón que me había indicado el capitán. Estaba a la derecha del cuadro de mandos. No era tan sofisticado como los tres centrales, pero tenía una vista perfecta de toda la proa del barco.

Shaun se dirigió a uno de los tripulantes que hasta entonces no había abierto la boca y que no sabría decir cuál era su función.

—Reúna a tres tripulantes —dijo Shaun—. Que preparen el *Rescue1* con todo lo necesario. En unos quince minutos abordaremos el barco.



En el puente de mando solo quedamos el capitán, Ed, el tipo del radar, el de la radio, el de los prismáticos y yo. Me dio la impresión de que con tanta tecnología, aquel barco, exceptuando el atraque y la salida del puerto, se podría controlar con una sola persona.

—Aquí el oficial Frost llamando desde el *Rescue1* al puente de mando. Repito, aquí el oficial Frost llamando desde el *Rescue1* al puente de mando. ¿Me reciben? Cambio.

Pegué un bote en el sillón donde me encontraba. No esperaba oír una voz incorpórea en aquel momento de silencio. La voz de Shaun provenía de un altavoz situado en el panel de control del tipo de los cascos.

—Aquí el puente de mando del *Oasis in the ocean*. Le recibo, cambio.

—«Todo listo para proceder al desacoplamiento. Solicito la orden, cambio».

El encargado de la radio se volvió hacia el capitán esperando instrucciones. Este dio la orden e indicó que le mantuvieran informado en todo momento.



La lancha de rescate se encontraba a medio camino del barco que seguía sin dar señales de vida. Shaun comunicó por radio las dificultades que tenían para aproximarse al barco. Si aquellas olas hacían balancear a nuestro gigantesco barco, no puedo imaginar lo que sería estar dentro de aquella lancha. Poco a poco y con ayuda del tipo de los prismáticos, el *Rescue1* alcanzó al barco silencioso.

—«Aquí el oficial Frost llamando desde el *Rescue1* al puente de mando, tenemos visual. Puente de mando, ¿sigue el barco emitiendo señal de socorro? Cambio».

—Afirmativo —dijo Ed, que se encontraba junto a la radio—. ¿Por qué lo pregunta? Cambio.

—«El barco está en condiciones deplorables. No consigo distinguir el nombre. Da la impresión de llevar meses a la deriva. No capto ninguna señal lumínica ni acústica desde la lancha. Me extraña que esté emitiendo señal de algún tipo. A la orden procederemos al abordaje. Cambio».

—El capitán autoriza el abordaje. Procedan con cautela. Cambio.

Desde donde yo me encontraba podía ver el barco con intermitencia. Estábamos tan cerca que nuestros focos alumbraban la lancha de rescate y a la otra embarcación. El tipo de los prismáticos seguía de pie y sin perder detalle de todo lo que ocurría en aquel barco perdido. Hubiera pagado por unos prismáticos como los suyos en aquel momento. Según la información que nos llegaba por radio, habían subido al barco Shaun y otros dos tripulantes más. El tercero permaneció en la lancha manteniendo las comunicaciones. Los prismáticos eran nuestros ojos y nos informaban en todo momento de lo que estaba ocurriendo en el barco, y lo que vieron a continuación fue muerte.

Shaun y los tripulantes recorrieron la cubierta de popa a proa. Procedieron a entrar al interior del barco. En aquel momento una persona salió de una escotilla situada en lo alto de una escalerilla y empezó a bajar a toda prisa por ella en dirección a Shaun, que aún se encontraba en la cubierta. A mitad de camino, aquel tipo tropezó y rodó escaleras abajo quedando tendido a escasos metros de Shaun, que se acercó al cuerpo del hombre que ahora yacía en el suelo. Uno de los tripulantes salió corriendo desde el interior del barco, gritando y con los brazos en alto. No avanzó apenas un par de metros cuando un cuarto hombre apareció en escena desde atrás, saltando sobre él y arrancándole a mordiscos mechones de pelo y trozos de cuero cabelludo. Shaun intentó socorrer al tripulante cuando el hombre que había caído por las escaleras y que ahora estaba tendido en la cubierta le mordió a la altura del gemelo. Shaun pudo liberarse de una patada, aun así cayó al suelo. Giró la vista y vio al tripulante con la cabeza completamente desollada. El responsable de aquella atrocidad dejó de masticar, y de la boca cayó un mechón de pelo y lo que parecía ser un trozo de globo ocular. Shaun se levantó como pudo y cojeando se dirigió a la lancha de rescate. El tripulante que mantenía las comunicaciones con nuestro barco, al escuchar por radio lo que estaba ocurriendo, salió al auxilio de sus compañeros. Se topó con Shaun y lo asió por su ropa. En ese mismo instante, otro hombre apareció de la nada y de un mordisco desgarró el cuello al tripulante, que en vano trató de ayudar al segundo oficial. Shaun pudo seguir avanzando a duras penas, pero quien le había mordido la pierna estaba a punto de alcanzarlo. Una mano le agarró por los galones del hombro, arrancándoselos de cuajo. El tirón desequilibró a Shaun, que cayó nuevamente sobre la cubierta. En ese momento una ola enorme hizo desaparecer el barco de nuestro campo de visión.

Durante unos segundos aguantamos todos la respiración, hasta que el tipo de los prismáticos recuperó la escena.

La enorme ola barrió por completo la cubierta del barco. Ya no se veía a nadie.

—¡Pero qué diablos! —Gritó el Capitán—. ¡Preparen el *Rescue2* de inmediato!

—«Aquí el oficial Frost llamando desde el *Rescue1* al puente de mando».

La comunicación por radio de Shaun nos heló la sangre a todos. Su voz sonaba desgarrada y rota.

—«Nos han atacado, repito, nos han atacado. Tres bajas y un herido.

Vuelvo al barco. Cambio y corto».

En ese momento, el capitán me pidió que abandonara el puente de mando y me pidió que no contase absolutamente nada a nadie de lo que había ocurrido.

—La seguridad de los pasajeros es mi mayor prioridad —dijo el capitán—. No quiero más nerviosismo a bordo. Suficiente tienen ya con esta maldita tormenta.

Le prometí que no hablaría con nadie de lo que había sucedido y me marché.

Pero qué cojones había ocurrido. Unos tipos se han puesto a dar mordiscos... más bien a devorar a la tripulación que iba a rescatarlos. ¿Cómo narices iba a volver a mi camarote y hacer como que no había ocurrido nada?

Caminé como un autómatas por el barco dando tumbos al ritmo de las olas, que afortunadamente ya no eran tan agresivas. No podía irme a dormir ni en broma, así que busqué algún sitio donde tomar algo. A esas horas solo había un par de discotecas abiertas. Entré en una. La gente, que ya se había acostumbrado al movimiento del barco, empezaba a comportarse con cierta normalidad. Me acerqué a la barra y pedí algo doble. Tal vez, pensé, aquella gente llevaba meses a la deriva sin apenas agua y sin comida. Habían perdido la cabeza y por esa razón habían empezado a devorarse los unos a los otros.

Eso era cierto, pero no por los motivos que yo creía.



A la mañana siguiente me desperté con una resaca de mil demonios y con la absoluta certeza de que todo lo ocurrido la noche anterior había sido un mal sueño. Por desgracia no lo fue y tres tripulantes murieron a manos de los tipos de aquel maldito barco. Me pregunté cuál sería el protocolo a seguir por parte del capitán ante esa situación. Imaginé que se pondrían en contacto con la guardia costera o con quién tuviera la competencia pertinente para solucionar lo que ocurrió, y que el motivo de no revelar nada a los pasajeros es porque resultaría contraproducente. A pesar de todo, me tranquilizó ver a Stephen durmiendo en su cama.

—¿Dónde has estado toda la noche? —preguntó Stephen aún con los ojos cerrados.

—Buenos días, tío. No lo sé. Creo que bebí más de la cuenta.

—Nos tenías un poco preocupados, ¿sabes?

—Sí, bueno, perdona, anoche se me fue un poco la cabeza. Oye, ¿te apetece desayunar algo?

—Joder, sí —dijo Stephen abriendo los ojos—. Estoy muerto de hambre.

Subimos por las escaleras los tres pisos que nos separaban de los ascensores. Stephen insistió en que subiéramos a la cubierta por el ascensor panorámico. No tenía ganas de explicarle mi mala experiencia de la noche pasada, así que subí sin rechistar. El mal tiempo no había pasado del todo, pero ya no tenía nada que ver con la situación de anoche. En los pasillos se veían muchas más personas y sus rostros estaban más relajados.

Un pasajero pulsó el botón que daba a la cubierta superior. Pensé en explicarle que era en vano, que con el mal tiempo los ascensores se bloqueaban antes de llegar a las cubiertas superiores y que nos tocaría desayunar en otro restaurante, pero no fue el caso. Supuse que el tiempo ya

no se consideraba un peligro esa mañana.

Nos sentamos en una mesa y nos sirvieron café. Miraba receloso a mi alrededor tratando de ver un atisbo de algo que guardara relación a lo acontecido la noche anterior, pero ni los pasajeros ni los tripulantes se mostraron diferentes a cualquier otra mañana.

—Supongo que esta noche tocaremos, ¿verdad, Ash?

—Supongo que sí —dije—. De todos modos, buscaré al sobrecargo y le preguntaré si todo sigue como siempre.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó Stephen.

—No lo sé. Seguramente me pase un rato por el gimnasio y luego ya veré.

Me despedí de Stephen y me fui a mi camarote. Quería darme una ducha y luego, tal vez, acercarme a ver a Ernesto.

La ducha me sentó mejor de lo que podría haber esperado, y con los ánimos renovados me dirigí a la planta médica. Pensé en llevarle algo a Ernesto, pero no se me ocurrió nada. Lo que desde luego no iba a llevarle era la noticia de que la noche anterior un maníaco al que su novio trató de rescatar se pegó un festín con su pierna. Pero tal vez no haría falta decirle nada, pues lo más seguro es que hubieran llevado a Shaun directamente a la planta médica y Ernesto ya estuviese al corriente de todo.

Cuando llegué me encontré las puertas cerradas a cal y canto, y custodiadas por dos miembros de la tripulación.

—Para cualquier problema médico acuda a la enfermería de popa. Se encuentra en la cubierta inferior —dijo uno de los tripulantes.

—Vengo a ver a un amigo que ingresaron ayer. La chica de la recepción me dijo que podría visitarlo esta mañana —expliqué.

—Lo siento, señor. Esta planta estará cerrada hasta nuevo aviso.

Oí gente dando voces desde dentro y también unos golpes. Aun así, los tripulantes ni se inmutaron.

—¿Y mi amigo? —pregunté.

—Lamento no poder ayudarle, señor. Hemos tenido problemas en la planta, pero los de mantenimiento ya se están ocupando de todo. Los enfermos que se encontraban en el interior han sido aislados —dijo el otro tripulante—. Ahora, si es tan amable, abandone esta planta, señor. Muchas gracias.

—No, muchas gracias a ti —le respondí de malas maneras.

Pensé en que tal vez Ernesto podría estar ya en su camarote, así que fui,

pero no hubo suerte. Llamé un par de veces, pero al final desistí. Debía estar en la planta clausurada. De lo que no me cabía ninguna duda era de que Shaun estaba ahí.

No tenía ganas de pensar demasiado, así que pasé el día en el gimnasio y en el spa. Incluso me tome la licencia de contratar una sesión de masaje tailandés que me dejó más roto que entero.

Camino al restaurante me acordé de Ashley Jr. ¿Qué estaría haciendo en este momento? ¿Estaría, tal vez, pensando en mí? ¿Me echaría de menos? Pensé en su madre y en el día en que nos conocimos. Yo estaba en el cine con Richard y me topé con una amiga que iba acompañada de otras dos. Dios, fue amor a primera vista. Lo sentí y sé que ella también lo sintió. No sabría cómo explicarlo, y solo quien ha pasado por ello sabe a qué me refiero. Fueron los seis meses más maravillosos de toda mi vida, y luego la noticia: se había quedado embarazada. Ashley Jr. es lo mejor que me ha pasado, no me cabe la menor duda, pero a veces no puedo evitar pensar en qué hubiera ocurrido si no me hubieran obligado a casarme. ¿Y si toda esa situación fue la que nos devoró y nos condenó al fracaso? Bueno, eso ya no importa. Solo sé que le echo muchísimo de menos, y aunque me cueste admitirlo, también a su madre.

Esa noche cené temprano y me fui directo a la plaza *Garden Show*. Situada cerca de la proa, en la cubierta superior. Era sin duda el lugar más espectacular de todo el barco. Una vegetación exótica acompañada por una iluminación tenue que iba cambiando de color. En medio de todo, un hermoso cenador con un gran piano de cola blanco. Era como estar tocando en mitad de un bosque encantado, y era justo ahí donde actuábamos esa noche.

Como no había hablado con el sobrecargo me presenté veinte minutos antes para ver cómo estaba todo. Uno de los camareros me dijo que no le habían comunicado ningún cambio, por lo que supuse que tocaríamos. Como tenía tiempo pensé en amenizarles la cena a los comensales ahí presentes. Me senté al piano y empecé a tocar. Me parecía divertido tocar canciones que por regla general no suelen estar en nuestro repertorio. Canciones como *Light My Fire* de *The Doors*. Las tocaba mucho más lentas de lo normal y con un toque jazz. Muchas veces venían y me decían que les había gustado mucho y que les dijera el título de la canción para conseguirla. Me resultaba muy divertido imaginarme sus caras al escuchar las canciones originales. Al terminar mi peculiar interpretación de *Light My Fire* unos tímidos aplausos resonaron por

Garden Show y di las gracias con una leve inclinación de cabeza.

Cinco minutos antes de la hora se presentaron Richard y Chuck.

—Buenas noches, tío. ¿Qué coño te paso ayer? —Preguntó Richard—. Tu huida nos dejó acojonados a todos.

—Bueno, conocí a un tío...

Pensé en contarles lo de Ernesto, pero al final me pareció que tendría que dar demasiadas explicaciones, así que me callé.

—Vaya, hombre, ¿y te trató bien?

—Vete a la mierda, Richard. Creo que me confundes con tu hermano.

—Bueno, vale ya —interrumpió Chuck—. ¿No podéis dejar de hacer el idiota ni encima del escenario? La gente nos mira. ¿Y dónde coño se ha metido Stephen? Estamos a punto de empezar y no ha llegado.

—Joder, Chuck —dije—, parece mentira que no conozcas a Stephen. Llegará dos minutos antes y montará corriendo, como siempre.

No hacía falta ser adivino. Apareció a un minuto de empezar y conectó la guitarra a toda prisa.

—Podríais avisar, ¿no os parece? —dijo Stephen. Solía atribuir sus despistes a la supuesta incompetencia de los demás, pero nunca a la suya propia.

—¿Cómo? —Preguntó Chuck—. ¿Acaso no sabías que hoy tocábamos en el *Garden Show*?

—Sí, ya... bueno... Como ayer tuvimos que parar, no estaba seguro de si hoy tocaríamos.

—Pues ya sabes, para la próxima vez no pienses —terminó de rematar Chuck, que si no decía siempre la última palabra reventaba.

Antes de que la bronca fuera a más, empecé a tocar los acordes de *Sweet home alabama* y enseguida Richard me siguió al bajo y empezó a cantar. Esta canción solía funcionar cada vez que la tocábamos. Gustaba a todos menos a Buchs, un camarero negro que siempre que iba a tomar algo me hablaba de sus antepasados que habían sido esclavizados, y que su abuela había participado en el boicot a los autobuses de Montgomery. Decía que para ella Alabama no era tan dulce.

La empezábamos muy tranquila y poco a poco iba subiendo de intensidad hasta llegar al solo de guitarra que Stephen, si tenía una buena noche, clavaba. Tras esa canción la gente ya se había despertado.

Cerca del final del primer pase vi pasar al primer oficial. Agaché tanto la cabeza que mi nariz casi rozaba las teclas. Por suerte no me vio. Un par de

canciones antes de lo estipulado, les pedí que paráramos de tocar aludiendo a nuestra contraseña: «cagada inminente». Contra esas dos palabras no cabía discusión. Se paraba y punto. Les pedí perdón, lo cortés no quita lo valiente, y bajé del escenario.

Ed seguía en la barra del bar. Estaba hablando con el encargado del *Garden Show* y por sus caras diría que de nada agradable. Me acerqué y dejé que Ed me viera. Me hizo una señal levantando la mano y acercó el índice al pulgar a muy poca distancia para indicarme que esperara un momento.

Llamé a Buchs y le pedí un café. Eso y poco más podían servirnos tras la ley seca impuesta hacía un mes, cuando Richard subió al escenario con más copas de lo normal y empezó a tirarle los tejos a una rubia que estaba sentada en primera fila. Su marido, que en todo momento se encontraba sentado junto a ella, estuvo a punto de partírsela la cara. Tuvieron que intervenir dos camareros. Desde entonces, solo cafés y refrescos para los músicos.

—Habéis vuelto a empezar con mi canción favorita —dijo Buchs.

—Vamos, tío. Es una canción muy bonita. Seguro que a tu abuela le hubiera gustado —dije bromeando.

—Disculpe, señorito, no le oí. El negrito *ta* preparando café.

Me lo sirvió y los dos nos pusimos a reír.

Ed terminó de hablar y vino hacia mí.

—¿Cómo se encuentra Shaun? —pregunté.

—No se encuentra —contestó—. Murió hace apenas unos minutos.

—No me jodas. ¿Por un mordisco?

Le pedí que me contara lo ocurrido después de que el capitán me pidiera que me marchara del puente de mando. Al principio se mostró algo reticente, pero insistí y le dije que podía estar tranquilo, que vi y oí mucho la noche anterior y aun así no le había contado nada a nadie. Accedió a regañadientes. Por lo visto tuvieron que enviar al *Rescue2* a buscar a Shaun porque era incapaz de volver al barco. Una vez en cubierta le llevaron con urgencia a la planta médica. Shaun estaba pálido debido a que había perdido mucha sangre, pero lo que más preocupó al doctor fue la elevada temperatura de su cuerpo. Le vendaron la pierna y lo metieron en una bañera con hielo. Luego volvió al puente de mando a dar parte al capitán. Tras el incidente se pusieron en contacto con las autoridades para informar de lo sucedido. Por no sé qué urgencias en la costa no podían enviar efectivos en aquel momento, y les aconsejaron que se alejaran de aquel barco. Informaron a su vez del mal estado de Shaun y la respuesta que obtuvo el capitán fue que enviarían un

helicóptero medicalizado a la mayor brevedad posible, siempre y cuando el tiempo lo permitiera.

Me explicó también el motivo por el cual se encontraba cerrada la planta médica esa misma mañana, y desde luego no tenía nada que ver con los de mantenimiento ni con problemas técnicos de ningún tipo. Cuando Shaun despertó, empezó a quejarse del dolor que sentía en la pierna hasta llegar al punto de ponerse a gritar. Otro paciente (obviamente Ernesto), que también estaba ingresado, se despertó debido a los gritos. Al oír a Shaun perdió la cabeza y empezó a gritar también. Parece ser que golpeó a una enfermera que trataba de tranquilizarlo. Al final tuvieron que intervenir unos cuantos tripulantes y la cosa se puso fea. Durante aquellos hechos mantuvieron las puertas cerradas.

—No es bueno que el pasaje vea ese tipo cosas —dijo Ed.

Pensé en el pobre Ernesto y en el mal trago que debió pasar al oír a su amante agonizar.

—En unos minutos llegará el helicóptero y se llevarán el cuerpo de Shaun —dijo Ed sacándome de mis pensamientos—. Darán el aviso por megafonía para que la gente no se asuste al ver pasar un helicóptero a escasos metros de sus cabezas.

Se despidió y me volvió a pedir discreción.

En aquel momento, Chuck, baquetas en mano, me estaba haciendo aspavientos para que acudiera con urgencia al escenario. Me senté al piano y empezó nuestro último pase.



No hubo que esperar mucho tiempo antes de que el encargado nos pidiera un minuto de silencio para dar un anuncio. La gente recibió la noticia con cierta curiosidad, y de inmediato se pusieron todos a mirar al cielo y en mitad de la canción *What a wonderful world* el helicóptero apareció sobrevolando nuestras cabezas. Seguimos tocando.

El helicóptero ya no podía verse, pero sí oírse. El helipuerto se encontraba en la proa, no lejos de donde estábamos. No paró los motores. Seguramente ya tenían el cuerpo de Shaun listo para su último viaje. La gente volvió a levantar la cabeza hacia el cielo, esta vez con las cámaras preparadas para inmortalizar el momento, y justo cuando empezó la lluvia de flashes, aquel imponente pájaro de metal realizó una maniobra extraña. El morro del aparato se elevó con brusquedad y quedó perpendicular a nosotros. De inmediato perdió velocidad y empezó a caer. Realizó una maniobra de recuperación, pero ya era demasiado tarde y se precipitó sin remedio sobre las mesas y sobre los que en ellas comían. Justo antes de tocar la cubierta, las hélices segaron unas cuantas cabezas, y miembros amputados salieron disparados como caramelos en una piñata. Al chocar contra el suelo se hicieron añicos y salieron trozos de hélice, cuyos pedazos causaron aun más daño. Por suerte, el helicóptero no explotó, aun así una parte del fuselaje salió desprendida y golpeó con fuerza la cola del piano. De haber tocado el violín ahora mismo no lo estaría contando. Miré alrededor en busca de la banda. Seguíamos siendo cuatro.

La confusión y el pánico se hicieron dueños de la situación. La gente empezó a correr y a gritar. Un hombre mayor estaba tratando de sacar a su anciana esposa que se encontraba atrapada bajo un trozo de fuselaje. Me apresuré a echarle una mano, pero antes de poder hacerlo vi que pudo sacarla.

Al llegar a su lado observé que solo rescató la mitad. Me estremecí al escuchar al anciano emitir una serie de sonidos guturales similares a los de un animal mal herido y agónico. Se quedó de pie, con sus manos sujetando las de su esposa, o más bien lo que quedaba de ella. Eché una mirada a mi alrededor y la situación superaba con creces la expresión «escenario dantesco». Trozos de cadáveres por todas partes, un hombre caminando con desesperada parsimonia con su brazo amputado sobre el hombro, un niño suplicando a gritos a su madre que le respondiera mientras sujetaba su cabeza decapitada entre las manos, y todo ello salpicado al más puro estilo Pollock de rojo sangre. Aun así, lo que vi a continuación despojó de toda importancia al infierno que me rodeaba. Por el portón lateral del helicóptero salió una persona. Era Shaun. Se puso de pie sobre el aparato y con suma lentitud giró la cabeza y me miró. Tenía puesto el camisón del hospital del barco, rasgado y manchado de sangre. De la boca de Shaun goteaba algo que parecía sangre, pero más viscosa y muy oscura. Mi primer impulso fue ir hacia él para ayudarlo. Mientras me acercaba ladeó la cabeza y fijó la vista en el anciano que todavía sujetaba las manos de su esposa muerta. El rostro de Shaun se contrajo desfigurando sus facciones en una mueca de risa burlesca. Saltó sobre aquel hombre, ya de por sí mutilado por el dolor, clavándole los dientes en plena cara y arrancándole de cuajo su vieja y bulbosa nariz. El anciano cayó de rodillas y Shaun continuó con su oreja, luego le arrancó un ojo y por último mordió su cuello hasta dejar la tráquea a la vista. Algo llamó la atención de Shaun. Levantó la vista y salió corriendo en dirección a una niña que estaba llorando de rodillas junto al cuerpo de su padre. El hombre mayor se desplomó junto al cadáver de su esposa cuyas manos aún sostenía.

Miré hacia el cenador y vi que mis compañeros seguían agazapados tras sus instrumentos todavía enteros. Corrí hacia ellos y les dije que teníamos que salir de allí. Les grité que me siguieran, pero Stephen estaba fuera de sí y fue incapaz de mover un solo músculo.

—¡Por Dios, Stephen, muévete! —grité.

Le arranqué su querida *Stratocaster* de las manos y la lancé por los aires. Solo en aquel momento pareció reaccionar. Le levanté por la solapa y lo zarandé con fuerza.

—Stephen, escúchame. Tenemos que salir de aquí ya, ¿entendido?

—Sí, creo que sí... —susurró Stephen.

Las escaleras que daban al gimnasio estaban a pocos metros tras los restos del helicóptero. Les pedí que no se pararan bajo ningún concepto.

Corrimos lo más rápido que pudimos hasta llegar a una puerta de metal que daba a un pasillo interior del barco. Seguimos unos cinco metros y accedimos a la zona de Spa. La recepción estaba vacía. Seguramente la chica habría salido corriendo tras oír el impacto. Seguimos hasta una piscina climatizada con forma ovalada y que tenía tres focos en el fondo que desprendían una luz cálida que invitaba a meterse. El vaho había empañado los cristales que daban al jardín. Al otro lado de la piscina, junto a los vestuarios, había una escalera que daba acceso directo al gimnasio. Subimos y al llegar cerré la puerta tras de mí, aun sabiendo que no tenía pestillo, pero me tranquilizó verla cerrada. El gimnasio era sin duda el mejor sitio donde podíamos ir en aquel momento. Era la zona más alta del barco y con unas vistas de trescientos sesenta grados protegidas por cristales reforzados por si algún pasajero despistado le daba accidentalmente un golpe con una pesa. No sé muy bien cómo funciona el subconsciente, pero desde luego la mayoría de las veces toma decisiones más que acertadas. En aquel lugar podíamos ver desde el helipuerto de proa hasta el *solarium* de popa. Pero lo más importante y aterrador era que teníamos vistas en primera fila al infierno.



Si hay algo más horrible que la muerte es la maldad, y si hay algo aún más abominable que la maldad es la muerte cobrando vida para obrar el mal. Así lo sentí cuando vi alzarse al pobre viejo que pocos minutos antes sujetaba las manos de su fallecida esposa mientras una criatura lo devoraba en vida. Se levantó y se movió más rápido de lo que hubiera podido hacerlo aun cuando estaba vivo. Fue corriendo al lugar donde se encontraba Shaun, pero no para vengarse, sino para unirse al festín que se estaba dando con aquella pobre niña.

Y así los cuatro, con las manos y la frente pegadas al cristal de seguridad del gimnasio, permanecimos mudos, atónitos y aterrados durante unos minutos. En un estado de shock colectivo, mientras vivíamos la peor de nuestras pesadillas.

—¡La hostia! ¡Parecen putos zombis, tíos! —dijo Richard sacándonos de nuestro trance.

Ninguno de los tres caímos en la estúpida réplica de «¡oh, cielos, no! ¡Eso es imposible!», pues los cuatro estábamos viendo lo mismo. Putos y jodidos muertos vivientes.



Si bien es cierto que dicho en alto y en un contexto de relativa calma suena estúpido, os aseguro que en aquel lugar y en aquel momento no había palabra más exacta que definiera a aquellas cosas.

Tras quince minutos la situación empeoró. Pensé durante un instante que la tripulación aparecería lanza en ristre y pondría fin a todo aquello. Nunca he estado más equivocado en mi vida. Sin ir más lejos, el propio encargado que hacía menos de media hora me decía que guardáramos silencio en un tono que denotaba la férrea intención de dejarme claro el tamaño de sus huevos gordos y cuadrados, se había parapetado tras la barra del bar, no sin antes bajar la barrera desoyendo los sollozos y las suplicas del pasaje para que les dejaran entrar. La virulencia con la que atacaban era aterradora y se multiplicaba de modo exponencial cada vez que una nueva víctima se levantaba y atacaba. Si bien hacía menos de una hora el número de muertos en el barco era de uno, en aquel momento superaba con creces la centena. Estaba claro que no podíamos quedarnos ahí, había que moverse. En ese instante vimos como una gran llamarada ascendía y avanzaba sobre la cubierta debido, sin ninguna duda, a una fuga de combustible del helicóptero. Un gran número de cerillas con piernas empezaron a corretear de un lado a otro del *Garden Show*. Muertos quemándose a lo bonzo. En aquel momento habían alcanzado cada uno de los rincones de la plaza. Incluso el piano blanco estaba en llamas. La niña pequeña, que ya no lloraba pero que sí ardía, empezó a golpearse contra la barrera del bar hasta que acabó pasando por un recoveco. El fuego se extendió como la pólvora en el interior del local, y mesas y licores y manteles y todo lo que era susceptible de arder ardió, incluido el encargado. No sentí ninguna pena por aquel hijo de puta. Ahora sí estábamos contemplando el infierno, demonios incluidos. Ya no era capaz de

distinguir a ningún superviviente en el *Garden Show*.

Llegó la hora de salir de allí. Estaba claro que no podíamos pasar por mitad de la plaza, pero tal vez podríamos movernos por los pasillos del barco, siempre y cuando no hubieran accedido a ellos. Había visto lo rápidos que eran y la ferocidad con la que atacaban, por lo que no podía contar con la fuerza de mis puños para defenderme, y más teniendo en cuenta que, en apariencia, no sentían ningún tipo de dolor. Miré a mi alrededor y sopesé las opciones. Había un par de barras olímpicas que descarté en primer lugar, pues pesaban unos veinte kilos cada una. Los discos y las mancuernas a partir de cinco kilos podrían causar serios daños, incluso ser letales al golpear en el cráneo, pero no me convencía la cercanía con la que tendría que propinar dichos golpes. Las barras convencionales no pesaban tanto, pero eran muy largas. Por fin di con el arma. Una barra Z. Sí, lo sé, sonaba irónico. Este tipo de barra pesa la mitad de una convencional y es mucho más corta, de unos ciento diez centímetros más o menos y tiene forma curva en zigzag. Pesaba unos cinco kilos y podía manejarla con suma facilidad. Se me ocurrió que podía darle mayor potencia de golpeo colocando dos discos en uno de los extremos. Los aseguré con tres cierres. No quería arriesgarme a que salieran disparados al tercer impacto. Bueno, no era el arma definitiva, pero serviría. Di unos cuantos golpes a un saco de boxeo de cuero negro a modo de ensayo. Serviría muy bien. Solo había una barra de esas características y sabía que era la mejor arma que podíamos conseguir en aquel lugar. Decidí que yo sería quien la llevara. Aunque Richard era algo más corpulento que Chuck y Stephen, tenía claro que no podría manejarla con la destreza con la que yo lo haría. Les aconseje que cogieran algo que pudieran usar para defenderse en caso de necesidad, pero que les resultara fácil de manejar. Yo iría delante, pero les pedí que mantuvieran los ojos bien abiertos en todo momento. Un buen sitio para ir sería la planta hospital del barco. Podría ver si Ernesto aún se encontraba allí y tal vez saber qué ocurrió cuando llevaron a Shaun.

Resultaría muy largo ir hasta la parte central del barco, y desde luego muy peligroso bajar por los ascensores. Una buena opción sería bajar por las escaleras de proa. Había usado muchas veces esas escaleras durante los últimos meses para ir al gimnasio, por lo que conocía muy bien el trayecto que debíamos seguir, y además casi nadie las usaba.

—Iremos hasta la recepción del spa y de ahí giraremos a la derecha. Habrá unos veinte metros hasta las escaleras —dije.

Llegamos a la recepción y me asomé al pasillo. Miré a ambos lados y vi

que estaba despejado. Corrimos. Al llegar a la puerta metálica que daba a las escaleras miré por el ojo de buey y no vi nada, así que la abrí y nos dispusimos a bajar cuando oímos un fuerte golpe a nuestras espaldas. Un tripulante entró al pasillo por la puerta que daba a la plaza donde se había estrellado el helicóptero y empezó a correr hacia nosotros. Tras él quedó una puerta abierta por la que entraron dos de aquellos enajenados que corrieron en su búsqueda. Entramos por la puerta y desde el descansillo de las escaleras empecé a llamar a aquel tipo.

—¡Corre, por aquí!

Pero no corrió lo suficiente y dos metros antes de llegar a la escalera lo alcanzaron. Saltaron sobre él como lo harían dos guepardos sobre una gacela. No había intencionalidad ni estrategia en la manera que tenían de atacar, donde te alcanzaban ahí te desgarraban. Daba igual que fuera la cabeza, el cuello, un ojo o un dedo. El primero le arrancó de cuajo el trapecio, y al caer el segundo sobre su pierna le desgarró los tendones tras la rodilla. Mientras devoraban al tripulante emitían un desagradable sonido similar al que hace una persona comiendo un plato de pasta con la boca bien abierta, y masticaban con tanta ferocidad que sus dientes chocaban con la fuerza con la que chocan dos piedras al partir una almendra. Todo aquello acompañado por los gritos desgarradores de aquel pobre desgraciado. No podíamos hacer nada, así que cerré la puerta y empezamos a correr hacia las plantas inferiores. Cinco pisos más abajo paramos en el descansillo y miré de nuevo por el ojo de buey que hay incrustado en todas las puertas metálicas que separan los pasillos de las escaleras de proa. En aquel piso no habían llegado aún las malas noticias. Vi gente que andaba con la misma tranquilidad con la que lo harían si pasearan a su perro por el parque. No entendía cómo no habían dado la voz de alarma. Tal vez por mantener aislado el estado de histeria en un par de plantas, supongo. Aquello no estaba carente de lógica. No creo que ayudara en nada tener a todo el barco sumido en el caos. Creo que nadie sabía qué estaba ocurriendo en realidad. Tras un breve descanso, pues cargar con diez kilos extra que me proporcionaba la barra Z no era una tarea fácil, seguimos bajando. No nos cruzamos con nadie en ningún momento.

La planta hospital permanecía desierta. Estaba claro que a esa profundidad aún no habían llegado ni noticias ni heridos. Nos acercamos a la entrada donde se encontraba la recepcionista rubia tan guapa. Me ofreció una discreta sonrisa que nada tenía que ver con la que me regaló hace solo un día.

Nuestro aspecto tampoco llamaba a la cordialidad. Sucios y yo empuñando una especie de martillo de más de un metro.

—Buenas noches —dijo—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Hola, buenas noches —dije—. Vengo a ver a Ernesto. ¿Sigue aquí, verdad?

—Sí... sigue aquí —dudó—, pero ahora no pueden pasar.

—Verá, ha ocurrido un accidente en cubierta y creo que esto se va a animar en cualquier momento —dije—. Necesitaría hablar con él ahora mismo, por favor.

—Lo siento, yo...

—Mire —interrumpí—. Voy a pasar a ver a Ernesto. No quiero discutir con usted y no creo que a nadie le importe, pues cuando usted llame a seguridad para que vengan hacia aquí, descubrirá que están bastante ocupados con otros problemas mucho más importantes que el de un tío raro que quiere ver a un bailarín lisiado.

Sin esperar respuesta alguna por parte de la recepcionista me di la vuelta hacia mis compañeros y les pedí que me esperaran ahí mismo un momento. Yo fui hacia la habitación de Ernesto. Entré sin llamar y me lo encontré durmiendo. Tenía una correa a la altura de las rodillas y otras dos en las muñecas, además de un pómulo morado y una brecha en la ceja. Lo zarandeeé con no demasiada delicadeza con la intención de despertarle. Poco a poco fue abriendo los ojos.

—Hola, Ernesto. Soy yo, Ash.

—Hola, colega —dijo arrastrando las palabras—. Has venido a verme, muchas gracias. ¿Has visto lo que me han hecho esos animales?

No contesté.

—Quítame estas correas, por favor. Prometo no hacerte nada —dijo bromeando.

Se las quité. Lo primero que hizo fue arrancarse el catéter del antebrazo. Una gota de sangre le resbaló por el brazo.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó señalando la barra Z.

—Es algo complicado de explicar, tío —dije—. Ya te contaré.

Pareció no importarle demasiado. Cerró los ojos y empezó a hablar.

—Se han llevado a Shaun, colega. Hace apenas unas horas y no me han querido decir nada de lo ocurrido. Anoche oí cómo traían a alguien. Pensé que sería algo serio, porque no hacía más que entrar y salir gente de la habitación de al lado. Llegó el doctor y estuvo un buen rato. No sé cuánto

porque me quedé dormido. Esta mañana me han despertado unos gritos. Era Shaun, lo he reconocido al momento. He empezado a llamar a la enfermera para preguntarle qué estaba pasando, pero no venía nadie.

Trató de incorporarse. Le ayudé poniéndole un cojín en la espalda. Ya sentado le acerqué un vaso de agua que tenía en la mesilla.

—Toma, bebe. Te sentará bien —dije.

Se bebió el vaso de un trago y con el dorso de la mano se restregó una lágrima que se deslizaba por el pómulo amoratado. Me dio las gracias y continuó.

—Luego he llamado a Shaun, que no dejaba de gritar algo como que le quemaba la pierna y que le habían mordido. «¡Me quemo por dentro!», gritaba. Te juro colega que estaba agonizando. Cuando me oyó me suplicó que por favor le ayudara. Me he vuelto loco porque no venía nadie a decirme nada, y Shaun... Dios mío, cómo gritaba.

Ernesto ahora estaba llorando a moco tendido.

—Cuando por fin ha llegado la enfermera —continuó—, yo estaba tratando de ponerme en pie, y ella se acercó a mí corriendo para tratar de volver a meterme en la cama, y entonces resbalé. Le di con el codo en la nariz y creo que se la partí. Fue un accidente, pero ella empezó a gritar y salió corriendo de la habitación. Yo ni me percaté en aquel momento de que le había hecho daño, y seguí llamando a Shaun. Con-seguí incorporarme, y cuando por fin alcancé la puerta de la habitación, llegaron dos tipos. Creo que eran de la seguridad del barco, o eso me pareció leer en sus chapas de identificación, y me ataron en la cama. Uno de ellos comentó que le había partido la nariz a la enfermera y acto seguido me dio un cabezazo en la cara, me agarró por el cuello y me dijo que eso me pasaba por golpear a su chica. Luego me dio un puñetazo que me dejó noqueado al instante.

—¿Y ya no recuerdas nada más de lo ocurrido? —pregunté.

—No mucho. Me desperté un poco más tarde y llamé a gritos a la enfermera, y cuando llegó vi que tenía la nariz con algún tipo de vendaje y los ojos un poco amoratados. Le pedí perdón y le dije que no fue mi intención, pero no dijo nada. Tan solo se acercó y me inyectó algo a través de la vía que me dejó fulminado al instante, y he dormido hasta ahora que me has despertado.

Toda aquella información no me sirvió de mucha ayuda, la verdad. Para colmo de males, Ernesto no sabía nada respecto a lo sucedido con Shaun y yo no pensaba contárselo por ahora. Le pregunté por la pierna y me dijo que en

algún momento le habían cambiado el vendaje que llevaba por otra sujeción algo más rígida, pero que no sabía nada más respecto al estado de su tobillo.

—¿Sabes algo de Shaun, colega? —preguntó Ernesto con lágrimas en los ojos.

No contesté.

—Creo que le ha pasado algo malo —dijo—. Dios mío, como le haya pasado algo creo que me moriré. ¿Sabes una cosa, colega?, yo sin él solo soy un maricón más. Bailarín y marica, menudo cliché. Eso es lo que le decía mi padre a mi madre sobre mí, bailarín y marica, menudo hijo nos ha tocado, se quejaba. Shaun siempre me ha hecho sentir bien conmigo mismo. Le necesito, ¿sabes?

No supe qué decir.

De pronto apareció la chica de recepción, que entró sin llamar. Por un instante pensé que se pondría como loca por haberle quitado las correas. Me equivoqué. Entonces me percaté de que iba empujando una silla de ruedas.

—Disculpe, he de pedirle un favor —dijo con la sonrisa renovada pero algo forzada—. Me han llamado del puente de mando. Por lo visto ha habido un accidente en cubierta y me han solicitado todas las habitaciones posibles. Por lo visto ya están bajando a los heridos. Como el señor solo debe mantener reposo hasta que lleguemos a puerto, me ha informado el doctor que no habrá problema en que lo haga desde su camarote. Me pregunto si usted podría...

Ya estaban bajando a los heridos. Quién dio esa orden no tenía ni idea de lo que iba a pasar con ellos.

—Sí, claro, sin problema. Yo lo llevaré a su camarote —me apresuré a decir, pensando solo en salir de allí lo más rápido posible.

—Estupendo. Muchas gracias. En un momento vendrá la enfermera a quitarle la...

Vio que ya se había quitado la vía del brazo.

—Creo que no hará falta —dijo Ernesto.

Cuando volví a la recepción, me encontré con la cara de incredulidad de mis compañeros al verme aparecer con un tío en silla de ruedas.

—¿¡Pero qué cojones!?! —dijo Chuck.

—Chicos, os presento a Ernesto. Ernesto, los chicos —dije ignorando el asombro de los tres.

—Hola, colegas —dijo Ernesto.

Les dije que iban a empezar a traer heridos de la cubierta y que sería mejor no estar ahí cuando llegaran. Le pedí a Stephen que empujara la silla

de ruedas.

—Yo tengo que llevar a la Z —expliqué mostrándole la barra—. Ahora salgamos de aquí.

No dimos ni un paso fuera de la recepción cuando chocamos con ella.

—¡Ernesto, corazón!

La bailarina de los pechos turgentes apareció en escena. Ya no iba con las mallas de ballet, pero desde luego los *leggings* negros que llevaba no le restaban atractivo. Le miré el escote y ella se dio cuenta, pero actuó como si no me hubiera visto.

—¡Cariño mío, has venido a verme! —exclamó Ernesto, dejando libre toda la pluma que hasta ahora se había mantenido oculta.

—Chicos, siento aguar este momento, pero ya os pondréis al día en el camarote —dije—. Así que Ernesto, señorita bailarina, vámonos.

—Misty, si no te importa —dijo la chica.

—Pues encantado, Misty. Yo soy Ash. Ahora, por favor, vámonos.

Misty. Hasta su nombre era atractivo y misterioso. En aquel momento hubiese puesto mi vida en peligro si ella me hubiera dicho que fuéramos a una habitación. A la mierda todo, echemos un polvo mientras el barco se mantenga a flote.

—¿Vamos o qué? —preguntó Misty devolviéndome a la realidad.

La buena noticia es que nos encontrábamos a solo un piso por encima de nuestros camarotes. La mala es que tendríamos que coger el ascensor. Sin pensarlo demasiado fuimos directos. La luz nos indicaba que estaba ocupado, pero bajaba, así que esperamos. Aproveché ese ratito de espera para contemplar a Misty con un poco más de detalle, y daba igual como la mirases, era perfecta.

—Cariño, ¿cómo es que no estás bailando? —preguntó Ernesto.

—No lo sé. Por lo que he oído, ha habido una explosión en la cubierta del barco y nos han desalojado.

No era el momento de contarles lo ocurrido. Era mejor que no se enterasen aún de los detalles. Además, no sé cómo reaccionaría Ernesto al enterarse de que Shaun había... ¿muerto? Decidí mantener la boca cerrada, al menos hasta llegar al camarote. Mientras esperábamos a que llegase nuestro ascensor, les propuse a Chuck y a Richard que bajasen por las escaleras para asegurarse de que todo estaba bien. Como solo era un piso no tardarían más de un par de minutos en bajar a comprobarlo. Les dije que era mejor que yo me quedara con Ernesto por su obvia situación, y también por el culo de

Misty, pero esa parte me la guardé para mí. Les pareció bien y fueron a ver cómo estaba todo. Pasado apenas un minuto llegó nuestro ascensor.



Se oyó un pitido justo antes de que se abrieran las puertas. Lo primero que vi fue una camilla. Ya estaban bajando a los primeros heridos. Lo siguiente en lo que me fijé fue que en la camilla no había ningún paciente, sino sábanas blancas empapadas en sangre. Todos los espejos del ascensor estaban bañados en sangre. Tampoco había ningún tripulante llevando la camilla.

Resultó que sí lo había solo que no lo vi hasta que las puertas terminaron de abrirse. El tripulante estaba tendido en el suelo con la totalidad de sus tripas fuera. Las estaba sujetando con las dos manos y movía los labios como si fuese un pez al que habían sacado del agua. Entre sus piernas se encontraba agazapado un pasajero con el brazo amputado que, con la ayuda del otro que aún conservaba pegado al cuerpo, se llevaba trozos de tripa a la boca. Daba la impresión de que el tripulante se las estuviera sujetando para facilitarle las cosas.

Aquel come carne amputado giró la cabeza hacia nosotros y antes de que pudiera moverse, Stephen, en un acto reflejo, embistió la camilla con la silla de Ernesto. Más bien con su cabeza. La camilla golpeó la cara de aquel hijo de puta a la altura de la boca, saltándole dos dientes. Aun a falta de un brazo (y de vida tal como la conocíamos), se mostró muy ágil y subió de un salto a la camilla. Se abalanzó sobre Stephen, que cayó de espaldas. A duras penas pudo sujetarlo por el cuello de la camisa, manteniendo así su boca llena de tripas y sangre separada por unos pocos centímetros de su oreja. El crepitar de sus dientes tan cerca de su cara le provocó un grito de puro terror. Aparté a Misty de un empujón con el hombro al tiempo que levanté la Z con las dos manos y golpeé con todas mis fuerzas. Fallé por muy poco y no alcancé su cabeza. Los discos chocaron contra su nuca con tanta fuerza que pudo oírse el crujido de las vértebras al romperse. Se quedó inmóvil en el acto y Stephen se

lo quitó de encima de un empujón.

—¿¡Qué está pasando!?! —gritó Misty.

—Bajemos al camarote y os lo contaré todo, pero tenemos que salir corriendo de aquí —dije.

Chuck y Richard aparecieron por la escalera.

—¿Pero qué cojones ha ocurrido? —preguntó Richard.

—Hay que irse —insistí—. ¿Cómo está el piso de abajo?

—Vacío. Ni un alma —dijo Chuck.

—De acuerdo. Saquemos la camilla y bajemos cuanto antes —respondí.

Sacamos la camilla y caímos en la cuenta de que nos habíamos olvidado del tripulante que había dentro del ascensor.

—¡Joder! ¿Y a este qué coño le ha pasado? —preguntó Richard.

—Lo que ha pasado es que le ha servido una ración de tripas a este otro de aquí —dijo Stephen con una risita histérica señalando al muerto que casi le arranca la oreja.

De repente, el no muerto que acababa de desnucar giró levemente la cabeza y agarró con los dientes la bota de Stephen. Le había partido el cuello, por lo que no pudo mover ninguna parte de su cuerpo excepto la cabeza, pero su mordida era tan fuerte como la de un perro de presa y no le soltaba. De nuevo levanté la Z. Esta vez no fallé. Los discos se hundieron en su cráneo, que explotó esparciendo puré de sesos a cinco metros. La trayectoria de los discos continuó hasta que los detuvo el suelo.

Al mirar dentro del ascensor decidimos que por nada del mundo bajaríamos con aquel tipo destripado, así que cargamos con Ernesto entre Richard y yo, y la silla, plegada, la llevó Chuck. Obviamente bajamos por las escaleras. Solo era un piso.

Quiero pensar que no éramos tan idiotas y que solo actuábamos mal debido al estrés que toda aquella situación nos provocaba.

Una vez estuvimos los seis en el camarote puse al corriente de todo a Ernesto y a Misty.

—¿Quieres decir que Shaun es una de esas cosas? —preguntó Ernesto con lágrimas en los ojos.

—Mucho me temo que sí —dije—. Lo siento.

—¿Y solo porque le mordieron en la pierna? —quiso saber Misty.

—No estoy del todo seguro —dije—. Solo sé que le mordieron y que en veinticuatro horas había muerto. Lo siguiente que sé es que lo vi salir del helicóptero poco después de que se estrellara en cubierta y...

Qué importaban esos detalles. Ya se habían hecho una idea de cómo se comportaban.

—Entonces, y solo para que me quede claro, ¿estamos hablando de zombis, verdad? —preguntó Misty, aún sin dar crédito a su pregunta.

No tenía ni puta idea de qué contestar. Creo que nadie sabía cómo coño contestar a esa pregunta. Aun así, di mi opinión.

—Si como zombi entendemos a una persona que una vez muerta se levanta transformada en un ser completamente irracional, con instintos caníbales, que ni siente ni padece y que hará todo lo posible por devorarte, pues sí. Yo diría que es de eso de lo que estamos hablando.

Pocas cosas teníamos del todo claras. Lo que sí sabíamos era que si te mordían tardabas un día en morir y convertirte en uno de ellos, y si te mataban a mordiscos te convertías casi de inmediato. Eso y poco más. Había que elaborar un plan si queríamos salir vivos de aquel barco.

Pese a todo, solo dos pensamientos rondaban en mi cabeza. El primero era que no habíamos bloqueado el ascensor, y por lo tanto seguirían bajando heridos que acabarían transformándose justo un piso sobre nuestras cabezas. De hecho era muy probable que el destripado estuviera dando vueltas en el piso de arriba. Y la segunda era tristemente desgarradora. Stephen tenía un mordisco en la muñeca.



Durante unos minutos nos quedamos en completo silencio. Ernesto, que seguía llorando, se acercó con su silla a la mesita de noche y sacó una pipa de agua.

—¿Qué haces, Ernesto? —pregunté—. ¿No irás a colocarte ahora? Creo que no es un buen momento para eso.

—Déjame en paz, colega. Shaun ha muerto, por lo que no me importa si es o no un buen momento.

—Pues a mí me parece muy buena idea, cariño —dijo Misty.

Cogió un mechero del mismo cajón de donde había sacado la pipa y prendió un poco de marihuana. Le dio un par de caladas bien profundas y entre sollozos se la pasó a Misty, que hizo lo mismo. Los demás declinaron la oferta y me ofreció a mí. «Pero qué cojones», pensé, al fin y al cabo un par de caladas no podrían jodernos mucho más de lo que ya estábamos.

Pensamos en todas las opciones y posibilidades que estaban en nuestras manos a fin de tener que improvisar lo menos posible. Tal vez la única forma de saber cómo estaban las cosas sería yendo al puente de mando. Lo malo es que estaba demasiado lejos, e ir con Ernesto en silla de ruedas no resultaría fácil. Lo segundo que debíamos hacer era encontrar un lugar seguro del barco en el que poder permanecer todos juntos y donde los recursos básicos como agua y comida estuvieran garantizados, al menos al principio.

Le pedí a Misty que me diera el plano del barco. No tardamos mucho en ponernos de acuerdo de cuál era el mejor sitio. El tiempo jugaba en nuestra contra y sabíamos que por momentos había más resucitados, y que a cada minuto nuestro plan se iría haciendo más difícil, por lo que nos pusimos en marcha de inmediato.

Los lugares donde se encontraba la comida del barco eran, sobre todo, en

las cocinas de los restaurantes. El restaurante más grande se encontraba en la proa del barco, dos pisos sobre el puente de mando. Un piso más arriba estaba el gimnasio, con los cristales reforzados. Estaba claro donde había que ir y estaba claro que era una excursión demasiado larga y peligrosa como para hacer dos viajes, así que debíamos ir todos juntos. El plan estaba cerrado. Lo primero era llegar al gimnasio y dejar a Ernesto y a Misty. Lo siguiente sería dividirnos. Chuck y Richard revisarían el restaurante e irían sellando todos los accesos, dejando solo el que comunicaba con el gimnasio. Stephen y yo iríamos directos al puente de mando y luego nos reuniríamos todos de nuevo en el gimnasio. La puerta del spa debería estar vigilada en todo momento para abrirnos a Stephen y a mí a nuestra llegada.

Llevábamos puesto el uniforme para tocar, que no era lo más cómodo ni lo más seguro para movernos por el barco, así que aprovechamos la proximidad de nuestros camarotes para ir a cambiarnos. Abrí la puerta y me asomé al pasillo. Seguía vacío. Fuimos corriendo y quedamos en el camarote de Ernesto en cinco minutos. Al entrar en el nuestro hablé con Stephen.

—¿Te encuentras bien? —pregunté.

—No, por supuesto que no me encuentro bien. ¿Acaso no ves lo que está pasando? ¿Por qué me lo preguntas?

—He visto la herida de tu mano y no tiene buena pinta. Parece un mordisco.

—¡Ah, esto! No, qué va, no te preocupes. Me corté con algo durante la pelea —dijo.

—¿Estás seguro, tío? Puedes decírmelo. No contaré nada si tú no quieres que lo haga.

—Ash, de verdad, tranquilo. No me han mordido, seguro.

No insistí, aunque estaba bastante seguro de lo que vi, sin embargo decidí creerle.

Nos vestimos a toda prisa. Yo me puse la ropa con la que había hecho el viaje desde Bangor. Pantalones marrones muy desgastados, cinturón negro con una calavera en la hebilla y unas letras que decían Harley Davidson, una camisa azul regalo de mi exmujer, unas botas de seguridad de caña alta con punta de acero negras que, además de ser más baratas que las originales de Harley, son más seguras ante las posibles caídas en moto y, por supuesto, mi querida chupa. Ojalá no hubiera vendido el casco, pensé.

Cargué con la Z.



Ya estábamos listos para salir, aun así repasamos el plan una vez más.

El pasillo seguía tan vacío como el resto de veces, y pensé que sería genial que se mantuviera así el resto del camino. Empezamos a caminar por el largo pasillo. Cada cincuenta metros había una puerta metálica que lo dividía, quedando fraccionado en unas seis partes. Cuando llegábamos a una de estas puertas me aseguraba de que el siguiente tramo estuviera despejado mirando a través del ojo de buey que había incrustado en todas las puertas.

En mitad de aquel tramo de pasillo nos sorprendió el ruido de una puerta al abrirse. Levanté de inmediato la Z y lancé un golpe. Desvié el mazazo hacia la pared con el fin de evitar el impacto. Era una chica que salió medio desnuda de un camarote, riendo y en un estado bastante avanzado de embriaguez. Tan solo llevaba unas braguitas negras de encaje y una camiseta blanca de tirantes muy fina que no llegaba a cubrirle el ombligo y que le transparentaba los pezones.

La chica se agachó por puro instinto al ver que algo chocaba contra la pared.

—¡Eh!, ¿pero a ti qué te pasa, idiota? —gritó la chica.

—Lo siento, pensé que era...

—¡Pues pensaste mal! —Dijo levantando la cabeza—. ¡Ernesto! ¡Misty!
¿Qué pasa, compañeros?

Por lo visto era otra de las bailarinas.

—Oh, pobre Ernesto —dijo la chica poniéndose de cuclillas frente a la silla—. ¿Cómo te encuentras, amor?

—Shhh... Habla más bajo —dijo—. Ernesto está bien, pero ahora tienes que venir con nosotros.

—¿Ir con vosotros? ¿Pero dónde? Ahora estoy con Laura —dijo

guiñándole un ojo a Misty—. Iba a mi camarote a por unas cervezas, pero pensaba volver a terminar... una cosa.

—Escucha —dije—. Ve a por las cervezas, pero cuando vuelvas, cierra el camarote y quédate en él. No salgáis para nada, ¿de acuerdo? Hay problemas en el barco y es mejor quedarse en el camarote hasta que pase todo.

No estaba bien dejarlas a su suerte, pero tampoco iba a convencerlas para que vinieran con nosotros, y no era seguro quedarse ahí plantados. Más adelante tal vez pudiera volver a por ellas, pero ahora lo importante era ponernos a salvo. Cuando la chica volvió con las cervezas nos aseguramos de que su puerta quedara bien cerrada y le insistimos para que se quedaran ahí dentro.

Llegamos al último tramo del pasillo donde estaban las escaleras. Bajar a Ernesto un piso había sido algo sencillo, pero una vez allí me di cuenta de que subir todos los pisos con un lastre de noventa kilos a cuestas iba a ser una empresa sumamente complicada. A esto había que añadir que a cada piso que subiéramos, la probabilidad de encontrarnos con los muertos sería mayor. Estaba claro que el viaje más largo empezaba con un simple paso, así que dejé de darle vueltas. Me aseguré de que ese primer tramo de escaleras estuviera despejado. Subí el primero. Richard y Chuck cargaron con Ernesto y Stephen cogió la silla. Los tres primeros pisos los subimos sin ninguna complicación. Las escaleras seguían despejadas y al llegar al siguiente descansillo oímos cómo se abría la puerta del piso superior. Me llevé el dedo índice a los labios para indicarles que guardaran silencio. No había modo de saber de quién se trataba. Abrí la puerta del descansillo en el que nos encontrábamos y vi a bastantes personas en el pasillo, pero en un estado de relativa calma. Imaginé que lo único que había llegado a esa planta eran rumores. Lo importante era que teníamos una vía de escape en caso de no ser amigo el que fuera que hubiera abierto la puerta de arriba. «En caso de duda, pregunta», decía siempre mi madre, así que pregunté.

—¿Hola? El de arriba, ¿se encuentra bien?

No hubo respuesta, lo cual me pareció mala señal.

—¡Grrr!..

Esa respuesta me pareció aún peor. Quienquiera que fuera empezó a correr escaleras abajo.

—¡Corred! —grité—. ¡Por la puerta!

Mientras el grupo entraba en el pasillo, el muerto ya estaba aquí. Saltó

cinco peldaños antes de llegar al descansillo. Me preparé para batear, pero fui demasiado lento y con la Z aun tomando impulso, el muerto se estrelló de boca contra mi codo. Rebotamos ambos en sentidos opuestos, el muerto escaleras abajo y yo dentro del pasillo. Se levantó nada más caer sobre el pequeño espacio metálico de pasarela que une los dos tramos de escalera. Rebotó como una de esas pelotas de goma y vino directo a mí. Saltó. Lo vi en pleno vuelo y se me antojó como uno de esos aviones kamikaze pilotados por japoneses durante la segunda guerra mundial. Yo era la embarcación contra la que iba a chocar. Su cara se estrelló contra el grueso cristal del ojo de buey. Un segundo antes de caer sobre mí, Misty cerró la puerta con suma rapidez. Su nariz quedó aplastada contra el cristal, mientras tanto, sus dientes seguían masticando de modo instintivo pese no haber probado bocado.

Un grupo de unas veinte personas se giró hacia nosotros. Una mujer mayor se acercó.

—Disculpad, jóvenes —dijo muy despacio—. ¿Sabéis por casualidad que ha ocurrido?

«Por supuesto que lo sabemos», pensé.

—No estamos seguros, señora —dije.

—Mi marido subió hace horas a la cubierta a por unos sandwiches y aún no ha vuelto. Estoy preocupada porque hace ya un rato que debería haberse tomado sus pastillas.

—Seguro que se encuentra bien —mentí—. Lo más probable es que se haya distraído viendo algún espectáculo y se le haya ido el santo al cielo.

—Bueno, gracias, joven —dijo la anciana—. De todos modos íbamos a subir a la cubierta superior para ver qué ha ocurrido. Un tripulante nos dijo que nos quedásemos en nuestros camarotes, pero de eso hace ya mucho rato y no podemos quedarnos encerrados durante todo el crucero, así que vamos todos a los ascensores panorámicos para ir a la cubierta. ¿Queréis venir, jóvenes?

—No es buena idea —dije—. Se ha producido un pequeño fuego y puede ser peligroso.

—¿Y tú qué coño sabes!? —dijo un pasajero muy gordo y muy cabreado con una camisa de flores muy fea—. Hace un momento has dicho que no sabíais nada.

—Hace un momento dije que no estábamos seguros —corregí—. Un tripulante nos comentó que, por lo que él había oído, tal vez se tratase de un fuego en la cubierta del *Garden show*. Nada más.

—¡Ni caso, vamos al ascensor! —dijo el tipo gordo.

—¡No vayáis! Escuchadme, por favor —insistí—. Es peligroso e inútil que subáis por el ascensor. Lo más probable es que estén bloqueados y no lleguen hasta la cubierta superior. Me pasó a mí la noche anterior debido a la tormenta. Si ha habido algún problema es posible que vuelvan a estar bloqueados.

—Miren, jovencitos —dijo la anciana—, no nos enfademos, ¿de acuerdo? Vamos a ir un momentito a la cubierta, y si es cierto lo que dice, volvemos a bajar y listo.

Me interpuse entre ellos y el ascensor y traté de explicarles lo que estaba ocurriendo, pero no hice más que empeorar las cosas.

—¿¡Zombis!?! —dijo el tipo gordo—. Tú estás colocado, tío. Basta con verte los ojos. ¡Quita de en medio, capullo!

Me quitó de en medio de un manotazo y caí de culo a más de dos metros de distancia. Aquel gordo tenía una fuerza descomunal, sin duda. Pero de poco le iba a servir frente al ataque de diez muertos vivientes muy cabreados.

Se metieron todos en el ascensor. Eran entre veinte y treinta personas, y aun así había sitio para media docena más. Pulsaron el botón que daba a la cubierta superior y mientras las puertas se cerraban, la anciana se despidió de mí saludándome con la mano y, encogiéndose de hombros, soltó una risita. Apreté el botón con la esperanza de que las puertas se volvieran a abrir. Demasiado tarde. La risita tonta de la anciana fue lo último que vi de ella, y también resultó ser su última sonrisa, creo.

Abrí la puerta que daba a la cubierta exterior número siete en el lateral del barco, desde donde se podía acceder a los botes salvavidas. Desde ahí pude ver cómo subía el ascensor panorámico. Subieron una planta y noté en sus rostros que todo iba bien. La cosa cambió cuando subieron otra más. Una mujer señaló hacia el interior del barco y empezó a gritar. No podía oírla, pero la expresión de terror de su cara desvelaba una verdad terrible: ya habían llegado a la cubierta nueve.

Alguien en aquel ascensor la cagó. Se paró muchos pisos antes de llegar a su destino. Incluso si el ascensor se bloquease de modo automático, no lo hubiera hecho tan pronto. No, eso fue una cagada de uno de los pasajeros que, presos del pánico, pulsó el botón de alarma o de stop, vete tú a saber. Tal vez pulsaron el botón que daba a esa planta, o bien, exonerado de su presunta estupidez humana, quien pulsó el botón pudo haber sido uno de los muertos que por puro azar se toparon con la tecla adecuada que les iba a dar de comer.

Fuera cual fuera la causa, la respuesta fue la muerte para todos los que iban en aquel ascensor.

Se apelotonaron todos contra el cristal del ascensor y el tipo gordo, abusando de su brutal fuerza, apartó a los demás pasajeros colocándose lo más lejos posible del peligro que les acechaba. Los muertos entraron en tropel con la furia de una docena de animales salvajes hambrientos. Los primeros en entrar se cebaron con la dulce anciana que, quiero pensar, se le detuvo el corazón justo antes de que le dieran el primer bocado. De los entrantes al postre pasaron apenas quince segundos, siendo el gordo el plato estrella. Los cristales quedaron tintados de rojo, al punto de no dejar ver lo que detrás de ellos había.

Entré y les conté lo que había pasado. Sin demasiados detalles, como siempre.

—No pasará mucho tiempo antes de que esos pobres capullos del ascensor despierten —dije—. Será mejor que nos movamos.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —gritó Ernesto.

—¿Que te pasa, tío? —pregunté.

—¡El botón! —exclamó—. ¡Pulsaste el botón cuando se cerraron las puertas!

—¿Y?

—¡El ascensor está bajando! —respondió.

Joder, la había cagado bien. La luz parpadeaba encendiendo y apagando la flecha que apuntaba hacia abajo. «Otra maldita cuenta atrás», pensé.

—Tenemos que darnos prisa y volver a las escaleras de proa —dije.

—No llegaremos a tiempo. Vamos muy lentos empujando una silla de ruedas —dijo Richard—. Cojamos mejor el ascensor interior.

—¡Te has vuelto loco! —dije—. No has oído lo que os acabo de decir. Podrían abrirse las puertas en cualquier momento mientras estamos subiendo y encontrarnos de bruces con decenas de esos muertos, o bien podría ocurrir que al llegar el ascensor salieran de dentro una veintena de golpe; que es lo que va a ocurrir aquí dentro de un momento a otro si no nos vamos.

—Lo siento, demasiado tarde —dijo Richard—. Mientras estabas fuera en la cubierta le di al botón. Ya está llegando.

—Joder —dije—. Veo que también nos hemos olvidado del tripulante de las tripas por fuera que, a menos que haya despertado y salido antes de que tú le dieras al botón, seguirá ahí dentro.

Cuando apenas terminé de hablar, oímos un pitido y todos dimos un

respingo. Al escuchar el sonido metálico de las puertas del ascensor abrirse nos quedamos petrificados. No podíamos ver el interior del ascensor desde donde estábamos, pero sabíamos que en un segundo se desvelaría el misterio.

Pasó un instante y lo que ocurrió fue que sonó otro pitido, pero este detrás de nosotros. El ascensor panorámico no guardaba ninguna sorpresa. Todos sabíamos que venía cargado de muerte.

—¡Vamos! ¡Al ascensor! —gritó Richard.

Todos empezaron a correr y por poco se dejaron a Ernesto. Chuck cogió el relevo de la silla y Misty empezó a correr justo en el momento en que se abrieron las puertas.

No podía creerlo. Si vivo era un cabronazo, muerto sería peor. El puto gordo volvió a abrirse paso a empujones, solo que esta vez no huía sino que atacaba. Tenía la camisa floreada hecha jirones, dejando su obeso torso prácticamente desnudo. Asomaban dos grandes tetas colgantes que acababan reposando en una enorme barriga llena de agujeros de mordiscos. Le faltaban todos los dedos de una mano y del antebrazo podía verse el hueso. También le habían arrancado el labio inferior, lo que le confería una ilusoria y macabra sonrisa que, aun así, no denotaba simpatía alguna.

Retrocedí de espaldas y sin dejar de mirar al ascensor panorámico. Estaba a pocos metros del ascensor central, pese a eso, no podía correr hacia él sin más. Estaban demasiado cerca de nosotros.

—¿¡Estáis todos dentro!? —pregunté.

—¡Sí! —contestó Misty.

—¡Cuando os diga, pulsad rápido el botón de la cubierta superior!

Tenía que parar como fuera a aquella mole de carne muerta. Era demasiado alto y gordo, por lo que no tenía claro si tendría ángulo suficiente para golpearle en la cabeza sin acabar atrapado en un mortal abrazo. Se acercó a mí con un andar patizambo, con sus gruesos muslos siseando por el roce y los brazos al frente como una criatura creada por el doctor Frankenstein, pero cebada.

Empuñé la Z y corrí hacia la mole. Cuando estaba más cerca me convencí de que darle en la cabeza no era una opción, por lo que me dejé caer de culo con la intención de deslizarme. Cuando me encontré justo debajo de su orondo cuerpo, aproveché el impulso y le golpeé a la altura de la rodilla con tanta fuerza que se la partí. Cuando trató de dar un paso, la rodilla se le dobló hacia atrás y perdió el equilibrio. Pude apartarme antes de que me aplastara. Tirado en el suelo no daba tanto miedo. Era como una ballena

varada en la orilla de una playa. Dudé si rematarlo o no. Decidí marcharme cuanto antes de allí.

—¡Pulsad el botón! —grité.

Corrí, y antes de llegar me di la vuelta y la vi. La pobre anciana sentada en el fondo del ascensor panorámico, decapitada. Con la cabeza entre las piernas me miró y, llamadme loco, pero creo que... sonrió.



Una vez estuvimos todos dentro del ascensor, empezó a gestase una nueva pesadilla. Stephen fue a pulsar el botón que daba a la cubierta superior, y en ese momento sufrió un espasmo en el brazo. Ya no se podía hacer nada, había pulsado la cubierta nueve.

—¿¡Pero qué has hecho!?! —dijo Chuck.

—Lo siento, no sé qué me ha pasado.

Pero sí que lo sabía. Ya me había olvidado, pero ahora ya era evidente. La herida de Stephen no era un golpe mal dado, se trataba del mordisco de un muerto.

El ascensor empezó a subir, y si las puertas se abrían en la cubierta nueve acabaríamos como los idiotas de antes. Ya estábamos en la ocho.

—¡Aprieta el ocho! —dijo Misty.

Lo pulsé repetidas veces, pero ya habíamos empezado el ascenso hacia la siguiente planta. Ya era tarde para que se detuviera en aquella planta. Hice lo único que podía hacerse, darle al botón de parada, y por suerte se paró. Ahora nos encontrábamos en una situación bastante complicada, parados entre la cubierta ocho y la nueve.

—Me quema —dijo Stephen.

—¿Cómo? —preguntó Richard.

—Me quema. Me quema mucho.

—¿De qué estás hablando? —Volvió a preguntar Richard—. Estás muy pálido, tío. ¿Te encuentras bien?

—No, no me encuentro bien... Me quema.

Ya había empezado. La herida se le estaba infectando. No sabía cuánto tiempo le quedaba, pero estaba claro que no demasiado. Lo que desconocía era si él conocía su situación. Ernesto empezó a ponerse muy nervioso. Había

oído gritar a Shaun esas mismas palabras antes y no auguraban nada bueno.

—Me quema más, me quema, me quema, ¡me quema!, ¡ME QUEMAAAA!

Stephen cayó al suelo y se sujetó la muñeca con fuerza. Gritaba y se retorció cada vez con más virulencia, hasta el punto en que empezó a convulsionar. Tratamos de sujetarlo, pero una persona en ese estado tiene una fuerza sobrehumana y lo único que pudimos hacer fue sostenerle la cabeza para que no se la golpeará.

—¿¿Qué coño le pasa?! —preguntó Richard.

—Le han mordido —dije.

—¿Qué?

—Que lo que le pasa es que le han mordido.

—¿Y cuándo ha pasado? —quiso saber Chuck, que seguía sujetándole la cabeza.

—Mientras esperábamos el ascensor frente a la planta médica, justo antes de que volvierais de comprobar el pasillo de los camarotes. Cuando se abrieron las puertas un muerto saltó sobre él. Le pregunté si le habían mordido y me aseguró que no, que la herida se la hizo al golpearse con algo.

—Está claro que no —sentenció Chuck con lágrimas en los ojos.

—Sí. Ahora está muy claro —dije algo irritado.

Tras las convulsiones, Stephen perdió el conocimiento. Era momento de centrarse en el problema que nos acuciaba, los seis en un ascensor parado entre la cubierta ocho y la cubierta muerte. Lo peor de todo es que Stephen estaba condenado. Si en aquel momento se despertase convertido en uno de esos seres, no tendría el valor para acabar con él.

La única opción que teníamos era forzar las puertas y salir por el piso de abajo, así que Richard y yo desde arriba, y Chuck y Misty desde abajo, tratamos de abrir las puertas del ascensor, que apenas se abrieron unos centímetros. Traté de utilizar la Z para hacer palanca, pero no tenía espacio suficiente para meter la barra.

—Hay que abrirlas un poco más —dije.

Pensé en un primer momento en golpear de refilón una de las puertas, pero gracias a Dios que apareció un atisbo de cordura por mi sesera y no lo hice. El ruido hubiera podido atraer a todos los muertos que estuvieran cerca. No había forma de abrir aquella condenada puerta ni un milímetro más sin ningún tipo de palanca.

—Ey, colegas —dijo Ernesto—. ¿Por qué no usáis el reposa pies de la

silla?

—¡De puta madre, tío! —dijo Richard.

El sistema para desmontar el reposapiés era de lo más sencillo. Solo había que plegarlo hacia arriba y tirar con relativa fuerza. Encajé la pieza metálica en la puerta y los cuatro tiramos con fuerza. Se abrió lo suficiente para encajar la barra y hacer palanca. Abrí la puerta unos diez centímetros y resultó que la solución se convirtió también en el problema. Como estábamos parados entre dos plantas, al abrir la puerta interior del ascensor, también se abrieron las puertas exteriores de ambas plantas. Me asomé a la superior y las cosas no podían ir peor.

En la cubierta nueve había una gran calle central llamada *Times Square*, que era una recreación del original que se encontraba en Manhattan, y lo cierto es que era una recreación bastante buena. Justo en el centro de esta calle se encontraba una de las atracciones más solicitadas. Un bar circular que recorría en vertical el barco desde la cubierta nueve hasta la diecisiete. Te sentabas, pedías una copa, y en lo que tardaba en realizar aquel trayecto te daba tiempo a terminártela. Cuando llegabas te bajabas en la cubierta superior del barco y volvía a bajar cargado de nuevos pasajeros. Y así todo el día. Era como un gran ascensor panorámico y descubierta, ubicado en el centro del barco y con capacidad para más de cuarenta personas. Sin lugar a dudas esta fue la puerta que los trajo aquí.

Los muertos deambulaban sin ningún rumbo definido, guiándose tan solo por estímulos externos como luces y sonidos. Algunos de ellos se acercaban más de la cuenta a un tiovivo que daba vueltas a una velocidad algo excesiva, desde mi punto de vista. Las luces, el movimiento y la música eran un reclamo irresistible para los muertos que, al acercarse, recibían golpes tan violentos que más de uno quedaba con la mandíbula desencajada o la nariz hundida.

Aún teníamos alguna oportunidad. Si no hacíamos mucho ruido podríamos bajar sin demasiado riesgo.

Miré hacia el piso de abajo por el escaso espacio que había entre las dos puertas. Seguía vacío. Metí la barra e hice palanca con sumo cuidado. Las puertas cedieron, no sin quejarse un poco, pero conseguí el espacio suficiente para que pasara una persona.

Salí en primer lugar y eché un vistazo. Todo en calma. Dejé la Z un momento en el suelo para ayudar a Misty a salir. Se sentó en el suelo y quedó con las piernas colgando fuera del ascensor. Me acerqué a ella y apoyó sus

manos en mis hombros, yo la sujeté por la cintura y la bajé al suelo con sumo cuidado. En mitad de toda esa mierda y yo continuaba sumido bajo el yugo de mis instintos más básicos. «Que nos coman, pero hazme tuya aquí y ahora», decía ella en mi cabeza.

—Ashley, ya estoy en el suelo. Puedes soltarme —dijo Misty.

A continuación bajó Richard, que no necesitó de mi ayuda. Chuck me pasó la silla y con cuidado sacamos a Ernesto del ascensor. Todo estaba yendo bien, hasta que de repente...

—Me quema, me quema, me quema, ¡ME QUEMA!, ¡POR EL AMOR DE DIOS, HACED QUE PARE!, ¡QUEMAAAA!

Stephen se despertó en aquel momento, y sus gritos sonaron como una campana llamando a la mesa. Chuck se asomó a la cubierta nueve.

—¡Mierda, están acercándose! —gritó Chuck.

—¡Rápido, pásame a Stephen! —dije.

Lo saqué sin ninguna delicadeza, estirando de él por los hombros mientras seguía gritando.

Chuck bajó de un salto y entre él y Richard cargaron con Stephen. Misty se hizo cargo de Ernesto y yo cogí nuestra única arma. Oímos un golpe seco justo detrás de nosotros. Los muertos estaban bajando por el hueco del ascensor.

—¡Corred! —grité—. ¡Ya vienen!

Estábamos demasiado lejos de las escaleras de proa, pero si íbamos por las de popa tendríamos que atravesar todo el barco hasta llegar al puente de mando, una vez llegados arriba. Daba igual, Misty tomó la decisión por todos nosotros al salir empujando a Ernesto a toda prisa en dirección a las escaleras de popa. Salimos todos corriendo detrás de Misty, sin pensar demasiado. Me di la vuelta y vi como Chuck y Richard llevaban a cuestas a Stephen, que ya no gritaba y parecía que había perdido el conocimiento otra vez. Stephen convulsionó de nuevo con tanta fuerza que se les cayó al suelo. Cuando fueron a levantarlo, aparecieron tres muertos y a continuación dos más y otro más. Se había producido una brecha y ya no había marcha atrás. Trataron de levantarlo del suelo, pero sin éxito... y los muertos estaban cada vez más cerca. Empecé a correr hacia ellos, pero de inmediato me di cuenta de que aquello era un suicidio. O moría uno o moríamos los cuatro. No estoy orgulloso, pero optamos por la opción más ventajosa para el grupo. De todos modos, Stephen ya estaba muerto.

—¡Vamos, corred! —grité

Chuck y Richard, aterrados, no tuvieron más remedio que salir corriendo. Yo me quedé mirando a Stephen, que seguía convulsionando en el suelo. De algún modo le estaba pidiendo perdón.

—¡Corre, Ash, corre! —gritó Chuck cuando pasó por mi lado.

Yo me quedé paralizado viendo como se le acercaban, y lo aterrador no fue ver cómo los muertos llegaron a Stephen, lo aterrador fue ver cómo pasaron de largo sin ni siquiera rozarlo, al tiempo que mi amigo levantaba la cabeza convertido en uno de ellos.



Abrimos la pesada puerta de metal que daba acceso a las escaleras de popa y entramos los cinco. Eran iguales que las de proa y su uso era casi nulo, al menos por parte de los pasajeros que preferían usar los ascensores panorámicos o las grandes escaleras de las cubiertas principales.

Los muertos nos habían visto entrar por aquella puerta. Me quedaba la duda de si tendrían la habilidad necesaria para abrir usando la manecilla. No tenía ganas de quedarme a averiguarlo, pero si pudieran abrir la puerta nos darían caza al instante, así que coloqué la barra de tal modo que impedía que la manecilla de la puerta pudiera bajar en caso de que contaran con dicha habilidad. No creí que fuera buena idea quedarme sin mi arma, pero de no hacerlo el riesgo sería demasiado alto. Les dije que fueran subiendo. Sin la ayuda de Stephen íbamos algo más lentos y no era prudente quedarnos quietos.

Los muertos se apiñaron frente a la puerta golpeando sus caras contra el ojo de buey. Pero solo eso, chocaban. Me fijé en la manecilla y no noté ningún movimiento en ella; aun así, dejé la Z asegurando la entrada.

Oí cómo pararon en el descansillo de la cubierta nueve y subí con ellos.

—Colegas, estoy muy cansado —dijo Ernesto—. Además, me duele mucho la pierna. Necesito parar un poco.

—Tienes razón, cariño —dijo Misty—. ¿No creéis que deberíamos descansar un poco, chicos?

—Estoy de acuerdo con vosotros —dije—. El problema es encontrar un buen lugar donde estar a salvo. Debe ser un sitio que podamos asegurar con barreras o algo.

Era cierto, el cansancio se empezaba a notar y sabíamos que tarde o temprano deberíamos parar. Mejor hacerlo ahora, luego podría ser tarde.

Nos encontrábamos en la cubierta nueve, en mitad del falso *Times Square*, así que algún sitio encontraríamos. Me asomé con todo el sigilo que me fue posible y no tardé un segundo en tomar una decisión.

—Justo a la derecha hay una joyería —dije—. Si queremos dormir tranquilos ese será el lugar más seguro. Saldremos en fila india y seremos lo más sigilosos que podamos. ¿Estáis listos?

Antes de que nadie pudiera contestar a mi pregunta oímos unos pasos por las escaleras metálicas. Alguien o algo estaba subiendo.

—¡Joder! —dijo Richard.

—Voy a ver —dije antes de darme cuenta de que ya no contaba con la protección de la Z.

Bajé despacio tratando de no hacer ruido. Me asomé por el hueco de las escaleras y vi un hombro. No pude distinguir si era uno de ellos, y recurrir de nuevo a la técnica de preguntar se me antojaba peligrosa ahora que iba desarmado. Cuando llegué al descansillo de la cubierta ocho vi que los muertos todavía estaban golpeándose contra el cristal de la puerta. La manecilla seguía sin moverse. Cuando giré la cabeza hacia las escaleras, ya se encontraba junto a mí. Era un muerto descomunal. Un culturista con ropa blanca como la que lleva la tripulación del barco. Saltó sobre mí y levanté instintivamente mi brazo izquierdo a modo de escudo. Me mordió a la altura del codo. Noté una presión muy fuerte y un calambre me recorrió todo el antebrazo del codo hasta la mano. Grité y caí de espaldas. Seguía enganchado y el dolor era cada vez mayor. Alargué mi brazo libre tratando de alcanzar la Z, que ahora aseguraba la puerta sin necesidad. El peligro estaba justo aquí, encima de mí. La agarré y cayó al suelo por el peso de los discos. La barra rodó como lo haría un eje con una sola rueda quedando perpendicular a mí y con la distancia justa para poder infundir el impulso necesario para golpear con cierta eficacia. Los discos impactaron en la sien del muerto, pero sin la fuerza suficiente como para que me soltara. Volví a posicionar la barra y realicé un nuevo intento con similar resultado. El dolor se estaba haciendo insoportable y mis golpes resultaban cada vez menos efectivos. Pese a tener medio cráneo hundido, sus dientes no me soltaban. Agarré la barra por la mitad y la empujé con todas mis fuerzas tratando de introducir un extremo dentro de su boca. La barra le desgarró la comisura de los labios y penetró hasta su garganta saltándole un par de dientes. Una vez introducida en su boca pude hacer palanca y finalmente me deshice de su mordedura. Con la espalda contra el suelo, sostuve la Z como si fuera una lanza manteniendo la

cabeza del muerto a cierta distancia. Con un extremo de la barra en el suelo y el otro dentro de su boca, cumplía a la perfección el cometido de una viga metálica apuntalando un techo a punto de desmoronarse. Me aparté y me levanté lo más rápido que pude, y antes de que el muerto pudiera reaccionar, le empotré la bota en la base del cráneo haciendo que el extremo de la barra que estaba en su boca le atravesara la nuca. Su cuerpo quedó inmóvil al instante, aunque sus dientes siguieron mordiendo el acero. Agarré la Z por la parte que estaba apoyada en el suelo y la estiré hacia mí con todas mis fuerzas. El extremo de la barra que atravesaba su cráneo giró y la fuerza de la palanca hizo que la cabeza le voltease ciento ochenta grados. Un golpe certero con el tacón de la bota fue más que suficiente para desclavar su cabeza. Por un momento me olvidé de mi codo, pero un latigazo en el brazo me lo recordó al instante. Grité de rabia.

Subí corriendo las escaleras hasta el descansillo donde estaban todos.

—¿Qué ha pasado, colega? —preguntó Ernesto.

—Vamos a la joyería —dije ignorando por completo la pregunta.

Asomé de nuevo la cabeza. La situación no había cambiado en absoluto. Teníamos margen más que suficiente para llegar.

Como la barrera no estaba echada supusimos que la joyería estaba abierta, aunque la puerta de cristal podría estar cerrada con llave.

—Voy a ver si puedo entrar —dije—. Si la puerta se abre, entraré y echaré un vistazo. Quiero que uno de vosotros esté asomado en todo momento, y en cuanto le dé la señal venís uno detrás de otro. No os paréis hasta haber entrado, y haced el menor ruido posible, ¿de acuerdo?

Todos asintieron.

Salí despacio y avancé hacia la joyería con todo el cuidado que pude. Pasé por detrás de unas macetas con grandes plantas que me ocultaron de los muertos durante un tramo del camino. Avancé dos metros más y llegué a la puerta. Estaba abierta. Miré tras el mostrador y no vi a nadie. Me acerqué a la puerta que daba a la trastienda y la abrí. Todo despejado. Había una pequeña mesa de trabajo con una gran lupa y un foco, unas pocas herramientas esparcidas por la mesa y nada más. Vi otra puerta a la izquierda. Dentro, un pequeño baño. Era perfecto. Había espacio de sobra en la trastienda para los cinco, y lo mejor es que podíamos hacer nuestras necesidades de un modo civilizado.

Me acerqué a la entrada y vi que estaba Chuck asomado tras la puerta metálica, esperando mi señal. Me vio y le indiqué con la mano que vinieran.

Primero salió Richard, luego Misty y por último Chuck empujando la silla con Ernesto. Yo miraba a través de la puerta en dirección a los muertos, que aún seguían ensimismados mirando el tiovivo. Uno de ellos recibió un golpe en la cabeza de uno de los caballos y salió despedido. Chocó contra un carrito de helados que al caer hizo mucho ruido. Durante un momento la atención de los muertos se desvió y ahora estaban mirando en nuestra dirección. Levanté las dos manos para que se parasen, y gracias a las macetas los muertos no los vieron. Pasados unos segundos el sonido del organillo y las luces de colores volvieron a captar toda su atención. Les indiqué que avanzaran y, abriéndoles la puerta, por fin entraron todos.



—Vamos a la trastienda, rápido —dije.

Giré el cierre de seguridad de la puerta y pasé detrás con los demás.

Nos quedamos ahí plantados durante unos segundos, quietos. Desde que cayó el helicóptero no habíamos parado de correr y de huir, y creo que todavía estábamos en shock. Empezamos poco a poco a reaccionar y a ser conscientes de todo lo que estaba ocurriendo.

—Stephen ha muerto —dijo Chuck.

Hasta ese momento nadie había mencionado nada al respecto, como si no hubiera ocurrido. Pero sí había ocurrido. Nuestro amigo Stephen ya no estaba y yo me sentía como un miserable. Sé que no podríamos haber hecho nada para salvarlo, pero eso no era un consuelo. Stephen había muerto y con él una parte de nosotros.

—¡Hostia puta! —dijo Richard con lágrimas en los ojos—. Y pensar que se ha convertido en una de esas cosas solo por un mordisco.

Las palabras de Richard me golpearon como una losa en la cabeza, «solo por un mordisco» había dicho, y era cierto, al igual que mordieron a Shaun... al igual que me mordieron a mí.

—Joder, tíos —dije—. Me temo que me han mordido.

—¿¡Qué!?! —dijo Chuck.

—En el codo. Hace un momento en las escaleras.

La sangre me resbalaba por los dedos. Estaba bien jodido y todos lo sabíamos.

—Ayúdame a quitarme la chupa, por favor —le pedí a Misty.

Tiró de la manga derecha y luego de la izquierda. Tenía la camisa llena de sangre. Misty me arremangó para ver la herida. Tenía una brecha en la piel pero no se veía muy profunda. Parecía más un pequeño desgarró que un

mordisco.

—Qué raro, cielo —dijo Misty—. No veo ningún agujero en la camisa.

—¿Cómo? —pregunté.

Me quité la camisa a toda prisa y miré la manga. A la altura del codo había mucha sangre, pero ni rastro de ningún desgarró. Cogí la chupa y vi que el cuero del codo estaba un poco rasgado. Mordió con una fuerza descomunal, pero aun así no pudo atravesar las protecciones internas que llevaba mi cazadora. La presión del mordisco del muerto fue tan fuerte que desgarró la piel, pero sus dientes no tocaron mi carne en ningún momento. Si hubiera llegado a vender mi chupa a aquel tipo, ahora sería uno de ellos.

—¡No me ha mordido! —dije—. Gracias a Dios.

—Qué bien, colega —dijo Ernesto—. Por un momento pensé que estabas jodido.

Y lo estaba sin ninguna duda. Durante unos segundos vi pasar toda mi vida, y no era ese el final que tenía en mente.

—Menos mal, Ash —dijo Chuck—. Perderte hubiera sido demasiado, tío.

Me apoyé contra la pared y me dejé caer de culo. Solté un suspiro de alivio como no lo había hecho nunca.

—Chicos, creo que es hora de dormir un poco —dije.

Cada uno se buscó un sitio y cerró los ojos. Estábamos tan cansados que ni nos paramos a pensar en que tal vez sería buena idea que hiciéramos turnos para vigilar la entrada. Tan solo nos dejamos caer y nos sumimos al instante en nuestros sueños, tal vez rotos, pero nuestros.



Nos despertamos con una sincronía insólita. Nadie dijo nada, tan solo abrimos los ojos. Todos teníamos mejor cara, y sin duda estábamos hambrientos.

—Buenos días, ¿alguien tiene hambre? —dije.

—Hambrienta y sedienta —dijo Misty.

—Justo aquí al lado hay un carrito de *hot dogs* —dije—.

Traeré todos los que pueda cargar y todas las bebidas que encuentre.

La idea no fue del agrado de todos, pero era sin duda la única opción de desayunar que teníamos. Pedí a Chuck que me acompañara y que cerrara la puerta en cuanto saliera. Primero miré a través del cristal y no vi a ningún muerto cerca, luego abrí la puerta y asomé la cabeza. Había unos pocos merodeando cerca del tióvivo, pero la mayoría estaban formando un tumulto mucho más lejos, cerca del final de *Times Square*. Aproveché aquel momento sin dudarlo. No cogí nada del carrito, sino que cogí el carrito directamente. Pensé que se trataría de un puesto real, pero no funcional, montado a modo de atrezo y clavado en el suelo. Pero resultó que el carro tenía ruedas y que se desplazaba tan bien como lo haría uno en plena calle. Lo empujé como si fuera un carro de la compra y lo llevé directo a la puerta de la joyería. Chuck llamó a los demás y empezamos a meter todo en la trastienda formando una cadena humana. Sobre la pequeña mesa de trabajo, lo dispusimos todo como si fuera un picnic de fin de semana y empezamos a devorar perrito tras perrito y a beber todos los refrescos que pudimos.

Por fin habíamos descansado y comido, ahora tocaba ponerse en marcha. En un principio la opción más sensata parecía ser volver a las escaleras metálicas y movernos por ahí.

Al salir de la trastienda Misty se acercó a un expositor y se fijó en un

collar que no parecía barato.

—¿Me permites? —dijo Richard al tiempo que abría el cajón donde se encontraba el collar.

Misty se levantó el pelo dejando al descubierto su nuca y permitió que Richard se lo colocara.

—Es tuyo —dijo Richard—. Quédatelo.

—Pero eso sería robar —dijo Misty sin dotar de mucha convicción a sus palabras—. Déjalo donde estaba.

—Pero no seas boba —contestó Richard—. No hay nadie y no va a venir nadie. ¿A quién coño le va a importar que falten un par de joyas cuando descubran que el barco entero se ha ido a la mierda?

De repente todo empezó a brillar y caímos en la cuenta de que Richard, por una vez, tenía razón. Nos pusimos a dar vueltas por la joyería del mismo modo en que lo haríamos en un buffet libre. Siempre había querido tener un buen reloj, así que si me iban a comer el culo en aquel barco, bien me merecía una compensación. Me decanté por un Rolex Daytona de cincuenta mil dólares. Todos cogimos algo y nada era barato. Ahora sí estábamos listos para continuar.

Sopesamos las opciones que teníamos. La más conservadora era volver a las escaleras metálicas y una vez en la cubierta superior cruzar el barco en dirección al gimnasio. Lo malo era cargar con Ernesto ocho plantas; nos agotaría y nos haría ir demasiado lentos. Había otra opción mucho más rápida a la vez que peligrosa, que consistía en acceder a la cubierta superior por el bar ascensor, pero esta idea tenía demasiados agujeros. Uno de ellos era el funcionamiento, que seguramente sería automático, por lo que no podríamos controlar ni el ascenso ni el lugar donde parar. Si al llegar arriba nos encontráramos con cientos de ellos estaríamos en una situación bien jodida. Aun así, esta opción era lo bastante atractiva como para desecharla sin más, por lo que acordamos que yo iría para averiguar el funcionamiento.

—Bien, pues voy para allá —dije—. Lo más seguro es que os quedéis aquí dentro.

—Vale, colega, pero ve con mucho cuidado —dijo Ernesto.

El camino estaba despejado. Había algo al final de *Times Square* que los atraía aún más que el tio vivo que todavía seguía repartiendo algún que otro mamporro a esos cabrones que, sin conciencia alguna, seguían acercándose más de la cuenta.

No tuve problemas en llegar. Pude ver a un par de desafortunados

partidos por la mitad que quedaron atrapados bajo la plataforma del bar, y otros tantos aplastados contra el suelo, que sin duda cayeron desde lo alto de la cubierta superior. El perímetro del bar estaba acotado por una barandilla de acero y paneles de grueso cristal, lo que daba seguridad y visibilidad al mismo tiempo. Justo en un lateral se encontraba el acceso que recordaba a los antiguos puentes levadizos de los castillos. Dentro no había nadie, bueno, nadie entero. Había la extremidad inferior de algún tipo cerca de la barra. Me asomé pero no vi el resto por ningún sitio y supuse que se encontraría bajo el bar. Seguramente tras precipitarse al vacío chocó contra el grueso cristal de la barandilla y se partió por la mitad, quedando una parte aquí y la otra abajo. Pasé tras la barra con la esperanza de encontrar algún panel de mandos que activara el ascenso de aquel bar flotante. Parecían buenas noticias. Había un pequeño panel con una llave y tres botones. Dos de ellos eran verdes y cada uno tenía una flecha dibujada al lado que indicaba la dirección que tomaría el bar al pulsarlo. El tercero era rojo y parecía una seta. Junto a este estaba escrita la palabra STOP. En un principio daba la impresión de que podría controlar la dirección a tomar y la parada a mi antojo. Ahora tenía que probarlo. No podía arriesgarme a traer a todos allí dentro y que a la hora de la verdad no subiera, o no se detuviera, o qué se yo. Puse la llave en posición ON y una pequeña luz roja se encendió y empezó a parpadear. La pequeña pasarela de acceso empezó a elevarse por la fuerza de dos pequeños pistones hidráulicos que emitieron un leve siseo hasta dejar cerrado todo el perímetro. Pulsé el botón verde con la flecha que apuntaba hacia arriba y empezó a subir. Era mucho más silencioso de lo que esperaba, y también mucho más lento. Calculé que podría tardar unos diez o quince minutos en completar todo el trayecto.

El bar flotante pasaba bastante alejado de las cubiertas diez, once y doce, por lo que nos permitiría estar seguros al menos hasta ese punto. En la cubierta catorce la cosa cambiaba. Aunque el bar no se detenía en esa planta, la barandilla quedaba tan cerca que se podía saltar a la cubierta sin ningún problema. Sin ningún problema para mí ni para los muertos. Pensé en bajar y tratar de llegar al puente de mando que estaba en esa planta. No lo hice. Continué el ascenso. En las siguientes, la quince y la dieciséis, volvía a alejarme de la cubierta. Ya estaba llegando al final del viaje, la cubierta diecisiete, que fue donde se estrelló el helicóptero. Me mantuve agachado y con el dedo en el botón de bajada por si acaso, aunque con la velocidad absurda que alcanzaba este trasto dudo que pudiera escapar con la celeridad

necesaria en caso de ser atacado.

La cubierta diecisiete estaba devastada. Un fuerte olor a carne quemada lo inundaba todo y todavía había pequeños incendios repartidos por todo *Garden show*. El suelo estaba atestado de cuerpos calcinados, medio devorados y miembros amputados. Lo curioso es que no veía a ninguno de esos seres. Estaba claro que esa era la mejor opción para llegar al gimnasio. Empecé el descenso.

El bar flotante no hacía mucho ruido, pero aun así atraje la atención de alguno de ellos. Al llegar a la cubierta catorce la cosa se puso fea. Una mujer salió gritando de dentro de uno de los camarotes y se acercó corriendo al ascensor. Sus gritos alertaron a unos cuantos muertos que deambulaban por el pasillo y fueron a por ella. Mi primer impulso fue darle al botón de parada, pero no sabía si se volvería a poner en marcha en el acto o si el sistema se tendría que reiniciar, lo cual me dejaría en una situación demasiado peligrosa. Le hice gestos a la mujer para que se acercara lo más rápido posible. No lo iba a conseguir. El bar ya estaba a la altura justa de la planta, pero ella aún estaba demasiado lejos. Siguió corriendo lo más rápido que pudo, pero enseguida se cansó. Ellos no. Cuando por fin llegó a la barandilla central, yo estaba a un cuerpo por debajo de ella. Le dije que saltara, pero ese segundo de duda le costó muy caro. Dos muertos saltaron sobre ella y cayeron sin remedio. Los tres se golpearon contra la baranda del bar flotante. El golpe los dispersó, haciendo que uno cayera dentro del bar y los otros se precipitaran al vacío. Me giré a ver si la mujer había tenido suerte, pero no la tuvo. Ella había impactado contra el suelo cuatro plantas más abajo.

El muerto afortunado que cayó en el bar se quedó durante unos segundos tirado en el suelo, mirándome. No se movía, solo emitía un leve gruñido en una frecuencia sumamente baja. Tras unos veinte segundos de quietud extrema, se levantó accionado como por un resorte y saltó sobre mí. La Z me la había dejado al otro lado de la barra, así que estaba desarmado. Me cubrí la cara anteponiendo los codos, siendo consciente de que ahora contaba con las protecciones de la chupa. No era un blindaje absoluto, pero sí más seguro que tratar de detenerle solo con mis manos desnudas. Se dio de bruces contra mis codos y quedó tendido sobre la barra del bar. Cogí una botella de un recipiente para champagne y le golpeé la cabeza. No se rompió al primer golpe, como siempre ocurre en las películas del salvaje oeste. Me quedé un segundo quieto, mirando la botella de *Dom Pérignon*, «Qué pena», pensé justo antes de golpearle de nuevo. Esta vez sí se rompió.

La botella apenas le provocó unos cuantos cortes algo profundos en la cara, pero desde luego no lo detuvo más que el tiempo que tardó en levantarse del suelo y volver a atacar. Esta vez no lo detuve. Saltó sobre la barra y me aparté dejando que aterrizara contra el suelo. Traté de llegar a la Z, pero antes de pasar por encima de la barra me agarró la bota. No le di tiempo a que me mordiera y le golpeé con la puntera de acero en mitad de la cara, hundiéndole la nariz. Caí al suelo y corrí a por mi arma. Me quedé quieto, esperando a que saliera, pero no salía. «No puedo haberte matado tan fácil, cabrón», pensé al tiempo que me acercaba. Me planté a una distancia prudente de donde había quedado y esperé. Al ver que no ocurría nada me acerqué un poco más, y sin previo aviso apareció por el hueco que había bajo la barra. Di un salto hacia atrás y tropecé. Se acercó a mí reptando por el suelo, medio ciego. Con la patada no solo le había hundido la nariz, sino que también le reventé un ojo y el otro le había quedado medio tocado. Aproveché la lentitud con la que se movía por el suelo y preparé mi arma para el golpe definitivo. Levanté la Z sobre mi cabeza para darle el impulso necesario, con tan mala suerte que el extremo de la barra chocó contra una de las mesas. El ruido desveló mi posición y despertó de su leve letargo al muerto, que saltó de nuevo sobre mí. Me embistió con una fuerza que no esperaba y no tuve la capacidad de reacción suficiente como para pararlo. La embestida nos llevó hasta la barandilla del bar, que no fue lo suficientemente alta como para detener la inercia de nuestros cuerpos, que se precipitaron por encima de ella. La caída fue, por suerte, muy corta. No me había percatado de ello durante la pelea con el muerto, pero habíamos bajado lo suficiente como para que la caída no resultara mortal. Caímos sobre trozos de cuerpos desmembrados y rodamos directos bajo la estructura del bar. El problema ahora no era el muerto medio ciego que estaba a mi lado, sino el bar flotante que se estaba acercando con determinación implacable hacia mí. A muy poca altura sobre el suelo, la plataforma anunciaba su llegada con un leve siseo, y rodé lo más rápido posible fuera del alcance de aquella máquina compactadora. Quedé tendido en el suelo, esperando ver cómo moría aquel hijo de puta. Justo en el momento en que la plataforma iba a chafar al muerto, la mujer que poco antes se había precipitado levanto la cabeza y me miró. «Ayúdame», dijo un segundo antes de que su cabeza quedara aplastada como una sandía.



Corrí lo más rápido que pude hacia la joyería. Ese era el momento justo para usar el bar flotante. No quería arriesgarme a que la cubierta catorce se llenase de muertos vivientes y empezaran a saltar dentro de nuestro ascensor, abordándonos sin remedio.

—Joder, Ash, has tardado mucho —dijo Chuck.

—Sí, perdona, trataré de matarlos un poco más rápido la próxima vez —aseguré—. Tenemos que irnos cuanto antes. Está bastante despejado, pero no sé durante cuánto tiempo seguirá así.

Salimos todos en dirección al bar. Los muertos de esa planta seguían apiñados al fondo de la calle. Lo más probable es que tuvieran acorralado a algún pobre desgraciado que se dejó ver. Sea como sea no podíamos hacer nada por aquella o aquellas personas. Ya se sabe, antes de colocar la mascarilla de oxígeno a los niños, póngase primero la suya.

Entramos en el bar y nos escondimos todos tras la barra. Si la cubierta catorce estaba abarrotada de muertos sería mejor que no nos vieran. Presioné el botón verde y empezamos a subir.

—Joder, qué lento es esto —dijo Richard.

—Se supone que la gente tiene que tener tiempo de tomarse algo con cierta tranquilidad —dije—. Al menos es silencioso.

Nos estábamos acercando a la cubierta catorce y no vi a ningún muerto asomando la cabeza. Pensé que si una vez desaparecido el estímulo perdían rápidamente el interés, no había duda de que tras el ti vivo había alguien atrapado.

Pasamos aquella cubierta en el más absoluto silencio. Pude ver que la puerta del camarote de donde salió la mujer corriendo permanecía abierta, y deseé que estuviera sola, sin hijos. Di las gracias de que Ashley Jr. no

estuviera aquí conmigo. Unos cuantos muertos giraron la cabeza hacia el bar, pero apenas dieron unos pocos pasos en nuestra dirección. Aquel tramo estaba superado. Ahora nos esperaba la cubierta diecisiete.

Ya se empezaba a notar aquel olor nauseabundo a carne quemada. Estábamos muy cerca de la zona cero y no sabía qué nos íbamos a encontrar, aunque lo que sí sabía era que no atravesaríamos toda la cubierta por el exterior. La puerta que daba acceso al pasillo lateral por el que escapamos cuando cayó el helicóptero se encontraba muy cerca de nuestra posición. Claro que esta puerta no era la que estaba junto al gimnasio en la proa, sino la que daba al principio del pasillo en la popa, por lo que tendríamos que atravesar más de ciento cincuenta metros por un tramo estrecho y sin muchas posibilidades de huida. ¿Era mejor que atravesar por *Garden Show*?, sin duda, pero aun así seguía siendo muy peligroso.

Como no vi ningún muerto pensé que sería mejor que fuera a echar un vistazo al pasillo, a ver cómo estaba... y por fin tuvimos algo de suerte. Al menos el primer tramo, de unos cincuenta metros, estaba despejado. Más allá de la siguiente puerta era un misterio. Lo mejor sería reducir al máximo los riesgos, por lo que corrí a mirar a través del ojo de buey. También despejado. Una puertas más y ya estaría en el gimnasio.

Regresé lo más rápido que pude al bar flotante, y una vez estuvimos todos fuera del bar nos dirigimos al pasillo.

Los dos primeros tramos fueron fáciles, pues no había ni un alma a parte de las nuestras, claro. Al llegar a la tercera puerta yo tenía mis dudas respecto a lo que nos encontraríamos al otro lado. Recordé que en ese tramo fue donde dos muertos atacaron al tripulante que no llegó a ponerse a salvo, y recuerdo también que la puerta por donde entraron aquellos muertos quedó abierta tras él. Me preguntaba si habrían salido o si seguirían deambulando por ahí. De todas formas, no quedaba más remedio que seguir adelante. Me acerqué a la puerta con cuidado y miré a través del cristal. Vi una gran alfombra de sangre a unos dos metros antes de llegar a la puerta por donde escapamos, pero ni rastro de ningún muerto. La puerta que daba al exterior seguía abierta. Esa situación era la más complicada de todas, y no quedaba más remedio que exponernos a ella. Pasé el primero y avanzamos meditando cada paso y con la mirada clavada en la puerta abierta. A medida que nos íbamos acercando podía oírse el crepitar del fuego y el apestoso olor a barbacoa antropófaga. Ya podía ver la entrada del spa que daba acceso al gimnasio y la puerta por la que escapamos el día anterior, aunque en mi memoria parecía que había

pasado una eternidad.

Me asomé al *Garden Show* y aquello era un verdadero infierno. El helicóptero partido por la mitad rodeado de cuerpos incinerados y amputados, manchas oscuras de sangre seca y algunos despojos humanos. No quedaba vegetación alguna, solo restos humeantes y desde luego no había nadie con vida. Cerré aquella puerta y nos fuimos al Spa. Era obvio que no encontraríamos a la recepcionista, pero miré de todos modos. Llegamos a la piscina climatizada. Los tres focos estaban encendidos y los cristales que daban al jardín seguían empañados, lo cual nos daba cierta ventaja al mantenernos ocultos. Fuimos al otro lado de la piscina y subimos por la escalera que daba al gimnasio. Volví a cerrar la puerta que no tenía pestillo, pero esta vez no me tranquilizó verla cerrada.

La primera parte de nuestro plan había concluido. Ahora tocaba parapetarnos lo mejor posible, y para ello consultamos el plano del barco. Nos encontrábamos en la cubierta dieciocho. Saliendo por la recepción del Spa, a la izquierda, había unas escaleras que daban justo al restaurante solarium de proa. El plan era cerrar todos los accesos al restaurante exceptuando las escaleras que estaban junto al único punto de entrada al gimnasio, y también debíamos bloquear el pasillo interior del barco y las dos puertas que conectaban con la entrada de la recepción del Spa. Creando así un circuito cerrado por el que movernos con cierta seguridad. Pasaríamos la noche en el gimnasio, pero durante el día podríamos acceder al restaurante solarium donde además dispondríamos de comida y agua. Una vez tuviéramos todo asegurado, bajaría hasta el puente de mando para saber qué medidas se estaban tomando y si ya se había pedido ayuda o cualquier información, la que fuera.

La puerta del gimnasio se abrió de repente y pude identificar dos siluetas en la oscuridad.

—¿Hola? —dijo una de ellas—. Por favor, no se asusten. Les hemos visto entrar.

Me levanté y me dirigí con cierta desconfianza hacia aquellas sombras. Una de ellas me tendió la mano.

—Me llamo Giovanni, y ella es mi mujer, Francesca.

OCHO SEMANAS MÁS TARDE...



La situación era desesperada. Los muertos estaban ya en todos los rincones del barco, y las personas que habían sobrevivido todo este tiempo se estaban volviendo aún más peligrosas que los propios engendros. La comida y el agua escaseaban, y para colmo las tormentas eran muy frecuentes.

Hace ya una semana que maté a Chuck, y casi dos que mataron a Richard. Lo de Chuck fue terrible. Estábamos todos comiendo en el restaurante solarium cuando oímos un ruido que provenía de una de las puertas de acceso que teníamos bloqueadas. Chuck y yo fuimos a ver. Las mesas y sillas que bloqueaban la puerta estaban tiradas por el suelo. De repente aparecieron dos muertos y saltaron sobre Chuck. Durante las últimas semanas habíamos bajado la guardia y nos acostumbremos a ir libremente por nuestro pequeño territorio, descuidando nuestras armas que solíamos dejar en cualquier parte. En aquel momento íbamos desarmados, y eso le costó muy caro a Chuck. Cogí una de las sillas del suelo y golpeé a uno de esos cabrones hasta que la silla se hizo pedazos. Agarré una pata que había quedado astillada y a modo de estaca se la clavé a un muerto en la base del cráneo. Con este llegué a tiempo, con el otro, no. Le pateé la sien con fuerza y la punta de acero de mi bota reventó su cabeza igual que un melón. Aun así, no pude evitar que se llevara consigo un pedazo de la oreja de Chuck.

—¡Dios, me ha mordido! —gritó llevándose las manos a la maltrecha oreja—. ¡Me ha mordido!

—¡Tranquilo, tío! Déjame ver.

No había nada que ver. El muerto le había arrancado de cuajo un buen pedazo. Estaba jodido sin remedio. No sabía cuánto tiempo le quedaba antes de convertirse en uno de ellos. Por lo que habíamos visto a cada persona le afectaba de un modo distinto, pero estaba claro que no le quedaba demasiado.

Sabía que tenía que bloquear la puerta cuanto antes, pero primero ayudé a Chuck y lo dejé apoyado contra la pared.

—¿Estoy jodido, verdad? —preguntó Chuck.

No dije nada y me limité a colocar de nuevo las mesas y las sillas. Estaba claro que no eran una buena barrera para los muertos, y ni qué decir para los vivos que, sin ninguna duda, el único motivo por el que aún no habían entrado aquí era porque estábamos rodeados por un buen número de putos zombis.

—Lo siento mucho, Chuck. Llegué tarde.

Sin levantar la vista del suelo, rio como si un recuerdo gracioso le hubiera golpeado en la cabeza.

—¿Te acuerdas la primera vez que quedamos los cuatro? —dijo Chuck.

—Claro que sí, como para no acordarme. Quedamos en aquella cafetería cerca de tu casa. Habíamos quedado para hablar de la posibilidad de montar un grupo los cuatro. Richard y yo buscábamos batería y guitarra, y vosotros parecías buenos —dije riendo.

—Es cierto que lo éramos, y vosotros parecíais necesitados.

—Ja, ja, ja, sí, bueno, un poco. Al final tuvimos suerte.

—Suerte —repitió Chuck sin perder la leve sombra de sonrisa de sus labios—. Mucha suerte.

—La verdad es que nos cambió la vida a todos —dije—. Aquel café fue el principio de una vida totalmente nueva para los cuatro.

—Y llegasteis tarde —dijo riendo—. Tarde... Y bueno, hasta aquí hemos llegado. Un final extraño e impredecible, sin duda. Pero un final, al fin y al cabo. No ha sido una mala vida, ¿verdad? Nos faltó casarnos y tener hijos. Bueno, a ti no. Pensamos que estabas loco el día que te presentaste en el ensayo con cuatro puros y nos dijiste que ibas a ser padre y que te ibas a casar. Ahora pienso que tal vez nosotros fuimos los locos. Siempre tuviste un par de huevos para hacer lo que te viniera en gana.

—Siempre he sido un inconsciente, Chuck —dije—. Un puto loco inconsciente que nunca meditó nada de lo que hizo.

—¿Y de qué sirve meditar tanto las cosas, Ash? Llevo toda la vida meditando cada uno de los pasos que he ido dando, y no he conseguido ninguna ventaja por ello. Tengo más dinero ahorrado que tú ¿y qué? Ahora te lo puedes quedar si quieres. Los que acaban como yo no necesitan dinero. Solo ten cuidado, no te vaya a morder el culo.

—Joder, Chuck, no sé qué decir. ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que me mates, Ash —dijo mirándome a los ojos.

—No, Chuck. Para esto no tengo huevos.

—Y yo no quiero que lo hagas, y menos aún teniendo plena conciencia.

No quiero que lo último que vea en vida sea tu fea cara mientras me machacas la cabeza. Te diría que fuéramos al hospital en busca de algún medicamento o lo que fuera. Una muerte dulce y placentera por sobredosis de morfina, por ejemplo. Eso sería una buena muerte, pero no seré tan cabrón como para ponerte en ese aprieto y obligarte a cruzar medio barco, no. Bastará con que me ates fuerte y en el momento en que me convierta en uno de ellos me revientes el cráneo. Te he visto hacerlo otras veces, y lo cierto es que se te da muy bien.

—Bueno, gracias por el cumplido, Chuck, pero por lo general me importan una mierda esos cabrones que intentan morderme y que ni siquiera conozco. Será muy diferente aplastar tu jodida calvorota. Es más, si en vida has sido un cabrón mal humorado, no quiero ni imaginarte convertido en uno de ellos.

Los dos nos pusimos a reír a carcajadas y estuvimos así, riendo y recordando viejas batallitas durante horas. Casi vaciamos una nevera entera de cervezas y acabamos con una borrachera importante. Luego se produjo un largo silencio y antes de que me viera llorar me levanté y me fui de allí. A la mañana siguiente lo maté.



La desesperación empezó a calar muy hondo en nosotros. Tal vez fuese ese el motivo por el cual Misty acabó acostándose conmigo. No sé si por aburrimiento, por gratitud por haberle salvado un par de veces la vida, o tal vez por falta de opciones, pero no me importaba. Lo único importante para mí era que durante ese rato todo era fantástico de cojones. Recuerdo polvos increíbles a lo largo de mi vida, pero ninguno tan... terapéutico.

—¿Te parezco atractiva, Ash?

—¿Que si me pareces atractiva? —pregunté—. Eso como poco.

—Pero ya soy muy mayor —dijo mirando al suelo y a punto de hacer pucheros.

—Pero... ¿de qué estás hablando? Si apenas debes tener veinticinco años. Si tú eres mayor, ¿yo qué soy?

—Bueno, comparándome contigo, pues sí, no soy tan mayor...

—Vaya, pues gracias por la parte que me toca —dije.

—No me entiendas mal. Tú estás muy bien para tu edad. Lo que quiero decir es que el tiempo no va en tu contra. Dentro de diez años serás aún mejor pianista, sin embargo yo en diez años como mucho seré una maestra de baile, y eso siendo optimistas.

No entendía muy bien a dónde quería llegar Misty. Tal vez solo quería mantener una conversación normal, compartiendo inquietudes mundanas sin tener que hablar de muertos ni de provisiones. A mí también me fue bien.

—Pero si eres una gran bailarina. Ernesto me dijo que eras la mejor con la que había trabajado nunca.

—Ernesto es un cielo —manifestó—. El problema es que empecé muy tarde. Mis padres no tenían dinero para pagarme una buena escuela de baile, y cuando me presenté a las pruebas para entrar en el conservatorio me

rechazaron. Me dijeron que mi cuerpo no era adecuado para el ballet, y que con trece años era ya demasiado mayor como para tenerme en consideración. Trabajé muy duro durante años, y cuando Ernesto me propuso este trabajo pensé que sería bueno. Me permitiría ahorrar algo de dinero y al fin podría costearme una escuela mejor. Pero ahora está claro que no podrá ser. Todo eso acabó.

—Bueno, no está todo perdido aún —dije—. No sé cuándo, pero tarde o temprano tendrán que encontrarnos, y cuando eso ocurra seguro que podrás continuar con tu carrera de baile. Incluso si te vieras con ánimo podrías volver a otro crucero como bailarina.

—Eso ni pensarlo, cariño. No pisaré un barco en lo que me queda de vida. Eso dalo por sentado.

No quise contradecir sus palabras en aquel momento, pero si algo me ha enseñado la vida es que pase lo que pase, ocurra lo que ocurra, nunca puedes dar nada por sentado... nunca.

—Por cierto, Ash, tengo veintitrés.

Nos terminamos el cigarrillo que nos estábamos fumando a medias y echamos otro polvo sobre las colchonetas del gimnasio.



Llevábamos más de dos meses a la deriva y ni rastro de la tripulación por ninguna parte. Habíamos hecho un par de incursiones hasta el puente de mando, pero nunca vimos a nadie; al menos vivo. Pero tenía claro una cosa, alguien debía estar manteniendo las funciones básicas del barco. No sé muy bien cómo funcionaba este gigantesco hotel flotante, pero había pasado mucho tiempo y seguían funcionando todos los sistemas, tanto eléctricos como los de agua corriente en todo el barco. Los motores supongo que estaban parados, pues no percibía ningún movimiento en línea recta, pero estaba convencido de que había unos generadores que proporcionaban electricidad, seguro.

Todas estas elucubraciones me hicieron tomar una decisión. Si tenía razón, todo esto funcionaba porque había gente en la sala de máquinas que lo hacía posible. Estaba claro, si quería respuestas, debía ir. Tal vez podría pasar por el hospital y conseguir antibióticos para Ernesto, y otros medicamentos para Giovanni y su mujer.

Aunque no me hacía gracia dejarlos solos, creo que no nos quedaba más remedio. Si todo iba bien sería una excursión rápida, pero algo me decía que no iba a ser tan fácil. Nunca lo era.

Cogí la Z y decidí salir por la puerta que daba a las escaleras metálicas que estaban junto al acceso del spa. Una barra bloqueaba aquella puerta, por lo que no resultó complicado abrirla. El problema sería avisar de mi regreso. Acordé con Misty que fuera a comprobar la puerta cada hora en punto a partir de las seis de la tarde hasta las doce, y si no había regresado aún, que empezara cada hora en punto al día siguiente. Sincronicé mi Rolex Daytona con su Casio de plástico negro, de esos que tenían una pila de fusión nuclear que nunca se gastaba y que llevábamos todos los niños en el colegio, junto a

esas carteras de colores fosforitos tan horteras con cierre de velcro.

Bajé tres plantas y decidí acercarme a echar una ojeada al puente de mando. El camino estaba despejado y llegué sin ningún problema. Aparentemente estaba todo correcto. Las luces parpadeaban y los radares brillaban como lo hacían meses atrás. Daba la impresión de que los tripulantes se acababan de tomar un pequeño descanso, y que en cualquier momento aparecerían por la puerta y retomarían el control. Desde el puente de mando no se veía tierra por ninguna parte. Cogí prismáticos grandes que había apoyados en una repisa junto al gran ventanal. Escruté el horizonte con ellos y no vi nada, a excepción de unas nubes negras a lo lejos. Vi unos *walkie talkies* sobre un cargador de mesa y pensé que cómo diablos había dejado pasar todo aquello en mi última incursión al puente de mando. No podía ser que no me hubiera percatado, imposible. La única explicación era que todo ese material no estuviera allí la última vez. Estaba claro, aún quedaba gente que se ocupaba del mando del barco. En un principio pensé en llevarme todo aquello que me fuese útil, pero no estaba tan seguro de si debía hacerlo. Tal vez sí sería buena idea llevarme solo un *walkie talkie*, así cuando volviera la tripulación al puente sabrían que alguien había estado allí y se pondrían en contacto conmigo. Esperé un rato más. No quería llevarme el *walkie talkie* descargado y además, tal vez durante esta espera llegara la tripulación. Eché otro vistazo al puente, esta vez más minucioso. Me fijé en las pantallas de radar, pero no mostraban nada. Después reparé en la radio. Unos auriculares descansaban sobre la mesa de comunicaciones. Me senté en una silla frente al aparato y me puse aquellos grandes auriculares. Solo oía estática. Toqueteé unos cuantos botones y giré otros tantos diales para ver si conseguía sintonizar alguna frecuencia en la que se estuviera emitiendo algo. No tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Me guiaba por pura intuición, y por lo que había visto en todas aquellas películas en las que el protagonista se sienta delante de una radio y empieza a comunicarse sin ningún problema con tan solo tocar unos botones. Por desgracia, en la vida real era mucho más difícil.

Tras veinte minutos sin conseguir nada con la radio, decidí que ya era hora de seguir con el plan. Cogí uno de los *walkie talkies* y me dispuse a salir de allí cuando se me ocurrió una idea. El plan que habíamos dispuesto era, sin ninguna duda, muy impreciso. Que Misty se asomara por la puerta cada hora en punto era de todo menos efectivo. Por lo que decidí coger otro *walkie* y llevárselo. No podría abrir la puerta, pues estaba bloqueada por una barra

desde dentro y lo que no iba a hacer era aporrear la puerta para que todos los no muertos pudieran oírme, pero tampoco podía quedarme plantado ahí hasta las seis a que viniera Misty a comprobar si ya había llegado. Opté por dejar el *walkie* en el pasillo de tal modo que ella pudiera verlo con solo asomarse por la puerta. No creí que tuviera ningún problema en deducir que lo había dejado allí para poder contactar con ella, así que, con toda seguridad, a las seis ya estaríamos comunicados.



A medio camino entre la enfermería y el puente de mando me sobresaltó el sonido de unas voces. Paré en seco frente a un gran portón blanco con filigranas a los lados. Me acerqué con suma cautela y arrimé el oído. Escuché una voz solemne que provenía del otro lado.

«...Y del polvo de la tierra se levantarán las multitudes de los que duermen, algunos de ellos para vivir por siempre, pero otros para quedar en la vergüenza y en la confusión perpetuas...»

Todo aquello concluyó con un sonoro «AMÉN» Ni que decir tiene que me encontraba frente a la capilla del barco en la que algunos devotos habían encontrado cobijo. Aproveché un segundo de silencio para intentar abrir la puerta, pero como era de esperar, se encontraba cerrada. Golpeé tres veces una aldaba dorada que decoraba el centro del portón, no demasiado fuerte, pero sí lo suficiente para que me oyeran. Pude oír un frenético rumor al otro lado y a continuación nada. Me dispuse a llamar de nuevo, pero una voz me detuvo.

—¿John, eres tú? —Pregunto una voz tan fina como el papel de cebolla —. ¿John?

—Eh... No, no soy John.

Se produjo otro silencio. Al rato oí un leve murmullo.

—Entonces, ¿quién es usted? —esta vez sonó una voz grave e inquisitiva.

—Me llamo Ashley, Ashley Russell.

—¿Y qué es lo que quiere? Aquí no tenemos comida. No tenemos de nada. Váyase.

—Oiga, ¿señor?... —no hubo respuesta—. No quiero ni su comida ni nada de lo que puedan tener ahí dentro. No tengo intenciones hostiles, solo

pasaba por aquí y les he oído. ¿Están ustedes bien?

Silencio seguido de otro murmullo. Esta vez no esperé a que respondieran.

—No se preocupen. Ya me voy. Pero si me aceptan un consejo, no salgan ni abran la puerta a nadie a menos que no les quede más remedio. Adiós y buena suerte.

No llegué a alejarme más de cinco metros cuando se abrió el portón.

—Vaya, veo que no hacen caso a los consejos —comenté volviendo la vista.

—El aconsejar es un oficio tan común hoy en día que lo usan muchos, aunque por desgracia lo saben hacer muy pocos.

—¿Eso es de la Biblia?

—No, tan solo parafraseaba a Fray Antonio de Guevara.

—Pues cuánta razón tiene ese señor —dije tendiéndole la mano a un hombrecillo, calvo y con bigote—. Me llamo Ashley Russell.

—Tenía —dijo al tiempo que me estrechaba la mano con una fuerza y firmeza que no se correspondían con su apariencia y condición física.

—¿Perdón?

—He dicho «tenía». Fray Antonio de Guevara murió hace ya unos cuantos siglos, hijo. Por cierto, soy el Padre Callahan.

—Encantado, Padre Callahan, pero si le parece bien, sería mejor entrar en la capilla. No es muy seguro quedarse mucho tiempo aquí fuera.

Me abrió la puerta y me indicó que pasara. Al entrar me quedé casi tan fascinado como cuando entré por primera vez en el puente de mando. No tenía el aspecto tradicional de las capillas en las que de pequeño solían obligarme a ir mis padres. Era todo de un color blanco brillante, con no más de diez bancos distribuidos en dos hileras. Tenía un pequeño altar flanqueado por luces de neón que brotaban del suelo y dos grandes candelabros que sujetaban unas velas con llamas anaranjadas emuladas por dos pequeñas luces led. A la izquierda del altar había un precioso órgano blanco. No vi ningún elemento religioso por ninguna parte, debido, claro está, a que aquel lugar estaba destinado a ser un espacio multireligioso.

Cerca del altar había seis personas de pie, mirándome con una expresión que iba de la curiosidad al miedo con un claro atisbo de desconfianza, todo ello repartido a partes iguales. Una niña, de no más de diez años, estaba abrazada a una mujer muy guapa que rondaba los cuarenta. Como hubiera dicho Richard, una *milf* en toda regla. A su lado, una pareja de ancianos, y

junto a ellos un chico y una chica de veintipocos. Ella, con un embarazo muy avanzado, abrazaba al chico que parecía ignorarla.

—¿Y tú quién coño eres? —preguntó el chico sin contemplaciones.

—Mike, por favor —dijo la chica que aún lo abrazaba.

—Tú cállate —contestó Mike.

La chica se llevó una mano al vientre, soltó a Mike y se sentó en uno de los bancos.

—Contéstame, ¿quién eres y qué haces aquí?

El Padre Callahan se situó entre el chico y yo.

—Tranquilízate, Mike. Él es Ashley, y solo pasaba por aquí.

—Gracias, Padre, pero ya me presento yo. Me llamo Ashley, como bien ha dicho usted —dije mirando al Padre Callahan—, aunque prefiero que me llamen Ash, a secas. He pasado por delante de la capilla y os he oído. Me dirijo a la sala de máquinas para ver si queda alguien ahí abajo que pueda contarme cómo están las cosas.

Decidí no contarles nada aún del gimnasio y de la gente con la que estaba.

—Ahora, ¿qué tal si os presentáis vosotros? —dije—. ¿Cómo te llamas? —pregunté a la chica que estaba sentada en un banco de la primera fila con la mano en el vientre.

—Eh, a ella no le dirijas la palabra. ¿Te queda claro, tío? —Contestó Mike—. Se llama Alice, aunque eso a ti no te importa.

Ignoré por completo a Mike y miré a los ancianos.

—Eeeaa e aary... iooo oiii aarty, eantaaado —El anciano balbuceó unas palabras que no pude entender.

—Cariño, deja que nos presente yo —dijo la anciana con sumo cariño—. Lo que mi marido trata de decir es que mi nombre es Mary y que él se llama Martin, y que encantado de conocerle.

—Encantado —dije acompañado de una sonrisa.

—Verá, joven, mi marido padeció un ictus hace unos meses, y aunque ya se encuentra mejor, todavía le cuesta un poco hablar. Pero es muy tozudo, así que lo conseguirá muy pronto. ¿Verdad que sí, mi amor? —dijo pellizcándole la mejilla.

—Iiiii.

—Pues me alegra saber que se encuentra mejor, señor.

Me acerqué a la mujer que ahora tenía la niña en brazos.

—Me llamo Margaret —dijo la mujer en un tono dulce y cansado.

—¿Y esta jovencita tan guapa? —pregunté acercando mi mano al rostro de la niña.

—¡Aaargh!

La niña soltó un grito de puro terror al tiempo que hundía su cara en el cuello de Margaret.

—¿¡Pero qué coño!?! —dije de un modo instintivo al tiempo que retiraba la mano igual de rápido que lo haría para evitar el mordisco de un perro rabioso.

—Discúlpela. Está muy alterada —aseguró Margaret.

—¡Joder, qué susto me ha dado! —dijo Mike—. Lo que le pasa es que está más loca que una cabra.

—¡Mike, por el amor de Dios! —intervino el Padre Callahan—. No hables así.

—No te atrevas a repetir algo así, ¿te queda claro? —dijo Margaret despacio en un tono calmado, pero cargado de rabia.

Alice empezó a sollozar y a balancearse suavemente con las dos manos en el vientre, como si estuviera meciendo a su bebe no nato.

—Y tú deja de gimotear, joder —dijo Mike—. Yo solo digo que no es muy normal que aquí la niñita se pase horas en un rincón hablando con su papaíto, que lleva muerto no sé cuántos años. Y yo solo digo que no es normal que diga que los muertos de este jodido barco le dicen, ¿cómo lo dice ella?, ah, sí, susurritos en la cabeza. Joder, que me muerdan las pelotas esas jodidas cosas si eso que dice es de alguien que está en sus canales.

«Cabales, paleta de mierda», pensé. Me dieron ganas de machacarle el hígado a ese hijo de puta, y antes de que pudiera decirle nada, Margaret intervino ignorando por completo a Mike.

—Ella es mi hija, Sissy, y tiene nueve años. ¿Verdad que sí, cielito? —dijo acariciándola al tiempo que la besaba con suavidad en la frente.

—De acuerdo, ahora que ya nos hemos presentado todos, ¿qué tal si me ponéis al día de vuestra situación? —dije—. Pero antes, contadme, ¿quién es John? Cuando llamé a la puerta creíais que era él.

—John. Menudo miserable hijo de puta —dijo Mike mirando a Alice.

—Se fue ayer en busca de provisiones y aún no ha vuelto —dijo el padre Callahan.

—Por mí como si no vuelve. Espero que le hayan arrancado la polla de cuajo —dijo Mike.

—Por favor, Mike, no hables así —dijo Alice.

—Tú calla, zorra —dijo Mike acercando el dedo índice a la cara de Alice.

—Por el amor de Dios, Mike —dijo el padre—. Vais a tener un hijo. Muestra algo de respeto.

—¿Respeto, papi? ¿Qué tal si ella hubiera mostrado algo más de respeto cuando se abrió de piernas para nuestro amigo John? —respondió Mike clavando sus ojos en Alice regalándole una mirada de puro desprecio—. El pan que está horneando no creo que sea mío.

—¡Mike, el bebé es tuyo! No me he acostado con John. Nunca me he acercado a otro desde que estamos juntos —dijo Alice entre sollozos.

—¡Y una mierda! ¿Por qué coño ninguno de los dos me contó nunca que salisteis juntos en el instituto? ¿Sabes una cosa, Alice? Me das asco. De haber sabido que John, mi mejor amigo, ja, ja, ja, amigo... te metió la polla, nunca hubiera salido contigo. Todo este tiempo os habéis reído de mí a mis espaldas.

—John y yo éramos unos críos, Mike —dijo Alice—. Nunca te oculté nada porque no había nada que ocultar. Fue algo sin importancia, te lo juro.

—¡Y una mierda! Ahora lo entiendo todo. Ese interés para que hiciéramos el viaje todos juntos. Esas miradas cómplices cada vez que abrías tu sucia boca y ese hijo de puta riéndote todas las gracias, qué idiota he sido. Y estas últimas semanas has estado más pendiente de él que de mí. Ahora sé por qué queríais que fuera yo a por provisiones. Un plan perfecto. Si me matan, vía libre para los tortolitos, ¿verdad?, ¿¡verdad!?

—¡Cállate! ¡Cállate! —Gritó Alice—. Eres un idiota. Claro que tenía ganas de que hiciéramos este viaje juntos. Y claro que era por John.

Mike le lanzó una mirada asesina.

—Por John y por Ellen. A Ellen le diagnosticaron leucemia, Mike. John quería que hiciéramos este viaje juntos porque iba a pedirle matrimonio y quería que nosotros, sus amigos, fuéramos los testigos de la boda.

—Vaya, veo que estás enterada de todo —dijo Mike sin mostrar el menor interés por las palabras de Alice.

—No seas necio. Ellen me contó que tenía leucemia, pero me pidió que no lo contara, quería ser ella quien lo hiciera. Y John me contó que le iba a pedir matrimonio porque quería que te convenciera para que vinieras a este crucero. Por eso me he mostrado tan interesada en hacer este viaje. John es tu amigo y nunca ha hecho nada para dejar de serlo. Y claro que le he hecho mucho caso a John últimamente; Ellen ha muerto, ¿recuerdas? La han matado

delante de todos nosotros y tú no has mostrado ninguna preocupación por él. Está destrozado y su mejor amigo actúa como si no hubiera pasado nada. ¿Cómo iba a dejar que fuera a por provisiones en su estado? Aun así, tú le dejaste ir. No me puedo creer que seas tan egoísta, Mike.

—¿Egoísta? Y una mierda. Toda esta situación os ha venido que ni pintada.

—Eres completamente idiota, Mike, ¿lo sabes, verdad? —dijo Margaret.

—Tú mejor cierra esa boca. No te metas donde no te llaman.

—Alice necesita de tu apoyo —dijo el padre Callahan—. Está embarazada y te necesita. Tienes mucha suerte de que una chica tan buena te quiera, Mike.

Pensé justo en eso. ¿Cómo podía aquella dulce chica estar con semejante cretino? Supongo que es cierto eso de que las buenas chicas se sienten atraídas por los chicos malos.

—Vamos a ver —dije cambiando de tema—. ¿Dónde os aprovisionáis?

—Siempre hemos ido a la cubierta nueve —explicó Margaret—. Hay un restaurante cerca de la proa, casi al final de *Times Square*. Antes de venir aquí nos escondíamos en aquel lugar. Pese a que había muchos de esos muertos rondando por la zona. No muy lejos de ahí vimos un tiovivo y John pensó que si lo podía encender haría suficiente ruido como para atraer a los muertos de la zona y así desviar su atención. Lo cierto es que fue una gran idea, y funcionó a la perfección hasta que unos chicos entraron corriendo perseguidos por unos muertos. Quedamos sitiados por un pequeño número de esas cosas. Poco a poco se fueron sumando más y más muertos, hasta que al final se formó gran tumulto justo en la entrada. No tardaron mucho en romper el cristal del restaurante y entonces entraron en masa. Nos escondimos en la cocina, pero aquellos chicos, que estaban colocados hasta las cejas, empezaron a alucinar y a gritar que aquellas cosas eran nuestros amigos. Y sin más, salieron de la cocina con los brazos extendidos con la intención de darles un gran abrazo. Pudimos oír los gritos agónicos de aquellos chavales mientras eran devorados.

Margaret paró un momento. Se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano y tomó una profunda bocanada de aire por la nariz. Tras unos segundos, continuó.

—Nos quedamos muy quietos y sin hacer ruido. Tras acabar con los chicos, se quedaron pululando entre las mesas del restaurante hasta que algo les llamó la atención. Al parecer alguien había accionado un bar que era

como un gran ascensor en mitad de *Times Square* y cayeron algunos cuerpos de las cubiertas superiores. El ruido y los gritos captaron su atención, y poco a poco fueron saliendo.

No me pareció oportuno interrumpirla para contarle lo que sucedió realmente en el bar ascensor, así que no dije nada y dejé que continuara.

—Entonces, cuando creíamos que ya no quedaba ninguno de ellos dentro, salimos corriendo de allí... pero nos equivocamos. Uno de los muertos salió de la nada y saltó sobre la pobre Ellen, desgarrándole el cuello. Quedó allí tendida durante un rato. No conseguimos que John dejara a Ellen, y solo cuando ella despertó de nuevo conseguimos llevárnoslo a rastras.

—Tuvimos la suerte de que el padre Callahan nos encontrara en aquel momento —dijo Mary, que hasta entonces había permanecido callada junto a su marido.

—Iiii, ucha ueeerte —balbuceó Martin.

—¿Y aun así habéis continuado yendo al mismo restaurante? —pregunté.

—No nos queda más remedio —respondió Margaret—. Durante un tiempo, antes de encontrar el restaurante, estuvimos alimentándonos tan solo de lo que íbamos consiguiendo de las máquinas expendedoras que hay por el barco, pero pronto se fueron agotando. Salimos unas cuantas veces en busca de otras máquinas, pero no hubo suerte.

—¿Y no encontrasteis ningún otro? —dije extrañado.

—Por desgracia, hijo mío, el ser humano es víctima de sus propios miedos —dijo el padre Callahan.

—Lo que pasó —continuó Margaret—, es que todas las máquinas que encontrábamos estaban vacías, y los pocos restaurantes a los que llegamos estaban ocupados por personas que no nos querían abrir ni tampoco darnos nada. Nos decían que apenas quedaba nada, y que lo que había era para su propia supervivencia.

—El miedo y la avaricia son el cáncer que asola nuestros corazones en estos tiempos —añadió el padre Callahan—. La gente pierde la esperanza y la fe hacia los demás con demasiada facilidad. Por suerte, el tiovivo aún funciona y la cantidad de muertos que ahí se arremolinan mantiene alejadas a las demás personas de aquel restaurante. Así que respondiendo a tu primera pregunta, la respuesta es sí. Aún continuamos yendo a ese restaurante.

—Tal vez John esté ahí escondido —dijo Alice.

Me sorprendió que Mike no le dijera nada. Aun así, la miró con

desprecio.

—De acuerdo —dije—. Tengo que seguir con mi plan. Voy a ir a la sala de máquinas y al volver me pasaré por la enfermería y por el restaurante que decís. Si encuentro a John le traeré de vuelta. Luego nos iremos al lugar donde estoy escondido. Ya somos cinco, pero hay sitio y comida para todos. Además, cuantos más, mejor. Siempre y cuando nos ayudemos, claro —dije mirando a Mike.

—¿Quieres que te acompañe, Ash? —preguntó el Padre Callahan.

—No, muchas gracias. Será mejor que se quede aquí, Padre.

—¿Por qué no te ofreces tú también, Mike? —dijo Alice algo avergonzada.

—¿Yo? Y una mierda. No conozco de nada a este tío. No me fío un pelo.

Antes de marcharme me acerqué al padre Callahan y hablé con él sin que pudieran oírme los demás. Le di la mano y me despedí.

—Por cierto, Padre —dije antes de abrir el portón—, intenten rezar en silencio.



Al salir de la capilla respiré algo aliviado. Parecían buenas personas, pero ya no aguantaba más a aquel cretino llamado Mike. Menudo idiota.

Me disponía a bajar por las escaleras metálicas de popa cuando vi al final del pasillo a dos muertos. Me sorprendió que no corrieran hacia mí. Me vieron, sin duda, pero se limitaron a caminar. No le di demasiada importancia y empecé a ir escaleras abajo.

«Oye, tú, capullo, ¿quién coño te crees que eres? ¿Acaso crees que puedes venir aquí y robarnos los *walkies*? Te aconsejo que vengas cagando leches y nos los devuelvas».

Di un respingo al oír una voz procedente de mi cintura. Ya ni me acordaba del *walkie* que llevaba en el cinturón. Lo cogí y pulsé el botón.

—¿Hola? Me llamo Ashley. ¿Me escucha alguien? —pregunté—. ¿Hola?

—«Sí, capullo, te escucha alguien» —dijo una voz por el altavoz del *walkie*—. «¿Qué coño haces robando material del puente de mando?».

Pensé que me alegraría un poco más al escuchar a alguien al otro lado del aparato, pero no fue así. Intenté explicar el motivo por el cual me había llevado el *walkie*, pero mi interlocutor no parecía dispuesto al diálogo.

—¿Es usted alguien de la tripulación? —pregunté.

—«Bueno... Mmm... Digamos que sí».

—Pues va usted a disculparme, pero no me ha parecido muy convincente su respuesta.

—«Pues digamos que a mí me suda la polla que mi respuesta no sea de tu agrado, señor... ¿Ashley, verdad?»

No respondí.

—«Es igual, Ashley o como coño te llames, pero haz el favor de subir de

inmediato aquí. Necesitamos... No, necesitamos no, queremos todos los *walkies*, ¿lo entiendes, verdad?».

—Lo entiendo perfectamente, pero tú tienes que entender —dadas las circunstancias decidí empezar a tutear a ese tipo—, que como pasajero y trabajador en este barco, estoy en mi derecho de saber qué está pasando. Así que si me ayudas, yo te devolveré los *walkies*.

—«Me estás empezando a hinchar las pelotas, ¿sabes?».

—¿Sabes algo de la sala de máquinas? —Pregunté haciendo caso omiso a sus palabras.

Estaba claro que no podía fiarme de este tío, pero tenía que intentar averiguar lo que sabía.

—«¿Que está lleno de máquinas?».

—Muy gracioso. Corto y cierro.

—«Lo que sí sé, tonto del culo, es que tú, con toda seguridad, vas a la sala de máquinas, y que ahora mismo unos cuantos amigos míos van para allá, y cuando te encuentren no solo cogerán mis *walkies*, sino que también te patearan el hígado hasta que te salga sangre por la boca».

No contesté y el tipo que estaba al otro lado del *walkie* tampoco dijo nada más. No podía entender por qué diablos eran tan importantes los *walkies*, ni tampoco por qué tenía esa actitud tan amenazadora. De todas formas, no me parecía buena idea arriesgarme. Cuando las cosas se ponen feas algunas personas muestran su lado más oscuro, y pueden llegar a ser muy peligrosas. Ya había visto unos cuantos enfrentamientos entre pasajeros por una máquina de comida o por defender lo que ellos creían su territorio. De todos modos, decidí seguir con el plan y empecé a bajar por las escaleras metálicas sin fijarme siquiera donde estaba. Supuse que tarde o temprano ya no se podría bajar más, y que algún cartel me indicaría que ya había llegado a la sala de máquinas.

De repente me golpeó un fuerte hedor como a heces y a orina. Las escaleras terminaban en un descansillo lleno de excrementos, meados y vómitos y una puerta metálica ponía fin al descenso. Aquella puerta no tenía ojo de buey, por lo que no pude ver qué había al otro lado. Pasé por encima de toda la mierda para tratar de abrir la puerta y resbalé con un charco de algo que parecía papilla de arroz y lentejas. A punto estuve de caer al suelo, y una arcada agria me hizo llevar la mano a la boca. Traté de girar la manivela, pero esta no se movió ni un centímetro. De repente escuché unos pasos que venían del piso superior, y un sonido gutural similar a un eructo me anunció que lo

que estaba bajando no era humano. Traté de hacer palanca con la Z, pero no conseguí nada y los pasos sonaban cada vez más y más cerca. Estaba en la última planta y no había más salida que aquella puerta cerrada a cal y canto.

—¡Uuuups! Perdón, no sabía que el cagadero estaba ocupado.

El zombi resultó ser un tipo negro, alto y fornido, con peto de mecánico y una botella de *Jack Daniels* en la mano. Volvió a eructar.

—Peeerdón de nuevo —dijo arrastrando las palabras, en un estado avanzado de embriaguez—. Me llamo Jack, Jack Daniels —dijo riendo, y tendiéndome la mano añadió—. Encaantado y por favor, no me pegue con eso, ¿vaaale?

Me quedé parado unos segundos antes de reaccionar. Bajé la Z y le di la mano.

—Hola, Jack —dije siguiéndole el juego—, me llamo Ashley, pero puedes llamarme Ash.

—¿Ashhhley? —soltó una fuerte carcajada—. Mi exmujer se llama Ashhhley. ¿No serás... mi mujer, verdad?

No contesté.

—Bueeno, da igual. Siempre y cuaando no me jodas igual que ella, no me impooorta cómo te llaaames. Ahora, si no te importa, tengo que mear.

Subí un tramo de escaleras y esperé a que Jack terminara. Oí como un fuerte y largo chorro inundaba todo el descansillo. De pronto, me sobresalté al escuchar un ruido de cristales rotos.

—¡Mieeeeeerda! —gritó Jack—. Se me ha caído la puuuta botella, jajajaja.

El grandullón de Jack subió las escaleras dando tumbos y con el peto todavía desabrochado.

—¿Te encuentras bien, Jack?

—Claaaro tío, tranquiillo. Solo necesito un traaago —dijo tratando de mantenerse en pie.

—Bueno, Jack, ahora necesito que me ayudes. ¿Sabes dónde está la sala de máquinas?

—¿Tú qué crees? ¿Te parece que lleeevo este puto peto porque soy un crupieeer? —dijo señalándose a sí mismo—. ¿Y que toda esta grasa es de piña colada?

—Vale, Jack, ya lo he pillado. ¿Crees que podrías llevarme a la sala de máquinas?

—¡Eeeeh, espera un momento! ¡Serás cabrón, hijo de puuuta!

Jack trazó un arco con el puño tratando de darme un puñetazo. Me aparté a tiempo y su puño continuó con su trayectoria hasta casi golpear a su propio dueño. Perdió el equilibrio y cayó escaleras abajo. Por suerte para él, solo había subido unos cinco peldaños, pero la caída resultó ser lo de menos, ya que aterrizó sobre un charco de mierda y vómitos. Jack trató de ponerse en pie, pero la masa de arroz y lentejas hizo que sus grandes manos resbalasen y se dio de bruces contra el suelo. Emitió un grito agudo como el de una niña aterrada por toparse con una araña y empezó a maldecir. Cuando por fin pudo ponerse en pie, ya estaba rebozado por completo. Se quedó quieto en el sitio, con los brazos lacios pegados al cuerpo, y levantó la cabeza hacia mí. Habló como si nunca en su vida hubiera estado borracho.

—¿Has venido a matarme, verdad? ¿Eres uno de ellos?

Levanté las dos manos en señal de rendición.

—Tranquilízate, Jack —dije muy despacio—. No he venido a matarte, y no tengo ni idea de a quién te refieres con «ellos». Solo he bajado hasta aquí para conseguir algo de información. No sé qué está pasando, y quisiera saber si todavía hay alguien haciéndose cargo del barco. Solo busco respuestas, Jack.

«Bill, estamos llegando a la sala de máquinas».

El *walkie* sonó en el peor momento.

—¡Mentiroso hijo de puta! —gritó el gigantón subiendo las escaleras directo hacia mí—. ¡Estás con ellos!

Retrocedí unos cuantos pasos con las manos aún en alto.

—¡Jack, Jack, tranquilo!

Aquel tipo corpulento y lleno de mierda me agarró con tanta fuerza que me levantó un palmo del suelo. Sentí cómo todo el vómito de sus manos se esparcía por mi cuello como una cataplasma.

—Te voy a arrancar la cabeza y a metértela por el culo —dijo acercándose tanto a mi cara que nuestras narices se tocaron—. Verás qué tranquilo me quedo.

—¡Aaack, Aaack! —no pude articular palabra.

Traté de golpearle, pero fue inútil. Sentí cómo iba perdiendo la conciencia por la falta de oxígeno, hasta que mis brazos cayeron inertes.

«¿Habéis llegado ya?».

«No, Bill, casi».

«¿Algún rastro del hijo de puta que nos robó los *walkies*?»

«No, Bill».

«¡Ashley, pedazo de mierda, sé que nos oyes! ¡O nos devuelves los *walkies* o te harán picadillo en cuanto te encuentren!».

Resultó que al final ese bocazas hijo puta de Bill me salvó la vida.

—¡Joder, joder! —dijo Jack, soltándome de inmediato—. Decías la verdad, Ash. No estás con esos cabrones. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Aaack, lo intenté —dije justo antes de perder el conocimiento.



Cuando abrí los ojos me encontraba sobre un colchón roído y sucio. Levanté un poco la cabeza y un latigazo en las cervicales me obligo a estirarme de nuevo. Hice un barrido del lugar tan solo con el movimiento de los ojos. El tipo negro y de enormes proporciones estaba sentado frente a unos monitores. Habría alrededor de treinta o cuarenta pantallas, la mayoría mostraban imágenes de casi todo el barco. No pude ver mucho más, tan solo la Z que estaba tirada en el suelo junto a sus pies.

—Hola —dije—. ¿Jack?

—¡Ey! Hola, Ash —dijo el grandullón con una voz tan dulce que me recordó a un mal doblaje de cine—. ¿Quieres un poco de agua, amigo?

—Sí, por favor.

Jack desapareció por una puerta situada a la derecha de todos aquellos monitores y al rato apareció con un botellín de agua.

—Ayúdame a incorporarme, por favor. Me duele mucho el cuello —dije.

Me levantó con sumo cuidado. Aun así, no pude evitar una mueca de dolor.

—Lo siento mucho, amigo. Pensé que estabas con esos tíos. Han intentado entrar aquí muchas veces y una vez casi lo consiguen.

Di un gran sorbo de agua. Estaba muy fría.

—¿Pero qué coño quieren esos tíos? —pregunté—. ¿Sabes quiénes son?

—La verdad es que no sé quiénes son. No se han mostrado muy comunicativos. Pero creo que sé lo que quieren —se sacó un pañuelo del bolsillo trasero y se enjugó el sudor de la cara con suma parsimonia—. Verás, desde la sala de control y la sala de máquinas se puede controlar el noventa por ciento de este barco. Es el cerebro y corazón de este enorme crucero, por así decirlo. Desde aquí podemos suministrar el agua potable, la electricidad,

la calefacción y casi cualquier cosa que se necesite ahí arriba, por lo que es fácil deducir que esa gente lo que pretende es tomar el control total del barco. Sé que están en el puente de mando. Lo sé porque se han comunicado conmigo por una línea directa.

—Pero sigo sin entender por qué tratan de controlar el barco —dije—. ¿Qué sentido tiene tomar el control? ¿Acaso creen que van a poder quedarse con él una vez nos rescaten? —pregunté con cierta ironía.

Jack palideció todo lo que un hombre de su color podía palidecer. En unos minutos yo también palidecí.

—Creo que lo que te voy a contar no te va a gustar lo más mínimo, Ash —dijo Jack acercando la silla que tenía a su espalda—. Pero primero dime, ¿qué sabes de todo lo que ha ocurrido? Ten en cuenta que llevo mucho tiempo aquí solo, casi como un ermitaño en una cueva cuidando el fuego sagrado para que no se apague.

Se acomodó en la silla y entrelazó los dedos de las manos, que apoyó sobre sus grandes muslos. Parecía un niño de ciento treinta kilos esperando a que su madre le cuente un cuento.

Le expliqué todo lo sucedido desde el día en que el *Rescue1* abordó el barco que iba a la deriva, y cómo unos muertos vivientes mordieron al segundo oficial de a bordo. Le hablé del accidente de helicóptero y del infierno que aquello desató. Le hablé también de mis compañeros, de Ernesto, de Misty, de la pareja de ancianos y de lo que habíamos tenido que hacer para sobrevivir durante todos estos meses. Le conté los motivos por los cuales había tomado la decisión de acercarme a la sala de máquinas, y el hombretón asintió como si encontrara lógica mi decisión.

Jack guardó silencio unos segundos antes de empezar a hablar.

—En primer lugar, déjame decirte que siento mucho la muerte de tus amigos —dijo en un tono que me pareció sincero—. No puedo llegar a imaginar por lo que estarán pasando todas aquellas personas que han sobrevivido a esta... no sé ni cómo diablos llamarlo; tragedia, tal vez. Antes de seguir, deja que te traiga algo.

Jack se levantó de la silla y volvió a desaparecer por la puerta de antes. Salió de aquel cuarto con algo pequeño que sostenía entre sus dedos pulgar e índice. Se acercó a mí y me ayudó de nuevo a incorporarme.

—Toma esto, amigo. Te aliviará el dolor.

Me tragué la pastilla con la ayuda de otro gran sorbo de agua. Le di las gracias.

—Hablé por última vez con el capitán hará ya unos dos meses, más o menos —dijo Jack—. Me extrañó que se comunicara directamente conmigo, pues lo normal es que sean los oficiales quienes me transmitan las órdenes del capitán. Fue entonces cuando me contó la situación en la que nos encontrábamos. Al parecer, la última conversación que tuvieron con tierra fue el día que solicitaron el helicóptero de salvamento, y ya entonces le avisaron que tal vez se retrasaría la ayuda porque estaban todos atendiendo a un gran número de llamadas que al parecer se sucedían por toda la costa este de los Estados Unidos. A partir de ahí ninguna llamada de socorro fue atendida. No se pudo poner rumbo a la costa de inmediato debido a la gran tormenta que se encontraba justo entre nosotros y tierra firme.

Jack se calló un momento. Se puso en pie y fue a por un botellín de agua. Cuando volvió se sentó de nuevo y sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del peto situado a la altura del pecho.

—¿Un pitillo? —preguntó acercándome la cajetilla de tabaco de la que asomaba uno de los cigarrillos.

Al parecer, aquella pastilla empezaba a hacer efecto y pude mover un poco el cuello, que aún me dolía, pero mucho menos que antes. Me quedé sentado en aquel sucio colchón con la espalda apoyada contra la pared.

—No te diré que no —dije alargando la mano hacia el pitillo—. Creo que me vendrá bien.

Jack sacó otro para él y se lo llevó a la boca. Empezó a palpar los innumerables bolsillos de aquel peto mugriento hasta que dio con lo que estaba buscando. Tras chasquear cuatro o cinco veces el zippo, consiguió que prendiera y me lo acercó. Luego se encendió el suyo. Dimos un par de profundas caladas en completo silencio y sentí como el humo llenó mis pulmones. Jack exhaló el humo por sus fosas nasales de tal modo que me recordaron a los tubos de escape de un camión viejo y con una mala combustión. Jack se recostó en su silla.

—Algún día dejaré esto —aseguró mirando su cigarrillo con aparente enfado—, pero desde luego hoy no. Bien, ¿por dónde iba?

Miró al techo un segundo y recordó.

—¡Ah, sí! ya me acuerdo. Como iba diciendo, no podíamos poner rumbo a tierra en aquel momento. Sin comunicación con tierra y el huracán de por medio, el capitán me ordenó que se redujera el consumo al mínimo y que solo se mantuvieran los servicios que eran esenciales, como la electricidad y el agua. No sabía el tiempo que íbamos a estar aislados del mundo, por lo que

fue muy prudente y actuó en consecuencia. No era un protocolo que pudiera considerarse como rutinario, pero sí lo habíamos realizado en alguna ocasión cuando, por la razón que fuese, nos habíamos tenido que retrasar unos días hasta llegar a puerto. El problema es que llevamos más de dos meses a la deriva, y debido a que no he recibido órdenes del puente de mando desde hace mucho tiempo, he tenido que actuar del modo que me ha parecido mejor —hizo una pausa que aprovechó para darle otra calada a su cigarrillo—. Pero ahora todo eso da igual. Por lo que me has contado, las cosas se pusieron feas en muy poco tiempo, y en ese momento, cuando el capitán me dio la orden, nos encontrábamos demasiado lejos de cualquier puerto en el que pudiera atracar un barco de estas dimensiones, por lo que la tragedia no se podría haber evitado de ninguna de las maneras.

Se encendió otro cigarrillo y le dio una calada tan profunda que pude oír cómo crepitaba.

—Entonces, ¿no sabemos por qué no viene nadie a rescatarnos? —pregunté.

—La verdad es que no. Como te he dicho, la última orden que recibí fue que alargara al máximo los recursos básicos del barco, pero desconozco el motivo por el cual no han atendido nuestras llamadas de socorro. Los móviles, como habréis podido comprobar tú y todos los pasajeros, no tienen cobertura, y el teléfono vía satélite se encuentra en el centro de comunicaciones del puente de mando, pero dadas las circunstancias, creo que tampoco pudieron comunicarse con él.

—Pues por lo visto estamos bien jodidos —concluí—. No creo que el huracán siga cortándonos el paso a estas alturas. ¿No hay posibilidad de poner rumbo a tierra en este momento?

—No estoy seguro de poder hacer eso, amigo.

—Jack, por favor, tenemos que intentarlo —dije—. Tengo un hijo, ¿sabes? Se llama Ashley Jr. y tiene trece años. Necesito saber que está bien, y la única manera de saberlo es volviendo a tierra. Dime qué debo hacer y lo haré Jack, lo que sea.

—Como te he explicado, nos encontramos en el corazón del barco, pero hacen falta ojos, además de muchas otras cosas, para moverse por el océano. Yo solo no puedo hacer nada. Alguien debe controlar el barco, y te aseguro que no es como manejar un velero.

—¿Y cuánto tiempo durarán los servicios mínimos del barco? —pregunté.

—Eso es algo complicado de responder. Para que las cosas funcionen necesitamos electricidad que podemos producir de dos formas. Una es usando los generadores que funcionan con diesel, que por cierto está casi agotado, y la otra es con energía solar. Este barco está equipado con quinientos paneles solares que recargan unas enormes baterías. El problema es que requieren de un mantenimiento constante porque la suciedad y el polvo los hace menos efectivos y, claro está, solo recargan las baterías de día. El diesel lo estoy usando, sobre todo, para las desalinizadoras. Lo cierto es que resulta imposible saber cuándo dejará de funcionar todo, pero diría que nos queda energía para una o dos semanas, tal vez menos.



Me desperté con la sensación de haber dormido durante días. Estaba algo desorientado y durante un instante traté de recordar en qué lugar del barco nos tocaba actuar esa noche. En una fracción de segundo, un estallido de recuerdos me devolvieron a la realidad.

El dolor de mi cuello había casi desaparecido, pero una fuerte presión en mi vejiga me obligó a ponerme en pie. Miré mi reloj y me sentí aliviado al ver que aún no eran las seis. Pensé en Misty y en el *walkie* que le había dejado frente a la puerta del spa. Me invadió una sensación extraña. La echaba de menos.

Miré a mi alrededor en busca de Jack y me sorprendió lo grande que era aquel lugar. Me encontraba en una amplia sala con una gran consola en el centro llena de botones y mandos. Los monitores seguían mostrando diferentes zonas del barco. Justo en el centro de la consola había un pequeño joystick rodeado de innumerables botones, todos ellos numerados.

Me acerqué, y con la curiosidad de un niño pulsé el botón marcado con el uno. El monitor central, que era considerablemente más grande que los demás, cambió de imagen. Mostraba una sala enorme llena de máquinas, manómetros y tuberías que zigzagueaban en todas direcciones, algunas de ellas desprendían vapor. Puestos a curiosear toqué el joystick y la imagen se movió en el sentido del mando tal y como había imaginado. Aquello era genial, con el panel numérico podía seleccionar la cámara que quería visionar en el monitor central y con el joystick podía dirigirla. Jugué un poco más con el mando y dirigí la cámara uno por la sala de máquinas y encontré a Jack. Se encontraba acurrucado sobre un colchón que había colocado cerca de unas escaleras. Puesto que Jack estaba durmiendo, pensé en seguir utilizando el sistema de cámaras para echar un vistazo por todo el barco, pero tuve que

desistir al recibir otra punzada en la vejiga. Me acerqué a una puerta metálica y traté de abrirla. Estaba cerrada. Un pequeño panel con diez teclas que iban del cero al nueve me indicó que aquella puerta se abría con un código. Tendría que despertar a Jack.

A la izquierda de la gran consola había unas escalerillas que daban a un descansillo. Me asomé por un segundo tramo de escaleras y vi junto a ellas a Jack, que seguía acurrucado en un colchón aún más mugriento que en el que yo había dormido. Me dispuse a bajar las escaleras cuando un ruido llamó mi atención. Me di la vuelta y vi que a la derecha del descansillo había una puerta con las letras WC pegadas en la puerta. Por fin había encontrado el baño.

Giré el pomo y empujé la puerta.

—¡No abras esa puerta! —gritó Jack.

—¿Qué pasa, Jac...?

La puerta se abrió con violencia y un no muerto salió del baño, abalanzándose sobre mí. Me envolvió en un difunto abrazo, y con un movimiento rápido de cabeza hacia atrás evité que sus dientes, que no dejaban de traquetear, se clavaran en mi cara. Dimos unos pasos abrazados, como si se tratara de una danza macabra, y acabamos rodando escaleras abajo. Aterricé sobre el colchón de Jack, que pudo apartarse a tiempo. La criatura seguía lanzando mordiscos como un perro rabioso, y antes de que me alcanzara empezó a levitar. Jack lo había agarrado del cinturón del pantalón y del cuello, y lo elevó como si de un muñeco de trapo se tratara. Se dio la vuelta y lo lanzó por los aires. El no muerto aterrizó en mitad del pasillo de la sala de máquinas. Me levanté y corrí escaleras arriba.

—¡Ash! ¡Ash! —gritó Jack—. ¡Ayúdame!

Subí el segundo tramo de escaleras y entré en la sala de control.

Jack tropezó con el colchón y quedó tendido sobre él. El no muerto se abalanzó sobre el hombretón, que parecía estar sollozando. Jack estaba inmóvil, tendido sobre su descomunal espalda como una tortuga a la que le han dado la vuelta. Entonces, en pleno vuelo y a escasos centímetros de la cara de Jack, asesté un golpe en la sien de la criatura, desviándola de su trayectoria asesina. Del extremo de la barra Z goteó la sangre oscura y putrefacta del muerto que ya no se movía.



Jack lloraba de rodillas junto al cadáver que hacía unos segundos había tratado de matarnos.

—Jack, ¿qué te ocurre? ¿Lo conocías?

—Era Willy. Ha sido... Fue mi único amigo durante los últimos quince años —dijo secándose las lágrimas.

—Pero... ¿qué hacía en el baño?

—Hará unas cinco o seis semanas mordieron a dos de los mecánicos. Empezaron a enfermar y trajimos un par de colchones de nuestros camarotes aquí, para poder cuidarlos. Apenas sabíamos nada de lo que estaba ocurriendo y desconocíamos que un solo mordisco de esas cosas podía transformarte en uno de ellos. No lo vimos venir. Ocurrió al día siguiente del ataque. Estaba en el baño cuando empecé a oír gritos, y al salir vi que los dos hombres, que hacía unas horas antes se encontraban al borde de la muerte, corrían y atacaban a mis compañeros.

Jack se encendió un cigarrillo y me ofreció otro, que rehusé.

—Salí de la sala de máquinas corriendo y logré ponerme a salvo —continuó—. Dos días después, cuando las luces empezaron a fallar, tomé la decisión de volver aquí. Me asomé a la sala de control y vi que estaba vacía, por lo que entré y me encerré. A las pocas horas y tras poner todo en orden me entraron ganas de ir al baño, y fue cuando me encontré con Willy. Por lo visto consiguió esconderse en el baño durante el ataque, pero ya estaba condenado, pues vi cómo le estaba mordiendo una de esas cosas en el momento que escapé como un cobarde escaleras arriba. Cuando abrí la puerta se abalanzó sobre mí, pero logré meterlo de nuevo de un empujón. Durante todo este tiempo ha estado ahí encerrado. Era mi amigo, y no tuve el coraje necesario para matarlo.

—No te tortures, Jack. Entiendo por lo que has pasado. Matar a un amigo, aun convertido en una de esas cosas, no resulta nada fácil. Aún hoy, cuando pienso en ello, no sé cómo pude acabar con Chuck.

Unas lágrimas brotaron de mis ojos resbalando por las mejillas. Cambié de tema.

—Ahora entiendo el estropicio que encontré esta mañana.

El gigantón sonrió y se limpió los mocos con la manga.

—Sí, lo siento —dijo—. Con Willy encerrado en el baño empecé a utilizar el descansillo de abajo para hacer mis necesidades. Era más seguro que ir a los camarotes, y además ya no me quedaban fuerzas para enfrentarme a esas cosas; aunque creo que nunca las tuve. Hace unas semana, y debido a la falta de provisiones, me aventuré a subir en busca de algo que echarme a la boca, y me llevé todo lo que pude de uno de los bares. Cuando estaba de vuelta me atacó una de esas cosas, y al tratar de defenderme oí como se le partía el cuello —dijo con lágrimas en los ojos.

—Pero Jack, no debes sentirte culpable —dije—. No eres peor persona por tratar de defenderte de esas criaturas. No has hecho daño a nadie. Ya no son personas.

—Lo sé, Ash. Créeme si te digo que he intentado consolarme con esas mismas palabras, pero quien me atacó no era más que una niña. Por lo que ese argumento no me consuela. Le partí el cuello... ¡a una niña!

No había nada que pudiera decir para consolar a este hombretón. Tenía la inocencia de un niño, y opté por quedarme callado y dejar que se desahogara.

—Ya había perdido toda esperanza —reconoció—. Por los monitores solo veía muertos, y para colmo ese tal Bill y sus amigos trataban de matarme. Empecé a emborracharme todos los días y solo quería que todo acabase —me puso su descomunal mano sobre el hombro—. Menos mal que te he encontrado, amigo. Ya no aguantaba estar solo en est...

—«¡Ash!, ¡Ash!, ¿me oyes?».

Jack y yo pegamos un brinco. Era Misty hablando a través del *walkie* que le dejé frente al spa.

—«¿Has sido tú quien ha dejado el *walkie*, verdad?».

Subí de tres en tres los escalones. «No digas nada, cariño», pensé mientras corría hacia el *walkie* que se encontraba en el piso de arriba.

—«He escuchado ruidos cerca de la puerta del spa. ¿Has sido tú, Ash?».

«Mierda, Misty», pensé mientras subía el último tramo de escaleras.

—«Vaya, vaya. ¿Y esa dulce voz de quién es?».

Demasiado tarde. Bill ya la había oído.

—Misty, no digas nada más —dije.

—«Oh, venga, Ash, deja que hable» —dijo Bill—. «No nos prives de una voz tan dulce».

—«Ash, ¿qué está pasando? ¿Estás con alguien más?».

—Misty, no digas nada más por el *walkie* —insistí—. La otra voz que oyes es de un tal Bill, y no es amigo, ¿entiendes? No es amigo.

—«Por favor, Ash, no seas así» —dijo Bill—. «Misty, cariño mío, no hagas caso de lo que dice Ash. Claro que soy amigo. ¿Quieres ser mi amiga?».

—«Vete a la mierda, Bill. Seas quien seas» —respondió Misty.

—«Chicos, cambio de planes» —dijo Bill—. «Dejad por ahora al negrito y a su amigo. Ya nos encargaremos de ellos más tarde. Ahora necesito relajarme un rato. Misty, mi amor, ¿crees que podrías prepararme un baño? Tengo una fuerte contractura y necesito que me la quites...».

—Bill, pedazo de hijo de puta —dije—. Como te acerques siquiera a un metro de ella, juro por Dios que te mataré.

—«¡Chicos, coged el bañador, nos vamos al spa!» —gritó Bill ignorándome.



—Misty, escúchame bien —dije—. Quiero que cierres la puerta del spa y no la abras a nadie, ¿entendido?

—«¿Qué está pasando, Ash?» —preguntó Misty.

—Ya te lo explicaré más tarde. Ahora cierra bien y manteneos todos juntos.

—«Tranquilízate, Ash, ya me encargaré yo de mantenernos todos juntos» —dijo Bill.

Me enganché el *walkie* en el cinturón del pantalón y cogí la Z.

—Necesito tu ayuda, Jack —dije—. Por favor, no creo que pueda enfrentarme yo solo contra todos.

—Te entiendo, pero ¿quién se va a ocupar de todo esto? Hay que controlar muchas cosas aquí si queremos que todo siga funcionando.

—Jack, amigo, escúchame, si no hacemos algo, dentro de poco no tendrá ningún sentido que mantengas todo en funcionamiento. Si las cosas continúan así, solo quedarán no muertos en todo el barco, y te aseguro que a ellos les da igual que la cerveza siga estando fría, ¿entiendes?

Jack suspiró.

—Tienes razón, Ash —dijo—. ¿Qué sentido tiene mantener el orden dentro del caos? Vamos a ayudar a tus amigos.

Salimos de la sala de control aguzando al máximo el oído. No escuchamos nada, por lo que decidimos movernos.

—¿Cuál es el camino más corto para llegar al spa? pregunté.

—Sin duda, desde aquí... cogiendo los ascensores de servicio de popa, y una vez en la cubierta superior atravesar *Garden Show*.

—Los ascensores son muy peligrosos —dije—. ¿Qué otra alternativa hay?

—Pues la alternativa a los ascensores sería subir por las escaleras de servicio hasta la cubierta superior, pero desde aquí vamos a tardar muchísimo tiempo.

Por desgracia, tiempo era lo único que no teníamos. Dejé la prudencia a un lado y le dije al grandullón que fuéramos por los ascensores. Corrimos lo más rápido que pudimos, pero Jack, con todo lo grande y fuerte que era, no podía dar más de unas pocas zancadas antes de parar para recuperar el aliento.

—¡Vamos, Jack! —grité.

—Yaaa... —jadeó con las manos apoyadas sobre sus rodillas flexionadas—. Lo siento...

—Tranquilo, Jack, pero necesito un último esfuerzo por tu parte. Ya casi hemos llegado a los ascensores. Ahí podrás descansar.

Traté de incorporarlo de nuevo, pero era como intentar mover una enorme roca.

Jack empezó a caminar, no muy rápido, pero sí lo suficiente. Me adelanté y pulsé el botón de llamada del ascensor, que empezó a bajar de inmediato.

Me preparé por si el ascensor llegaba con algún regalo en su interior, y por fin Jack llegó a mi lado. El ascensor pitó anunciando su llegada y las puertas se abrieron. Había un regalo en su interior, pero no el que esperaba. Un tipo alto y en extremo delgado se sorprendió al vernos tanto como nosotros. En una mano llevaba un *walkie* y en la otra un cuchillo grande de cocina que levantó de inmediato hacia nosotros.

—Atrás, hijos de puta —dijo el tipo del ascensor—. Vaya, aquí está el negrito con su nuevo amigo el ladrón, ¿verdad? Pues has robado a los tipos equivocados, y tú, grandullón, no sabes elegir a tus amigos.

—No he robado nada, idiota —dije—. ¿Se puede saber qué coño estáis haciendo? Si nos ayudamos tendremos más posibilidades de sobrevivir.

—¡Cállate! —dijo blandiendo el cuchillo—. Ahora voy a subir yo solito y te agradecería que no volvieras a pulsar el puto botón, ¿entiendes?

—Estás loco si crees que te dejaremos marchar —aseguré sin titubear.

—Mira, capullo —continuó aquel tipo huesudo—, este barco se va a la mierda. Todos nosotros nos vamos a la mierda, y si no nos matan esas cosas lo hará el hambre o quién sabe qué. ¿Y sabes una cosa? No quiero morir, por lo que no dudes ni un segundo que haré todo lo posible por retrasar ese momento.

Con la mano que sostenía el *walkie* pulsó el botón de cubierta y las puertas empezaron a cerrarse.

Deslicé la barra Z por el suelo y el extremo de esta bloqueó las puertas justo antes de que se cerrasen por completo. El tipo lanzó una estocada con el cuchillo a través del hueco dejado por la barra, y por poco me alcanzó en un ojo. Caí de culo y tiré de la Z, lo que provocó que las puertas se cerrasen, atrapando la mano que asomaba con el cuchillo. Jack aprovechó ese momento para asestarle un golpe en la muñeca. El impacto fue tan fuerte que se la partió y el arma cayó al suelo. Aquel tipo gritó con tanta fuerza que hizo que me pitaran los oídos. Las puertas, debido a la imposibilidad de cerrarse, se abrieron liberando a aquel pobre desgraciado, que cayó de rodillas gimoteando como un niño. Entramos en el ascensor y Jack levantó el cuchillo.

—Será mejor que no te muevas, tío —dijo el grandullón con voz impostada, tratando de sonar amenazador.

—Ahora quédate de rodillas y no te muevas —advertí—. Dime, ¿cómo te llamas?

—¡Vete a tomar por culo, gilipollas! —dijo el tipo entre sollozos, sujetándose la muñeca—. ¡Me has partido la mano, negro!

—Será mejor que te ahorres tus comentarios —dije—, a menos que quieras que este negro, como tú lo llamas, te parta la otra. Ahora haz el favor de decirme quién coño eres.

—Vale, vale —dijo el tipo de rodillas, levantando la cabeza como en una plegaria—. Me llamo Tom y soy miembro de la tripulación de este barco.

—¿Miembro de la tripulación? —pregunté—. ¿Y cuál era tu trabajo exactamente, Tom?

—Encargado de seguridad.

—No mientas —dijo Jack—. No te he visto en mi vida.

—Será porque no subes mucho a cubierta, grandullón —dijo Tom—. Solo llevo unos meses en este puto barco.

—En el supuesto caso de que sea cierto lo que dices —continué—, ¿se puede saber qué coño estáis haciendo?

—Estamos haciendo nuestro trabajo —dijo Tom mirándome desde el suelo—. Tan solo nuestro trabajo.

—Y una mierda —escupió Jack—. Habéis tratado de matarme. Dudo que os contratasen para eso.

—¿Matarte, dices? —Respondió Tom—. Tú estás paranoico, tío. Nunca

hemos querido matarte, tan solo queremos hacernos con el control de este puto barco.

—Dices que solo queréis controlar este barco —dije—, pero... ¿a qué precio?

—Mira, tío —dijo Tom—, cuando el barco se fue a la mierda tratamos por todos los medios de poner a salvo al mayor número posible de pasajeros. Pero poco a poco las personas que consiguieron salvarse fueron perdiendo la cabeza. Empezaron a robarse entre ellos, a pelearse por la comida, a saquear el barco e incluso uno de los pasajeros, en mitad del caos, trató de violar a una chica que formaba parte de la tripulación. Por suerte para la chica uno de nuestros compañeros intervino a tiempo y consiguió evitar la violación, pero él no tuvo tanta suerte y en mitad del forcejeo recibió una puñalada en el cuello que le causó la muerte a las pocas horas. Se trataba del hermano de Bill. Desde ese momento nos vimos obligados a tomar el control a la fuerza. Nos dimos cuenta enseguida de que en mitad del caos una democracia no tenía sentido cuando los que la forman han perdido la cabeza.

—Ya veo —dije—. Como os han jodido, ahora os toca a vosotros ir jodiendo a los demás, ¿verdad?

—No, tío —dijo Tom—, te equivocas. Hemos fracasado al intentar salvar el barco, de eso no hay duda. Ahora solo estamos luchando por sobrevivir un día más.

—Ponte en pie —ordené—. Estamos a punto de llegar.

Las puertas del ascensor se abrieron y no vi movimiento en la cubierta. Todo había muerto allí arriba. Di unos pasos fuera del ascensor.

—¿Sabéis una cosa, tíos? —dijo Tom—. Sois unos idiotas.



Algo me rodeó el cuello y empezó a estrangularme. Caí de rodillas y al darme la vuelta vi a un tipo que tiraba de mí con una cuerda, como si fuera un vaquero en mitad de un rodeo. Un segundo hombre apareció por detrás de Jack y le colocó un cuchillo en el cuello.

—Hola, chicos —dijo el hombre del cuchillo—. Por fin nos conocemos. Yo soy Bill y él es Terry. Deduzco que el animalito cazado es Ash, ¿verdad?

Bill era un tipo de estatura media y de complexión delgada pero fuerte. Tenía el pelo negro, los ojos claros y unas facciones muy marcadas. Llevaba puesto el uniforme de la tripulación con una chapa que le identificaba como jefe de seguridad del barco.

—Nos han tendido una trampa, Ash —dijo Jack.

—Eso parece —dije.

—Pero bueno, mis nuevos compañeros —dijo Bill—, no os avergoncéis. Todos hemos caído en alguna trampa alguna vez, ¿verdad que sí, Terry?

Terry se limitó a asentir. Era el más joven de los tres, y a diferencia de Bill y Tom no parecía estar disfrutando de todo aquello. Llevaba puesto el uniforme, pero en su chapa solo ponía «seguridad del barco».

—Póngase en pie, señor —pronunció Terry con mucha educación, mirándome a los ojos—. Por favor.

Aquel chico parecía un universitario de último curso, culto y de buena familia. Tenía la piel bronceada y sus bíceps casi daban de sí las mangas del uniforme. Sobre su cabeza, una mata rubia y rizada ondulaba al viento de la tarde. Lucía unos dientes perfectos, blancos y bien alineados y un hoyuelo en la barbilla, que le confería un aspecto de galán de cine y que remataba aquella cautivadora apariencia.

—Por el amor de Dios, Terry —dijo Bil—. Déjate de soplapolleces y

levántalo de una puta vez. Nos vamos al spa. ¡Ahora!

—Bill, mira mi mano —dijo Tom—. Este negro cabrón me ha partido la muñeca.

—¡Venga, deja de lloriquear y ponte en pie! —gritó Bill—. Ya sabes los riesgos que conlleva hacer de cebo. No haberte ofrecido.

—Pero si tú me obligaste —sollozó Tom.

—Solo tenías que atraerlos hacia aquí —continuó Bill—. Nadie dijo nada de enfrentarse a ellos. ¡Por el amor de Dios! ¿Es qué no has visto el tamaño de este negro? Tom, eres un idiota.

Bill apretó el cuchillo contra el cuello de Jack y un fino hilo de sangre se deslizó por su garganta.

—Bueno, se acabaron las tonterías, amigos —dijo Bill—. Gigantón, suelta el cuchillo y levanta a Tom. Tom, tu coge mis esposas y pónselas al gigantón.

Tom esposó con dificultad a Jack con la mano buena y le dio un puñetazo en el estómago. Jack ni se inmutó.

—Si tuviera la derecha de una pieza te ibas a enterar, cabrón —dijo Tom.

—Ahora tú, Terry —dijo Bill—. Esposa a Ash.

Una vez estuvimos esposados empezamos a andar por la cubierta superior en dirección al spa. Terry y Tom sostenían los cuchillos y Bill llevaba mi barra Z.

Me sorprendió la ausencia de no muertos en toda la cubierta. Supuse que fueron bajando hacia cubiertas inferiores más surtidas en carne humana.

Estábamos acercándonos al *Garden Show*. Poco quedaba ya de aquella vegetación exótica y tan bien iluminada. Y ahora, en medio de todo, lo que antaño fue un precioso cenador se erguía como un esperpéntico mausoleo habitado por un gran ataúd de cola blanca reducido casi a cenizas. Era como estar andando en mitad de un cementerio encantado, y fue justo ahí donde empezó todo este infierno. Los restos del helicóptero yacían fríos como un cadáver de metal. Ya no había fuego, ni humo, ni gritos.

Los cinco avanzábamos en silencio, ensimismados ante aquel escenario dantesco. El olor putrefacto de los miembros amputados pululaba por la cubierta con la suavidad de la brisa, y de algún modo el aire se me antojaba espeso y viscoso. La quietud del momento se vio interrumpida por un repentino y seco gruñido. Nos giramos todos a la vez con la misma precisión con que lo haría un grupo de nadadoras de natación sincronizada.

—¿Qué coño ha sido eso? —preguntó Tom con el cuchillo en alto.

—¡Mirad! ¡Ahí! —gritó Terry señalando el helicóptero.

El piloto seguía atrapado en la cabina. Estaba boca abajo sujeto por el cinturón doble. Tenía media cara carbonizada y la otra mitad... bueno, la otra mitad simplemente no estaba. Alargó los brazos hacia nosotros y empezó a gruñir con una ira que fue creciendo en intensidad hasta un punto que nunca antes había visto en una de esas cosas.

—Joder, debe estar hambriento de cojones, el muy cabrón —bromeó Bill.

—Habría que matarlo —dijo Terry.

—¿Sí? ¿Y vas a hacerlo tú? —preguntó Tom.

—No hay que hacer una puta mierda —dijo Bill—. El muy cabrón no se moverá de ahí.

—Pero hace mucho ruido —dije—. Si sigue así lo más seguro es que empiecen a llegar más.

—Pues habrá que darse prisa —dijo Bill señalando al frente.

Seguimos avanzando hacia la puerta de proa que daba al pasillo interior que conducía al spa. De repente, la quietud del momento se transformó en leves susurros, casi inaudibles al principio, pero en un crescendo constante que rápidamente se convirtió en un murmullo aterrador. Cuando quisimos darnos cuenta estábamos rodeados por los cuerpos destrozados que hace unos minutos descansaban laxos en un aparente y engañoso letargo. Todos despertaron. Daba igual que no tuvieran piernas, brazos o ninguna extremidad pegada al cuerpo. Babosas surgidas del mismísimo infierno de torsos quemados y cabezas hambrientas se acercaban hacia nosotros serpenteando. No habían podido abandonar la cubierta debido a sus limitaciones motoras, pero aun así podían arrastrarse y eran muchos trozos; demasiados, y nos tenían rodeados.

Bill levantó mi Z y realizó un swing con la elegancia de un golfista profesional. La cabeza del no muerto se desprendió de sus hombros con la misma suavidad con la que se desprende la carne de un muslito de pollo, y salió despedida a más de cinco metros, aterrizando dentro del helicóptero.

—*Hole in one!* —gritó Bill con el entusiasmo de un niño jugando con sus amigos.

Una cabeza me mordió la puntera de la bota, y con un movimiento rápido la lancé a varios metros. Aún estaba en pleno vuelo cuando otra cabeza se me enganchó en el talón. Jack saltó sobre ella haciéndola estallar y

desparramando los sesos en todas direcciones. Aterrizó sobre los fluidos del cráneo y resbaló. Cayó a plomo sobre su espalda, y debido a que tenía las manos esposadas por delante del cuerpo no pudo usarlas para amortiguar la caída. Soltó una exhalación larga al tiempo que su cara se contraía en una mueca de dolor y miedo.

—¡Ash! ¡No puedo ver! ¡No puedo ver! —gritó Jack tendido en el suelo con los ojos abiertos como platos—. ¿¡Dónde estás, amigo!? ¿¡Por qué no puedo ver!?

Un charco de sangre se formó alrededor de su cabeza formando un halo aterrador.

—Estoy aquí, Jack —dije tocando su cara con la palma de mi mano—. Justo a tu lado.

Más pedazos de criaturas se iban acercando y a duras penas podía mantenerlos alejados. Si hubieran estado de una pieza ya nos hubieran matado a todos.

—¡Quitadnos las esposas! —grité—. ¡No podemos defendernos con las esposas puestas!

—Bill, tiene razón —dijo Terry—. Voy a quitárselas. —¡Tu no harás una puta mierda sin que yo te lo ordene, chaval! —gritó Bill— ¿Te ha quedado claro?

—Pero Bill, los muertos...

Bill y Tom se defendían como podían, pero quedaba claro que la Z le proporcionaba a Bill una ventaja que nosotros no teníamos. Aun así, los dos se defendían a sí mismos sin prestar atención a nada que no fueran sus propios traseros. Yo luchaba por mantener a Jack a salvo. Con las esposas puestas solo podía dar patadas. Por fortuna, Terry, que por piedad o simplemente porque no era un hijo de puta como sus compañeros, se colocó a mi lado y me ayudó a mantener a raya a los no muertos.

—¡No vamos a poder salir de aquí! —gritó Tom blandiendo con total inutilidad su cuchillo.

—¡Tom, idiota! —gritó Bill—. ¡Deja de acuchillar a la nada y empieza a patear cabezas! ¡Y si lo haces en dirección a la puerta mejor!

Bill y Tom se coordinaron casi por error y fueron dejando tras de sí (sin proponérselo), un pasillo de no muertos en dirección a la puerta que conducía al spa. Tratamos de aprovechar aquella fisura que se produjo en aquel mar rojo que se cerraba con suma celeridad. Moisés ya había cruzado y nosotros íbamos a ser engullidos sin remedio.



A pocos metros de la puerta dimos nuestros últimos golpes. Terry y yo tirábamos del grandullón de ciento treinta kilos a razón de medio metro por minuto. Arrastrábamos a Jack y golpeábamos a tantos muertos como podíamos. Volvíamos a tirar y volvíamos a golpear, hasta que ya no pudimos más. Terry trató de golpear a un torso con cabeza y un solo brazo que estaba a punto de morder a Jack en la pierna. Tropezó y cayó sobre el cuchillo clavándose hasta el mango, pero no en el pedazo de carne hambrienta, sino en el muslo de Jack, que gritó de puro dolor y miedo.

—¡Me han mordido, Ash! ¡Me han mordido!

Terry tiró con fuerza y arrancó el cuchillo, y esta vez lo clavó en el lugar correcto. El filo atravesó la cuenca del ojo, lobotomizando con un certero movimiento el cerebro del no muerto.

Los gritos de Jack resonaban por encima del ruido viscoso que producían las vísceras al desliarse por la cubierta.

—¡Bill, Tom, ayudadnos! —gritó Terry, que seguía tumbado sobre el grandullón.

—Lo siento, chaval —dijo Bill desde el interior del pasillo mientras cerraba la puerta—. Elegiste ayudarles a ellos, y está claro que elegiste mal.

La puerta se cerró. Bill y Tom se asomaron unos segundos por el ojo de buey y luego desaparecieron.

Miré la puerta que estaba tras de mí a tan solo cinco metros, quizá menos. Jack, ciego y tullido, no iba a salir de esta y estaba claro que Terry y yo tampoco si nos quedábamos con él. Era una acción desesperada de sálvese quien pueda, y desde luego Jack no iba a poder. Si al menos hubiera tenido la Z podría haber evitado más dolor del necesario a este pobre gigantón. Terry se puso en pie y nos miramos. No había nada que decir. Los dos sabíamos

perfectamente cuál era el siguiente paso.

Pateé en toda la boca a uno de esos despedazados justo antes de que alcanzara la cabeza de Jack, y luego salté sobre otro más, y después sobre otro hasta que llegué a la puerta. Terry hizo lo propio y llegó a mi lado en pocos segundos. Abrí la puerta y entramos en el pasillo. Vi a Bill y a Tom delante de la puerta del spa.

—¡Ash, Ash! ¿¡Dónde estás, amigo!? —dijo Jack entre sollozos—. ¡Por favor, Ash, dime dónde estás!

Los no muertos lo tenían completamente rodeado. Un minuto, tal vez dos y todo habría terminado. «Lo siento, amigo», pensé, «solo será un momento».

No sería capaz de explicar el desprecio que sentí hacia mí en aquel momento. «¿Dejaste morir a tu amigo, papá?» «¿¡Qué!? ¿¡Cómo!? ¿¡Por qué demonios dices eso, hijo!? Ten en cuenta que en aquel momento... No lo sé...»

—¡Terry, las esposas! —grité.

—¿Qué?

—¡Quítame las esposas! ¡Rápido!

Terry metió su mano en el bolsillo de la camisa, sacó una pequeña llave y me quitó las esposas.

—Es un suicido, Ash —dijo Terry—, y lo sabes. No podemos ayudarlo. Hay que dejarlo ahí.

—No puedo hacerlo —respondí—. Jamás me perdonaría algo así.

Abrí la puerta y salí de nuevo.

—¡Jack, aguanta! —grité— ¡Estoy aquí!

Cuatro saltos bastaron para llegar hasta él. Me agaché, cogí a dos pedazos que estaban a punto de alcanzar a Jack y los lancé lo más lejos que pude. Un par de patadas más y tiré de Jack. No pude moverlo ni un centímetro. Terry tenía razón, aquello había sido un suicidio. Los muertos se arremolinaban en tropel alrededor nuestro, y ya no podía contenerlos.

—Lo siento, Jack —dije—. Te juro que lo he intentado.

Me quedé ahí plantado, inmóvil de pie junto a Jack, rendido ante la evidencia de que íbamos a morir. Demasiados. Había demasiados.

—¡Ash, cuidado! —gritó Terry desde la puerta señalando tras de mí.

Un pitido estridente hizo que saliera del trance en el que me encontraba sumido, y del sobresalto tropecé y caí de culo sobre el pecho del Jack.

—¿¡Qué ocurre, Ash!? —gritó Jack entre sollozos.

Me di la vuelta y vi algo que me dejó totalmente atónito.

—¿Jack? —Pregunté—. ¿Has comprado el billete?

—¿Cómo dices? —preguntó Jack, desconcertado.

—Digo que te prepares. Vamos a coger un tren.



Una locomotora a vapor atravesó la cubierta barriendo a los muertos como una máquina quitanieves. Un gran cilindro colocado en horizontal parcialmente dentro de una cabina, y todo ello montado sobre un coche eléctrico recreaba a la perfección una vieja máquina de mediados del siglo XIX, digna de la mejor película del lejano oeste. Incluso la chimenea expulsaba lo que supongo sería vapor de agua. En la punta, unas defensas metálicas en forma de cuña «apartaban» los pedazos de carne aún hambrientos.

Aquella locomotora, negra como el carbón, pasó rozando a Jack y se detuvo cuando el primer vagón de los cuatro que arrastraba se encontraba justo a nuestro lado. De la cabina salió de un brinco un chico de veintipocos años, ágil y robusto al mismo tiempo. Tenía el pelo corto y oscuro, y sus ojos eran aún más oscuros. Vestía pantalones negros y camiseta también negra, tal vez demasiado ceñida. Parecía, sin lugar a dudas, el negativo de Terry.

Aterrizó sobre un cráneo que crujió, pero que no reventó y que remató de un puntapié. Dio otro salto y ya estaba junto a nosotros.

—¡Rápido! —Gritó cogiendo a Jack por las axilas—. ¡Levántalo por los pies! ¡Al vagón!

Sus órdenes eran concisas y claras, pero rápidas y efectivas al mismo tiempo. En apenas unos segundos teníamos a Jack dentro del vagón. Me sorprendió la fuerza de aquel chico, que levantó el torso descomunal de Jack con no demasiada dificultad.

—¡Vamos, a la cabina! —ordenó.

Subimos, él de un salto y yo trepando. El habitáculo era muy reducido, pero aun así el chico se manejaba con pasmosa gracilidad. Aceleró y dio media vuelta, alejándonos de Terry, que seguía asomado en la puerta.

—¡No, para! ¡Tenemos que volver! —grité.

—No, ahora es muy peligroso.

—¡Tengo que volver, no lo entiendes! —dije.

Saqué la cabeza fuera de la cabina como un perro en un coche y miré a Terry, que iba haciéndose cada vez más pequeño. Cuando dejamos atrás los restos del helicóptero y del *Garden Show*, aquel chico detuvo la falsa locomotora.

Sin más me vino una imagen de aquella misma cubierta y de un tiempo que se me antojó muy lejano. Recordé haber visto la misma locomotora paseando de proa a popa, y a un sinfín de niños que gritaban y aplaudían cada vez que el maquinista, un hombre negro y con una gorra gris, hacía sonar el silbato.

El chico se giró hacia mí.

—¿Qué hay más importante que ponernos a salvo? —preguntó—. Si quieres que volvamos será mejor que me lo expliques.

—Mis amigos. Están en el gimnasio y están en peligro.

—Mis amigos puede que también lo estén —dijo—. Os vi en apuros y os he ayudado. Ahora tengo que volver con ellos. Seguro que estarán preocupados por mí.

Miré los vagones y vi que estaban repletos de alimentos. Jack parecía estar inconsciente.

—Solo por curiosidad —comenté—. ¿No te dirigirás a la capilla, verdad?

—¿Cómo lo sabes? —dijo en un tono áspero y muy poco amigable.

—Tranquilo... John. Hasta donde yo sé, están todos bien —dije tendiéndole mi mano—. Me llamo Ashley Russell.

John se quedó perplejo durante unos segundos, finalmente me tendió su mano y concluyó el saludo con un firme apretón.

—Lo cierto es que están preocupados por ti —dije—. Pero se encuentran todos bien. Les dije que te buscaría, pero parece ser que al final has sido tu quien me ha encontrado.

El chico se mostró algo más relajado.

—Dime una cosa, Ash, ¿cómo está Alice? —preguntó—. ¿La viste bien?

—Bueno, la vi muy... embarazada, pero se encuentra bien. Está preocupada por ti, y desde luego ese tal Mike no es que la ayude mucho precisamente.

—Sí, Mike... Es complicado —dijo John cruzando los brazos y

frunciendo el ceño—. Ponme al día, Ash. ¿Qué problema tienen tus amigos?

Le hice un rápido resumen de la situación. Le expliqué que Bill era el encargado de la seguridad del barco y que Tom era su fiel lacayo. Estaba convencido de que Terry se había pasado a nuestro bando. Era un buen chico, y después de que lo dejaran vendido a su suerte, no me cabía ninguna duda.

—Entonces, por la información que me has dado, es de suponer que Bill y su compinche tratarán de hacerse con el control del gimnasio y del restaurante donde estáis refugiados —dijo John—. ¿Me equivoco?

—En nada.

—¿Armas?

—Un cuchillo y una barra del gimnasio.

—Pues ya tienen más que nosotros —dijo John—. Tendremos que ser más astutos para compensar esta desventaja —se dio unos golpecitos con el dedo corazón en la frente, como si tratase de despertar una idea—. Te propongo una cosa; yo te ayudo con esos tipos y luego vosotros nos acogéis a nosotros, ¿qué te parece la idea? Con lo que tengo en los vagones no creo que necesitemos de vuestra comida, pero será agradable poder volver a comer sentados en una mesa. Además, por lo que me has contado parece el sitio perfecto, y dadas las circunstancias creo que cuantos más seamos más seguros estaremos.

—No te quepa la menor duda de que seréis bien recibidos.



—«¡Ayuda! ¡Los del Spa, abrid la puerta! ¡Ash está herido!».

—¿¡Qué coño!?! —grité.

Bill estaba usando el *walkie* con la clara intención de que Misty abriera la puerta y los dejara entrar.

—«¡Por favor, daos prisa! ¡Ash se está desangrando!».

—¡Misty, no le escuches! ¡Está mintiendo!

No hubo respuesta.

—No te molestes —dijo John—. Tiene el dedo sobre el botón del *walkie* y si no lo levanta será imposible la transmisión.

Por el pequeño altavoz oíamos a Bill y a Tom cuchichear, y de fondo escuché a Terry gritándoles algo que no llegue a entender.

—«Gracias a Dios» —dijo Bill—. «Abre, Ash está aquí, en el suelo».

Oí cómo se abría la puerta.

—¡Mierda! ¡No! —grité.

Escuché un forcejeo y Misty gritó.

—¡Cabrón, déjala en paz! —grité.

—«Vaya, vaya. Mira tú quién sigue con vida» —dijo Bill.

Se produjo un largo silencio y luego se oyó un carraspeo.

—«Aquí Bill llamando a Aaash» —dijo en un tono cantarín—. «¿Me recibes, capullo?».

—Te recibo alto y claro, hijo de puta.

—«Mejor, así podrás oír lo que tengo que decirte» —Bill volvió a carraspear—. «Las cosas están así; Estoy dentro de vuestro pequeño santuario, solo que ahora ya no es vuestro, sino mío. Vais a venir aquí y os vais a rendir sin oponer resistencia, y te recuerdo que tengo a esta preciosa chica con un cuchillo descansando en su hermoso cuello. Ya va siendo hora

de que alguien acabe con la anarquía de este condenado barco. Cinco minutos, Ash».

—Será mejor que vayas —dijo John—. Pero yo no iré contigo.

—¿Cómo dices?

—Ellos no me han visto, y si estás en lo cierto y Terry está de nuestra parte no les dirá nada. Tenemos que aprovecharnos de esta situación. Si te acompaño, solo seré un prisionero más, pero si no voy tendremos alguna posibilidad.

—Creo que tienes razón —dije—. ¿Qué pasa con Jack?

—No te preocupes, solo diles que no lo ha conseguido. Yo me ocuparé de él, te lo prometo. Ahora vamos, te despejaré el camino.

Terry seguía en la puerta cuando yo llegué.

—Ponte las esposas —dijo Terry—. Ahora.

Me equivoqué por completo. Aquel chaval seguía de parte de Bill.

Me puse las esposas y Terry me dejó pasar al pasillo.

—Sígueme la corriente —susurró Terry metiéndome la llave de las esposas en el bolsillo delantero del pantalón— ¡Vamos, idiota! ¡Camina! —vociferó con la intención de que Bill y Tom le oyesen.

Llegamos a la puerta del spa y ahí estaba Bill con Misty. No vi a Tom.

—Hola, Ash —dijo Bil—. ¿Dónde está tu amigo, el negro?

—Está muerto —dije—. Gracias a vosotros.

—¿Es eso cierto, Terry? —Preguntó Bil—. ¿Tú lo has visto?

Terry asintió.

—Muy bien, entonces ya estamos todos —dijo Bill con una gran sonrisa—. Ahora, Terry, quítale el *walkie*. Ya no le hará falta.

Subimos hasta el gimnasio y ahí estaba Tom, junto a Ernesto y los ancianos Francesca y Giovanni.

—¡Ash, colega! —Gritó Ernesto—. ¡Qué alegría verte! Pero... ¿Quiénes son estos capullos?

—Cuidado con lo que dices, tío —dijo Tom dándole una patada a la silla de ruedas.

—¿Qué te pasa, lisiado «golpeaenfermeras»? —Preguntó Bill—. ¿Es que ya no me recuerdas? Vaya, eso es porque no te golpeé lo suficientemente fuerte.

—¡Coño, eres tú! —dijo Ernesto sorprendido—. Eres el cabrón que me golpeó en la enfermería.

—Y tú el que golpeó a mi novia.

—Fue un acciden...

Bill lanzó un fuerte rechazazo directo a la mandíbula de Ernesto.

—¡Bueno, ya vale! —gritó Bill sacudiéndose la mano—. No quiero volver a oírte, lisiado.

Bill se sentó en una de las máquinas del gimnasio frente a todos nosotros.

—Para los nuevos, mi nombre es Bill y como pone en esta chapa soy el jefe de seguridad de este barco. Ellos son Terry y Tom, y también son encargados de mantener la paz en esta puta cloaca. Si obedecéis todas mis órdenes no os pasará nada, pero si me tocáis los huevos... Bueno, será mejor que no lo hagáis. Ahora quiero que os quedéis aquí sentaditos mientras Ash me enseña todo esto.

Fui con Bill al restaurante y le mostré cómo teníamos organizadas las cosas. Después, Bil ordenó que nos reuniéramos todos ahí.

—Muy bien, señoras y señores —dijo Bill una vez estuvimos todos sentados—. Veo que no quedan demasiados suministros, por lo que a partir de ahora yo me encargaré del racionamiento. Eso significa que nadie cogerá nada del restaurante a menos que yo lo diga, ¿queda claro?

Giovanni refunfuñó entre dientes y Francesca le dio unas palmaditas en la pierna para que se calmara.

—No le veo muy contento, abuelo —se mofó Bill—. Será mejor que se relaje, no vaya a ser que le suba la tensión.

—No tenéis derecho a hacernos esto —dijo Giovanni.

—¡Que no tenemos derecho, dices! —Bill se acercó al anciano y le puso el dedo índice a pocos centímetros de la cara—. Mi hermano ha muerto, abuelo, ¿y sabes por qué? Pues porque la gente que no es controlada se descontrola, ¿me entiendes?

Giovanni permaneció en silencio y Bill volteó una silla y se sentó a horcajadas frente al anciano. Bill continuó.

—Lo intentamos, abuelo, te lo aseguro. Pero, ¿quieres saber qué pasó? Yo te lo diré. De repente todo el mundo creyó saber lo que hacía. Todos eran líderes y todos mandaban y ordenaban. Al poco tiempo todos se descontrolaron y empezaron las peleas, los robos y saqueos. Y cuando nosotros, los buenos de la película, te lo puedo asegurar, tratamos de salvaros de vosotros mismos, nos atacasteis. Por eso mi hermano está muerto, y por eso tenemos todo el puto derecho del mundo a haceros esto y más. ¿¡Te queda claro, viejo de mierda!? ¡Contesta! ¿¡Te queda claro, cabrón toca

huevos!?

—Bill, tranquilízate —dijo Terry—. Este hombre no te ha hecho nada.

—Terry, cierra tu puta boca o tendré que cerrártela yo —contestó Bill en voz baja, pero ciego de ira.

Todos permanecemos en silencio durante unos segundos, hasta que Bill volvió a hablar.

—No tenéis ni puta idea de cómo están las cosas. Sois como niños pequeños que aún creen en cuentos de hadas. Pues lo siento mucho, pero en este cuento estamos solos.

—¿Qué quieres decir con que estamos solos? —pregunté.

—Pues que no esperéis a que venga nadie a rescatarnos. Eso es lo que quiero decir —Bill se levantó de la silla y se sentó en una de las mesas—. Tom, busca por una de esas neveras a ver si encuentras una cerveza. Tengo la garganta seca de tanto hablar.

Tom rebuscó por las neveras y finalmente encontró lo que buscaba. Tuvo suerte de encontrar una, porque Chuck y yo nos las bebimos casi todas el día que...

—La cosa está así —sentenció Bill abriendo su lata—. Sin rodeos, el mundo se ha ido a la mierda.

El restaurante estalló en un mar de cacofonías propias de un aula de instituto justo antes de que aparezca el profesor. Preguntas, quejas y maldiciones flotaban y rebotaban por las paredes.

—¡Callaos! —gritó Bill—. ¡Que os calléis!

—Bill, por favor, explícate —dije lo más calmado que pude—. Ten en cuenta que todos tenemos familiares y amigos, y hace mucho que no hablamos con ellos. Mi hijo...

—Eso es lo que intento hacer —masculló Bill—. Terry, cuéntales qué es lo que oíste por radio, por favor.

—De acuerdo, Bill —Terry se aclaró la garganta—. Veréis, hará unas tres semanas más o menos contacté con un pesquero. Hablé directamente con el capitán y le conté nuestra situación. Le dije que por algún motivo no podíamos comunicarnos con tierra y que necesitábamos ayuda urgente. Me dijo que las últimas veces que contactó con tierra firme pudo hablar con su hijo, un soldado del ejército de los Estados Unidos. Le contó que había sido enviado con carácter urgente a Nueva York. Al parecer hubo un despliegue de tropas importante debido a algún tipo de acontecimiento que provocó un gran número de bajas. No supo explicarme qué ocurrió exactamente, pero al

parecer se produjeron cientos de bajas debido al ataque incontrolado de civiles. Se sucedieron saqueos en masa y se desató el caos. La última vez que habló con su hijo le contó que la situación era incontrolable, y que se había extendido por gran parte del país.

—¿Creéis que está sucediendo lo mismo que en este barco? —preguntó Misty.

—No me cabe la menor duda —dijo Giovanni—. Antes de que mi mujer y yo nos embarcáramos en este crucero nos ocurrió algo que...

—Cariño, ¿qué vas a decir? —le interrumpió su mujer.

—No pasa nada —continuó el anciano—. A estas alturas ya nada importa.

Giovanni nos contó una historia que hubiera resultado ridícula hace unos meses, pero ahora nadie la cuestionó. Fueron atacados por un no muerto en la pizzería que regentaban en Nueva York.

—Al parecer esta mierda lleva mucho tiempo gestándose —dijo Bill.

—Eso es lo de menos —dije—. La cuestión es qué vamos a hacer. Casi no quedan alimentos, y en cualquier momento nos quedaremos sin agua y sin luz, y el único que sabía cómo manejar la sala de máquinas ha muerto porque vosotros le dejasteis morir —dije señalando a Bill y a Tom.

—Vaya, ya empiezas a hablar como los pasajeros hijos de puta que perdieron la cabeza —dijo Bill—. Lo siguiente que harás será tratar de matarnos, ¿verdad? Pues ten cuidado no te vaya a pasar lo mismo que le ocurrió al cabrón que mató a mi hermano —Bill miró con desprecio a Terry—. Bueno, se acabó la conversación por hoy. Tengo sueño, así que todos a dormir. Tom, Terry, quiero que los llevéis a todos al gimnasio y los esposéis a las máquinas.

—¡No dejaré que me esposéis! —Gritó Misty—. ¿Acaso creéis que somos perros?

—Mira, guapa —dijo Bill—, tienes dos opciones. Una es dormir esposada en el gimnasio, y la otra dormir sin las esposas, pero en la puta calle. Tú eliges, monada.

—Eres un hijo de puta —dijo Misty.

—Tal vez lo sea, preciosa. Pero no volveré a cometer el error de fiarme de nadie en este puto barco.

—¿Cómo vamos a esposarlos a todos, Bill? —preguntó Tom.

—Joder, Tom, pareces tonto del culo —contestó Bill—. Toma, coge las mías. Esposa a los dos viejitos juntos y pasa las esposas por alguna máquina

para que no puedan moverse, y haz lo mismo con la guapa y con el listillo de Ash. Al tullido basta que lo esposes directamente a la silla.



Mientras nos esposaban, le pedí a Terry que se asegurase de que ni Bill ni Tom se acercaran esa noche al gimnasio.

Cuando se fueron, tuve tiempo de pensar en muchas cosas. Si realmente lo que estaba ocurriendo en este barco se había extendido por gran parte del país, tal vez mi hijo estuviera... No, no quería pensar en ello. Al fin y al cabo Bangor se encuentra a más de setecientos kilómetros de Nueva York, y no creo que el gobierno hubiera dejado que esta mierda se extendiera tanto. Decidí que no debía torturarme con ese tipo de pensamientos que no me conducían a ningún sitio. Lo mejor sería centrarse en el aquí y ahora, y cuando llegase el momento, ya pensaría en el siguiente paso.

Pasada una hora desde que se fueron, nos liberé de las esposas con la llave que Terry metió en mi bolsillo cuando fingió mi captura.

—¿De dónde has sacado esa llave, colega? —preguntó Ernesto.

—Ya te lo contaré —dije—. Ahora voy a por ayuda. Hay un tipo que me salvó la vida y creo que sé dónde encontrarlo. Quiero que cerréis la puerta del spa y que montéis guardia hasta que vuelva.

—Ash, ven aquí —dijo Misty—. Prométeme que tendrás mucho cuidado, ¿vale?

—Claro, no te preocupes —dije antes de sellar mi promesa con un largo beso—. No tardaré.

Salí por la puerta del spa y fui directo a la capilla. John debía estar ahí sin lugar a dudas.

No tuve mucho problema en llegar. Las escaleras de servicio estaban despejadas y en los pasillos tan solo me topé con un par de criaturas que conseguí despistar sin demasiada dificultad. El problema vino después, al llegar a la puerta de la capilla. Unos quince o veinte no muertos se

arremolinaban alrededor del portón. Aunque con el tiempo se habían vuelto más lentos, no podía enfrentarme a todos ellos a la vez, y menos aún sin llevar conmigo la barra Z. Me acerqué a ellos todo lo que pude, hasta que uno reparó en mí. Un gruñido alertó a los demás de mi presencia e inmediatamente dejaron de aporrear el portón y empezaron a perseguirme. Era cierto que eran más lentos que antes, pero aun así seguían siendo una amenaza muy real.

—¡John! —grité—. ¡Soy Ash! ¡Estoy aquí fuera!

Empecé a acelerar el paso en dirección contraria a los muertos.

—¡Son quince o tal vez más, y vienen detrás de mí! ¡John!

Corrí pasillo abajo con la intención de darles esquinazo, pero poco antes de llegar a la puerta de acceso a las escaleras de servicio por donde había llegado, aparecieron otras seis criaturas por un pasillo perpendicular al que yo me encontraba. Casi me di de bruces con ellos. Frené en seco y me di la vuelta. Estaba rodeado.

El pasillo no era lo suficientemente ancho como para permitirme pasar corriendo entre ellos. Tendría que hacer un placaje a dos o tres no muertos al mismo tiempo, y eso me costaría unos cuantos mordiscos sin ninguna duda. Me arrimé todo lo que pude a la pared esperando que al acercarse a mí dejaran un espacio sin cubrir en el pasillo, pero estaban demasiado cerca y el pasillo no era lo bastante ancho como para que mi plan funcionase. No había nada que pudiera hacer, así que me agaché como lo haría un corredor justo antes de empezar la carrera y me preparé para embestir. Conté mentalmente; a la una, a las dos, y a las...

—¡Eeeeh! ¡Aquííííí! ¡Eeeeh!

Escuché unos gritos que provenían de detrás de los muertos. Detuvieron su avance y se dieron la vuelta atraídos por el griterío, pero los que tenía a mi espalda mantuvieron su trayectoria directa hacia mí y con mayor determinación.

—¡Morded esto!

Reconocí de inmediato esa voz, ¡era la de Jack! Justo después escuché crujir el cráneo de un no muerto. Ese sonido se había vuelto demasiado familiar.

—¿¡Estás bien, Ash!? —preguntó Jack.

—¡Por ahora sí! —Respondí tratando de verle a través de los muertos—. ¡Pero no por mucho tiempo!

Una especie de bastón largo se elevaba por los aires y aterrizaba con

furia sobre otra cabeza. No vi cómo reventaba, pero sí lo oí.

—¡Jack, cuidado! ¡Agáchate!

Esa voz era la de John. Esa especie de báculo volvió a elevarse, esta vez pude verlo mejor. Era uno de los candelabros que había visto junto al altar de la capilla. Otro más se elevó por los aires. Eran los dos candelabros en manos de Jack y de John. En un momento, la densidad de los no muertos se vio rápidamente mermada por la pericia con la que manejaban esas relucientes armas que, a modo de guadaña, segaban a los muertos como el granjero la hierba.

—¡Ash, te veo! —gritó Jack— ¡Pasa por aquí!

Con un devastador movimiento de candelabro, Jack aplastó dos cabezas a la vez contra la pared, dejando un hueco lo bastante grande como para que yo pudiera pasar. Sin pensármelo ni un segundo, traté de pasar, pero algo me lo impidió. Ya me había olvidado de los seis cabrones que me habían cortado el paso y que se estaban aproximando por la espalda.

Grité cuando uno de ellos me agarró la oreja y de un tirón echó mi cabeza hacia atrás. Mi cuello quedó expuesto como un menú degustación servido con esmero sobre la mesa de un restaurante, y sentí el cálido y fétido hedor que emanaba de la boca del putrefacto muerto que estaba a punto de dar un primer tiento.

Oí como el lóbulo de mi oreja se desgarraba justo antes de que me desplomara sobre el suelo.

Quedé tumbado boca arriba y con la mirada perdida apuntando al techo, cuando algo me agarró del tobillo y tiró fuerte. Noté como mi cuerpo se deslizaba con suavidad sobre la tupida moqueta del pasillo. Las luces pasaban rítmicas y borrosas sobre mí y sentí que estaba siendo transportado como en una camilla por los pasillos de un hospital camino al quirófano.

—Basta... dejadme en paz... —balbuceé—. Soltadme... hijos de...
Oscuridad.



Era la segunda vez que Jack me dejaba sin conocimiento.

—Ash, por favor, despierta —rogó una voz—. Que alguien le traiga agua.

Abrí los ojos y vi a mucha gente sobre mí. Eran las caras de Jack y de John, del padre Callahan y de la joven embarazada, Alice, junto a su novio Mike. Margaret con su hija estaban junto a mis pies, y la pareja de ancianos me miraba desde el altar.

—Vale, ya está —dijo el padre Callahan—. Parece que vuelve en sí. Echaos todos un poco hacia atrás.

—¿Qué ha pasado? —pregunté—. Me han mordido, ¿verdad?

—Tranquilo, amigo —dijo Jack—. Bebe un poco de agua, te sentará bien.

Bebí un gran sorbo de agua y volví a preguntar.

—Por favor, decidme si me han mordido.

Jack se acuclilló a mi lado y me puso la mano en el hombro.

—Lo siento mucho, amigo —se disculpó Jack—. No fue mi intención, pero es que estaba a punto de morderte y actué lo más rápido que pude.

—¿De qué estás hablando? —pregunté confundido.

—Golpeé al maldito zombi con el candelabro —continuó—, pero no lo detuve a tiempo y te golpeé en plena cara. De verdad que lo siento, pero creo que te he arrancado un trocito de oreja.

La cabeza me ardía y palpitaba como si fuera un corazón de ocho kilos. Me acerqué la mano a la cara sin saber muy bien dónde tenía la oreja, y sentí un latigazo de dolor cuando di con ella.

—Bueno, mejor haber perdido un trozo de oreja que no la cabeza entera —bromeé—. No te disculpes, Jack, en cualquier caso soy yo quien tiene que

darte las gracias.

Me incorporé y sentí cómo unas gotas de sangre se deslizaban por mi cuello.

—Gracias a ti también, John —pronuncié pasándome la mano por el cuello—. Si no hubiera sido por ti, Jack y yo estaríamos...

John hizo un ademán con la mano para que no siguiera hablando.

—Nada que otro en mi lugar no hubiera hecho —puntualizó John—. Además, ahora estamos en paz. Cuando llegamos a la capilla nos habían seguido unos cuantos muertos y no podíamos abrir por miedo a que entrasen en tropel y nos liquidasen a todos. Tú, al distraerlos, nos has permitido acabar con ellos sin tener que poner en peligro a nadie, así que en paz.

—¿Cómo están tus amigos? —quiso saber el padre Callahan—. John nos ha contado que tenéis problemas con unos tipos.

—Son los encargados de la seguridad del barco —respondí—. Un tal Bill se ha proclamado como el líder de todos y se ha hecho con todas nuestras provisiones. Incluso ha ordenado que nos dejen esposados a todos en el gimnasio. Por suerte, Terry, el más joven de los tres, está de nuestra parte y me dejó la llave de las esposas. Por eso quería pedirnos ayuda. No son más que dos, por lo que no será muy difícil reducirlos. En este momento deben estar dormidos, así que es un buen momento para actuar. Tan solo tienen unos cuchillos y una barra metálica. Nosotros solo con los candelabros ya les superamos.

—Pues no contéis conmigo —gruñó Mike—. Alice está preñada y aunque no me haga mucha ilusión —dijo mirando de reojo a John—, me quedo con ella.

Me senté en uno de los bancos todavía un tanto aturdido.

—No hay problema, Mike —dije masajeándome las sienes con la yema de los dedos—. No contaba con ello.

—Mike, no podemos quedarnos aquí —alegó John—. No es seguro para nadie, y menos para Alice. Además estamos sin provisiones. En la cubierta superior tengo mucha comida escondida y en el gimnasio seguro que hay colchonetas y toallas. Si Alice se pone de parto es mejor que estemos allí.

—John tiene razón —dije—. Mis amigos me están esperando. Os quedaréis todos a salvo en el gimnasio mientras Jack, John y yo vamos al restaurante a por ellos. Una vez tengamos todo bajo control iremos a por las provisiones que John tiene escondidas. Después, ya veremos.

Mike refunfuñó un poco, como era de esperar, pero finalmente nos

pusimos en marcha. John y yo fuimos delante con uno de los candelabros y el padre Callahan y Jack cerraban el grupo por detrás con el otro.

A medio camino, las luces del pasillo empezaron a parpadear. Fui hacia la parte posterior del grupo.

—Es el generador —dijo Jack en voz baja desde atrás—. Ya se está agotando el combustible.

—¿Y cuánto tiempo le queda? —pregunté.

—No lo sé con seguridad, pero no mucho. Ha saltado la reserva y nunca antes habíamos llegado a depender de ella, por lo que es difícil de saber.

—Sigamos —ordenó John—. Ya pensaremos qué hacer más adelante.

Al llegar al spa la cabeza de Misty asomaba por el cristal de la puerta. Sonrió y abrió la puerta.

—Vamos, pasad —indicé con un gesto rápido de mi mano—. A la escalera del fondo.

Cuando entramos en el gimnasio, Ernesto y los Gagliardotto se mostraron sorprendidos, pero contentos al mismo tiempo. Hacía tiempo que no veíamos a tantos vivos juntos, y supongo que eso nos dio esperanza.

Una vez todos se presentaron, los dos grupos empezaron a ponerse al día.

—Ash, ¿dónde están exactamente Bill y los suyos? —preguntó John.

—En el restaurante de proa —contesté—. Un par de pisos por debajo de nosotros.

—De acuerdo. Propongo que lo hagamos ahora —dijo John—. Cogeremos los dos candelabros y seguro que hay algo que nos resulte útil aquí en el gimnasio. ¿Crees que podemos llegar a ellos sin hacer ruido?

—Lo dudo —dije buscando algo a mi alrededor que pudiera servirme de arma—. Lo más seguro es que hayan bloqueado la puerta del restaurante. Nos oirán si tratamos de abrirla.

—Pero el restaurante de proa tiene más de una entrada —señaló Jack.

—Sí, es verdad —dije—. Las bloqueamos con sillas y mesas. No resultaría difícil apartarlas, pero el problema está en llegar a ellas. Conectan con el piso de abajo y la última vez que pasamos por allí estaba plagado de muertos. Esa es la razón por la cual no ha venido nadie a molestarnos, porque estamos rodeados. El acceso desde el spa es el más seguro.

—Pues esperaremos —ordenó John.

—¿Qué quieres decir con esperar? —preguntó Jack.

—En unas horas se despertarán y vendrán hacia aquí.

Esperan encontrarse a Ash y a los suyos esposados a las máquinas, por lo que saldrán del restaurante con relativa confianza. En ese momento aprovecharemos para reducirlos. Con el chico de nuestro lado, solo nos tendremos que preocupar por dos de ellos, y por lo que me habéis contado uno tiene la muñeca rota, ¿verdad?

Asentí.

—Pues no será problema.



Pasamos la noche frente a la puerta del restaurante. Dormimos un par de horas por turnos hasta que finalmente se despertaron.

—Eh, chicos —susurró Jack—. Se han despertado.

Nos asomamos por el ojo de buey y vimos cómo Bill cogía mi Z y les decía algo a Terry y a Tom. Asintieron y cogieron un cuchillo cada uno. Empezaron a andar hacia nosotros.

—Atentos, ya vienen —advirtió John—. Terry seguramente esté de nuestro lado, pero no nos podemos fiar al cien por cien, así que no le perdáis de vista hasta asegurarnos, ¿entendido?

—Entendido —contesté—, pero te aseguro que está de nuestra parte.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —preguntó Jack.

—Tú y Ash os quedáis en un lado de la puerta y yo en el otro, entonces, cuando hayan pasado, golpearemos a Bill y a Tom por la espalda. Y Ash, tú trata de cogerles las armas.

Hicimos caso a John, solo que las cosas no salieron tan bien como él las había planeado. Esperamos el momento justo para atacarles, pero Bill vio de reojo a John y antes de que pudiera iniciar el ataque, John recibió un fuerte golpe en el brazo con la Z, lo que hizo que cayera al suelo. Jack trató de golpear a Tom, pero este fue mucho más rápido y esquivó el golpe, lo que ocasionó que el cobre chocara contra el suelo provocando un desagradable ruido metálico. Terry y yo nos quedamos parados uno frente al otro, mirándonos desconcertados. Tom aprovechó ese instante para colocarse rápidamente detrás de mí, y con fuerza presionó su cuchillo contra mi cuello.

—No te muevas, capullo —ladró Tom—, o te rajaré el cuello y te haré una corbata con tu lengua.

Bill se acercó a John y le abofeteó con el dorso de la mano, partiéndole

el labio con los nudillos.

—Ahora sí que la habéis cagado, hijos de puta —amenazó Bill—. Ash, pedazo de mierda mentiroso, veo que el gigantón no murió al fin y al cabo. Además, has venido con un nuevo amigo, aunque no te ha servido de mucho, ¿no es verdad?

Bill se mesó el cabello con furia y lanzó una mirada de odio a Jack.

—Terry, haz el favor de quitarle... ¿pero, qué coño es eso? —preguntó Bill—. ¿Un candelabro? ¿Nos habéis atacado con unos putos candelabros? Ja, ja, ja, sois unos hijos de puta muy graciosos, chicos. Pero vamos a dejarnos de bromas por el momento. Terry, ya me has oído, quítale el... —volvió a reír— candelabro.

Bill continuó riendo con exagerado entusiasmo, hasta que algo le cortó de golpe la risa.

—¿Pero, qué? —preguntó Bill cuando Terry colocó su cuchillo alrededor de su cuello—. ¿Qué coño estás haciendo? ¡Eres un hijo de puta, traidor y rastrero!

—Cállate, Bill, por favor —sugirió Terry—. Ya es hora de acabar con todo esto. ¿Es que no te das cuenta que tu manera de hacer las cosas no ha hecho más que causarnos problemas a todos?

—Estás cometiendo un tremendo error, Terry —aseguró Bill—. Y te garantizo que al final lo vamos a pagar muy caro.

—Sabía que era una rata traidora, Bill —reprochó Tom—. Recuerda que te lo dije el día que defendió al asesino de tu hermano. Una sucia rata.

—Cállate, Tom —ordenó Terry—. Eso no fue lo que pasó, y los dos lo sabéis. Ahora suelta a Ash, por favor.

—Y una mierda —dijo Tom, apretando con más fuerza el cuchillo contra mi cuello—. O sueltas a Bill o le rebano el cuello a este cabrón.

La hoja afilada me cortó sutilmente la piel, y un fino hilo de sangre se deslizó por mi cuello.

—No lo hagas, Terry —dijo John desde el suelo—. Si lo sueltas estaremos jodidos.

Terry agarró del pelo a Bill y tiró con fuerza de él haciendo que su cabeza se echara hacia atrás y quedara apoyada sobre su hombro izquierdo. Colocó la punta del cuchillo bajo la barbilla de Bill y dejó que esta se clavara lo justo para dejar claro que no iba de farol. Bill echó la mano a la muñeca de Terry por puro instinto, pero al tirar de ella se sorprendió ante la fuerza de aquel chico, y comprendió de inmediato que en un enfrentamiento cuerpo a

cuerpo, él tenía todas las de perder.

—¡Ah, mierda, Terry! —gritó Bill—. ¡Me has clavado el cuchillo!

—Pues será mejor que le digas a Tom que tire el suyo —advirtió Terry—. Por favor.

Bill levantó las manos en señal de rendición.

—Vale, de acuerdo —dijo Bill—. Vosotros ganáis y nosotros perdemos, pero tened en cuenta que la vais a cagar. Al final todos las cagan —se echó a reír mientras le hacía señas con las manos a Tom—. Baja el cuchillo, Tom, o me van a afeitar más de la cuenta.

—Pero, Bill...

—¡Haz lo que te digo! ¡Ahora!

Tom retiró el cuchillo de mi cuello y yo se lo quité de las manos. John se levantó de un salto y le inmovilizó al instante, retorciéndole el brazo.

—¡Mi brazo! —gimió Tom—. ¡Tengo la muñeca rota!

—No oí que te quejaras cuando empuñabas el cuchillo —se mofó John.

—¡Vete a la mier...! ¡Ah! —John le volvió a retorcer el brazo antes de que pudiera acabar.

Le di el cuchillo a Jack y yo recuperé mi barra Z.

—Sería buena idea que nos reuniéramos todos en el restaurante —sugirió John—. ¿Qué tal si tú y Terry vais a buscar al grupo, y el grandullón y yo os esperamos con estos dos bien controlados?

—Por cierto, no os olvidéis las esposas —añadió John.



Llegamos todos al restaurante y John esposó a Bill y a Tom. Nos sentamos todos repartidos por las diferentes mesas, y durante unos segundos me olvidé de todo aquel infierno y casi esperé a que apareciera el camarero para tomarme nota. «Una jarra enorme de cerveza bien fría para empezar, y para comer tráigame un solomillo con patatas de guarnición», pensé. «Luego me tomaré unas fresas con nata, y para terminar un café y un cigarrillo que me fumaré aquí mismo», ¡qué demonios!

—Mami, tengo hambre —dijo Sissy como si me hubiera leído el pensamiento—. ¿Podemos comer, mami?

—No lo sé, cariño —respondió su madre—. Voy a preguntar, ¿vale?

—Voy a buscarte algo, preciosa —dije—. ¿Te apetece una bolsa de patatas fritas y una Coca Cola? Bueno, si tu madre está de acuerdo.

Margaret asintió y acarició la cabeza de su hija.

—Tenemos que empezar a organizarnos —dijo John—. Voy a ir a por las provisiones. Cuando vuelva haremos una cadena humana y meteremos todo lo más rápido posible. Que alguien se encargue de vigilar a estos dos —dijo señalando a Bill y al Tom—. Ash, ¿vienes conmigo?

Atravesamos toda la cubierta superior sin demasiada complicación. Un par de mazazos con la Z y unas cuantas patadas fueron más que suficientes para llegar sin percances hasta la falsa locomotora que John dejó aparcada al final de la cubierta. Aparentemente nada ni nadie se había acercado a ella, y los cuatro vagones seguían repletos de provisiones. John había hecho un trabajo fantástico reuniendo toda aquella comida, y más teniendo en cuenta que a estas alturas encontrar unos cacahuets rancios ya era todo un logro. Volvió a subir de nuevo a cabina de un salto y yo trepé hasta ella. Encendió la locomotora y nos pusimos en marcha.

—Tengo que preguntarte una cosa, John —dije—. ¿Puedo saber a qué te dedicabas antes de embarcarte en este maldito barco? —pregunté intrigado—. ¿Eras policía, marine, de las fuerzas especiales o tal vez espía? —bromeé.

—No, nada de eso —contestó animado—, pero casi. Verás, mi padre es un capullo, pero un capullo con unos contactos y unas cualidades que le han permitido llegar a ser senador de los Estados Unidos. Una de esas cualidades es percatarse de los talentos innatos de las personas que lo rodean y desarrollar dichos talentos para, finalmente, ponerlos a su servicio. En mi caso fui bendecido con unas aptitudes físicas envidiables, a la vez que de unas dotes de mando fuera de serie. Según decía él, claro. Por lo tanto, haciendo gala de su pragmatismo y de su posición como senador, orquestó mi ingreso en *West Point*. Desde los ocho años he practicado todo tipo de deportes, incluidas las artes marciales. Y siempre, claro está, por imposición de mi padre en su afán de desarrollar mis cualidades. «Todo talento desaprovechado es una falta a Dios», decía. Desde que tengo uso de razón, mi vida ha sido una preparación constante para ser un gran líder —pronunció levantando los puños hacia el cielo en un gesto cómico y teatral sobreactuado.

—Bueno, supongo que tu padre estará muy orgulloso de ti —aventuré a decir.

—¿Orgulloso? ¿Mi padre? —dijo con sorna— Mi padre nunca ha estado orgulloso de nada ni de nadie excepto de sí mismo, claro. «Te lo dije», era una de sus frases preferidas, o «esto te pasa por no haberme hecho caso». Pero la verdad es que todo eso son gilipolleces.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Lo que quiero decir es que nada de lo que me obligó a hacer me preparó para la vida real. Verás, poco tiempo después de salir de la academia conocí a Ellen. Mi padre me hizo sentir como si fuera la persona más preparada del mundo, capaz de enfrentarme a cualquier situación sin ningún miedo, y lo peor es que yo me lo creí.

John detuvo la locomotora y su mirada se perdió entre los despojos esparcidos por la cubierta.

—Él la odiaba —sentenció—. Mi padre, quiero decir. Odiaba que no viniera de buena familia. Odiaba que estudiara en una universidad pública. Odiaba que su piel no fuera lo suficientemente blanca, y sobre todo odiaba que yo la quisiera. Me enamoré de ella en cuanto la vi, y me dio igual que mi padre no estuviera de acuerdo. Me sentía fuerte a su lado, capaz de hacer

cualquier cosa, incluso de desafiar los designios de mi padre, pero... ¿sabes cuánto tiempo hace falta para que toda tu vida se vuelva del revés? —hizo una pausa, pero no dije nada—. Apenas unos segundos. Tanta instrucción, tanto liderazgo y desarrollo personal y la seguridad de tenerlo todo bajo control, y cuando ella me dijo que le habían diagnosticado leucemia no pude más que balbucear unas estúpidas palabras sin sentido. Y de pronto sentí algo que nunca antes había sentido: miedo. Un miedo desgarrador. En aquel momento me sentí completamente perdido, y mi padre... cómo le odio.

Todo aquello me pilló por sorpresa y no supe qué decir. Lo cierto es que bastaba con una simple respuesta del tipo «soy soldado», pero qué diablos. Estaba claro que lo ocurrido le estaba pasando factura. Como a todos, supongo, y aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para soltar todo aquello.

—Lo siento —me limité a decir.

—Maldita sea —dijo John golpeando con ambas manos el volante de la locomotora—. No, perdóname tú. No sé por qué te estoy contando todo esto.

—Tranquilo, John. Todos tenemos derecho a desahogarnos. Has mantenido con vida a muchas personas de este barco y entiendo que has pasado por mucho, y lo de Ellen... Bueno, eso es terrible. Así que no te culpes por detenerte un momento y soltar lo que llevas dentro.

—Gracias, Ash, pero de nada sirve lamentarse. Será mejor que sigamos.

Nos pusimos nuevamente en marcha y fuimos directos hacia la puerta de proa. Rodamos sobre el surco dejado el día anterior por las defensas metálicas de la locomotora que, apartando los despojos de los muertos, crearon una repugnante carretera macabra.

John frenó en seco frente a la puerta, dejando una frenada roja tras de sí.

—Voy a buscar a los demás —dijo John—. Montaremos una cadena humana desde los vagones hasta el restaurante, así que en pocos minutos habremos terminado. Si surge algún peligro arranca la locomotora y da una vuelta.

John bajó de un salto y desapareció tras la puerta metálica. Sentí cierta admiración por el chaval, pero también pena. Yo a su edad me pasaba el día viajando y tocando con mi banda por todo el país, y mis únicas preocupaciones eran llegar a la ciudad correcta a tiempo y, si se terciaba, echar un polvo de vez en cuando. Daba igual lo fácil o complicada que hubiera sido tu vida antes, pues ahora estábamos todos en el mismo barco, metafórica y literalmente hablando.

Vi cierto movimiento en la cuneta de nuestra singular carretera, pero nada que resultara amenazador. Pensé en los cientos de animales atropellados que había visto a lo largo de mi vida, y que siempre giraba la cabeza antes de llegar a ver la escena con más detalle, pues no lo soportaba. Ahora podía mirar aquellos trozos de carne retorciéndose sin que me ocasionara demasiada repulsión.



Las cosas se ven mucho mejor con el estómago lleno.

Tras haber llevado todas las provisiones de los vagones al restaurante, John sugirió que sería buena idea inventariar toda aquella comida y racionarla de tal forma que durase lo máximo posible. Consumiríamos primero aquellos alimentos con la fecha de caducidad más próxima. El problema era que muchos de aquellos alimentos ya estaban caducados, aunque la mayoría aún se podían comer. Por decisión unánime sentenciamos a ser ingeridos al momento todos aquellos alimentos susceptibles a una descomposición inminente. Tras aquella magnífica comilona, dormimos la mejor de las siestas.

Al despertar, John ya había clasificado y guardado toda la comida. Había ideado un sistema para racionar la comida basado en las necesidades de cada uno de nosotros, teniendo en cuenta el peso y la edad. Me dejó perplejo la capacidad y la voluntad de aquel chaval. Seguro que disfrutaba haciendo todo aquello, aunque muy probablemente no le resultaría tan fácil explicar a la pequeña Sissy por qué a ella solo le tocaba una porción de chocolate y a él cuatro. Estaba seguro que en ese caso no le servirían de nada todos sus argumentos sobre necesidades calóricas y demás porcentajes sobre tamaños y pesos.

Bien entrada la tarde, John, el padre Callahan, Jack y yo seguíamos tratando de idear un plan. Cuando ya casi no quedaba luz en el restaurante y los últimos rayos de sol apenas despuntaban por un horizonte rojizo justo en frente de nosotros, un grito nos sobresaltó a todos.

—¡Ya viene! —gritó una mujer que no llegué a identificar.

John y Jack cogieron los cuchillos, yo agarré la Z y nos preparamos para un ataque inminente. Al voltearnos sentimos un terror totalmente nuevo.

—¡Ya viene! —volvió a gritar Alice, sujetándose el bajo vientre.

—¡No jodas, nena! —gritó Mike más asustado que enfadado—. ¿¡Vas a parir ahora!?

Alice lo miró con un sentimiento de ira e incredulidad.

—Tranquila, cariño —dijo Margaret cogiéndola de la mano—. Todo saldrá bien.

Nos quedamos ahí de pie, plantados sin saber qué hacer. Fue la primera vez que vi a John desorientado y sin un plan B.

—Necesito unas toallas, un barreño con agua, unas tijeras e hilo o cuerda fina —dijo Margaret con urgencia, pero en un tono calmado—. También necesitaré unas colchonetas del gimnasio.

Todos nos pusimos manos a la obra. Yo llevé una cubitera llena de agua y unas tijeras de cocina tal vez demasiado grandes, pero no había mucho donde elegir. John fue corriendo al gimnasio y en apenas un minuto apareció con las colchonetas y un montón de toallas del spa.

Juntamos unas cuantas mesas y colocamos las colchonetas sobre ellas. Usamos varias toallas a modo de almohada, y con mucho cuidado tumbamos a Alice sobre las colchonetas.

—Creo que está todo —pronuncié casi aliviado y un poco orgulloso.

—¿Dónde está el hilo, chicos? —preguntó Misty.

—Mierda —dije—. ¿De dónde sacamos el hilo?

Nos quedamos unos segundos pensando, pero nadie dijo nada. En ese momento el gigantón de Jack se acercó a la camilla improvisada e hincó una rodilla en el suelo. Con sus enormes dedos se desató el nudo del cordón de su bota y lo sacó con suma tranquilidad.

—Aquí tienes —dijo tendiéndole el cordón a Margaret—. No es un hilo, pero creo que te servirá.

—Muy bien —dijo el padre Callahan dando unas palmaditas sobre la descomunal espalda de Jack—. Tienes el don de la ocurrencia, hijo mío —añadió con una sonrisa en los labios.

Cuando apenas quedaba luz en el restaurante y empezábamos a ser meras siluetas tropezando con las mesas, las luces parpadearon con un ritmo lento y, tan oportunas como Jack lo había sido con los cordones, se encendieron.

—¿Por qué se han encendido tan tarde las luces, Jack? —pregunté. Sabía que el sistema de luces estaba programado para encenderse a una hora determinada, pero siempre lo hacían antes de la puesta de sol.

—No lo sé —contestó—. Tal vez haya habido algún fallo en el programador debido a una bajada de tensión o algo por el estilo. Ten en cuenta que los generadores principales se pararon y que ahora las luces están funcionando con el modo de reserva. De todos modos, sin ver los controles de la sala de máquinas, es difícil saberlo con seguridad.

No añadió nada más, pero pude ver un atisbo de preocupación en sus ojos.

Margaret se acercó a Alice y le susurró algo al oído. Alice miró fugazmente a Mike, y volviendo la mirada a Margaret negó con la cabeza.

—Bueno, ahora lo que Alice necesita es tranquilidad —dijo la comadrona en funciones—. Que todos los hombres abandonen el paritorio, por favor.

—Y una mierda —sentenció Mike—. Yo me quedo.

—Por favor, haz caso a Margaret. Hazlo por mí —le pidió Alice.

A regañadientes, Mike hizo caso y se marchó al gimnasio, y todos los demás le acompañamos.

—Si oís cualquier ruido extraño me avisáis de inmediato —dijo John—. Yo estaré tras la puerta del restaurante, vigilando. ¿Entendido?

Margaret asintió sin hacer mucho caso, y con la mirada le indicó que saliera.

Apenas había pasado media hora cuando apareció Francesca con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Es una niña! —Anunció la anciana—. Mike, ven a conocer a tu hermosa hija. Los demás esperad un poquito más antes de ir, por favor.

Nos quedamos en el gimnasio otra media hora más. Fumamos unos cigarrillos y charlamos del nuevo acontecimiento como lo harían unos familiares que se reencuentran en la puerta de un hospital antes de pasar a ver al nuevo de la familia.

Era una niña preciosa de mejillas rechonchas y sonrojadas. Sus ojos, grandes y azules, no perdían detalle de todas las tonterías que hacíamos a su alrededor para llamar su atención. Era, sin lugar a dudas, lo más hermoso de aquel lugar.

Fue la calma que precedió a la tempestad.



Aquella noche no podía dormir. Me acerqué a Ernesto para hablar un rato con él y ver qué tal estaba.

—Hola, colega. ¿Por qué no estás descansando como todos los demás? —preguntó.

—La verdad es que no puedo dormir —dije—. ¿Cómo está tu tobillo, tío?

—Mejor que mi ánimo, sin duda. Pienso en todo lo que ha pasado y siento que llevamos toda una eternidad en este barco.

—¿Sabes qué es una eternidad, hijo? —preguntó el padre Callahan, pillándonos por sorpresa.

—¡Dios santo, padre! —dijo Ernesto—. Discúlpeme, pero es que me ha asustado.

—Ja, ja, ja, no te preocupes. Soy yo quien debería pedirte disculpas a vosotros. Estaba tratando de dormir, pero yo tampoco puedo.

—¿Qué es lo que ha dicho, padre? —pregunté.

—Ernesto ha comentado que se siente como si lleváramos una eternidad en este barco, y me he acordado del padre Martín.

El padre Callahan se sentó junto a nosotros y empezó a hablar en voz baja para no molestar al resto.

—Veréis, cuando era joven, y esto que os voy a contar es de antes de entrar en el seminario, el padre Martín, párroco de la iglesia de mi barrio, siempre trataba de llevarnos por el buen camino. En aquella época éramos unos verdaderos gamberros. Fumábamos, bebíamos, le robábamos al frutero, timábamos a las ancianas, vamos, de lo mejorcito del barrio —paró un segundo y se atusó el bigote—. Como iba diciendo, el padre Martín siempre nos sacaba las castañas del fuego. Era un buen hombre, y continuamente nos

defendía cuando nos metíamos en algún lío. Lo único que nos pedía a cambio era que le ayudáramos en el oficio de los domingos como monaguillos. Aun así, nos daba algo de dinero por ayudarle. El dinero lo sacaba del cepillo de la mañana, «la iglesia no necesita tanto dinero», nos decía.

Ernesto buscó por sus bolsillos, sacó una bolsita con unos cuantos cigarrillos de liar ya hechos y nos ofreció. Yo cogí uno sin pensarlo demasiado y el padre Callahan, después de quedarse mirando la bolsita un buen rato, se aventuró a coger uno.

—¡Qué diablos! —dijo—. A estas alturas del partido no creo que sea esto lo que me mate.

Los tres nos reímos en voz baja, aun así alguien soltó un «shhh», lo que hizo que nos entraran más ganas de reír.

—Disculpe las confianzas, padre —dijo Ernesto—, pero la historia que nos cuenta, ¿qué tiene que ver con la eternidad? ¿Es que es una historia muy larga?

Nos volvimos a reír de nuevo y esta vez el «shhh» sonó con mayor intensidad que antes.

—Tienes razón —continuó el padre Callahan—. Voy al grano. Ya sabéis que las personas mayores nos enrollamos más que una persiana a la hora de contar batallitas. Veréis, un domingo, tras el servicio, mis amigos y yo nos gastamos el dinero que nos había dado el padre Martín en cigarrillos, cervezas y unas cuantas revistas de esas que salen chicas ligeras de ropa. Por aquel entonces teníamos un amigo que trabajaba en un 7—*Eleven*, y a cambio de una propina nos vendía todo lo que quisiéramos.

Paró un segundo para dar una buena calada a su cigarrillo y continuó.

—Nos fuimos con nuestra recién adquirida mercancía detrás de la parroquia, donde había un callejón con unas escaleras, de esas de hierro que están clavadas en la pared, que daban a un tejado. Subimos y Peter sacó del bolsillo su ya gastada baraja de cartas de chicas en topless y empezamos nuestra particular timba de póker de los domingos. Era el mejor momento de la semana. Amigos, cervezas, cigarrillos, algunos desnudos en revistas para adultos y juventud, no necesitábamos nada más. Estuvimos más de una hora jugando, y en mitad de una mano sumamente emocionante, Peter apuró de un trago su cerveza y en lugar de tirarla al suelo como siempre hacía, esta vez la lanzó por los aires por encima de su cabeza. La lata cayó más allá del tejado e impactó en la cara de una mujer que paseaba por la acera empujando un carrito de bebé. Aunque la lata estaba vacía, el impacto desde esa altura

provocó que la mujer tropezara y perdiera el equilibrio, cayendo ella y el cochecito en mitad de la calzada. Oímos un fuerte frenazo y un golpe, y a continuación unos gritos. Al asomarnos para ver qué había pasado, alguien empezó a gritar, «¡ahí, en el tejado. Han sido esos chicos!». Había una mujer tirada en el suelo, inmóvil, y un cochecito de bebé volcado en el suelo.

El padre Callahan se quedó unos segundos mirando al suelo y sin decir nada. No sabría decir cuándo, pero durante el transcurso de la historia Misty se acercó y se sentó a mi lado.

—¿Te estás fumando mi cigarrillo? —pregunté fingiendo estar molesto.

—Toma tonto, solo le he dado una calada.

Misty me besó en la mejilla y puso una mano sobre la rodilla de Ernesto.

—Por favor, continúe —dijo ella.

—Ah... sí, claro —pronunció sacudiendo la cabeza como si estuviera aturdido—. Como iba diciendo, mi amigo Peter, sin ninguna mala intención, lanzó la lata de cerveza y provocó aquel gravísimo accidente. Nuestro primer impulso fue salir corriendo, pero afortunadamente no lo hicimos. Eso nos hubiera costado caro, pues se había formado una muchedumbre justo abajo en el callejón y seguro que nos hubieran dado una buena paliza si hubiéramos tratado de escapar. Al poco rato llegaron una ambulancia y la policía, que no tardó en subir a buscarnos. Sin hacer preguntas nos llevaron a los cuatro a comisaría. Desde luego, eso no fue lo peor. Sabíamos que nuestros padres nos darían una buena paliza al llegar a casa, sobre todo a Peter. Tuvimos suerte de que el padre Martín hablara tan bien de nosotros durante el juicio, y desde luego nos favoreció que ni la mujer ni el bebé murieran en aquel accidente. Aun así, el juez se mostró duro con los cuatro. Brad, Jason y yo fuimos acusados de tentativa de hurto. Resultó ridículo, pero el juez no dejaría que ninguno de nosotros nos fuéramos de rositas, así que se sacaron de la manga el motivo por el que estábamos allí: robar palomas del palomar. Por eso nos cayeron unas cuantas horas de servicios sociales bajo la supervisión del padre Martín. Por desgracia, Peter no tuvo tanta suerte como nosotros. Puesto que había sido el que provocó el accidente, lo condenaron a doce meses en el reformatorio estatal. «Usted ha provocado un accidente gravísimo por el cual mi moral —pese a las buenas palabras del padre Martín— me obliga a ser severo en mi sentencia, tal y como severos han sido los hechos», dijo el juez. Antes de que se lo llevaran nos permitieron estar un rato con él. Peter no dejó de llorar. Dijo que un año en el reformatorio era toda una eternidad, y que no podría soportarlo.

—¿Y por ese comentario viene toda esta historia? —Preguntó Ernesto incrédulo y algo desilusionado— Con todo el respeto, padre, pero... ¿y la moraleja?

—Ja, ja, ja —rio el padre Callahan—. Déjame acabar, hijo. Tal vez se me ha ido un poco de las manos toda esta historia, pero ten en cuenta que lo importante de una buena historia es siempre el final. Pero antes de seguir, pásame otro de esos cigarrillos, anda, hijo.

Ernesto le pasó la bolsita y luego el padre nos ofreció a nosotros. Misty lo rechazó y yo casi protesté al respecto. Sabía que luego se fumaría el mío, pero no dije nada y solo la besé en la frente.

—«Doce meses en el reformatorio es toda una eternidad», dijo Peter —continuó explicando el padre Callahan—. En ese momento el padre Martín se sentó frente a nosotros cuatro y nos preguntó si realmente sabíamos qué era la eternidad, a lo que todos contestamos que era mucho tiempo. Entonces él se puso a reír. «Hijos míos, para que os hagáis una idea real de lo que es la eternidad, os voy a poner en situación» dijo el padre Martín. «Quiero que penséis en un insecto muy pequeño, por ejemplo una hormiga. Y ahora quiero que os imaginéis a esa hormiga dando vueltas y vueltas y más vueltas alrededor del mundo hasta que finalmente consigue partirlo en dos. ¿Sabéis cuánto tiempo tardaría en partir la tierra por la mitad?». Una eternidad, contestamos los cuatro. «Ahora, mi pequeño Peter, ¿sigues pensando que doce meses es una eternidad, o te consideras más afortunado que nuestra pobre hormiga?». Peter no contestó, tan solo le abrazó.

Ernesto tenía el cigarrillo en la boca casi consumido por completo, y con las cenizas a punto del colapso. Por un instante pensé que iba a soltar un taco o algo peor.

—Ahora te pregunto a ti, Ernesto —pronunció el padre Callahan—. ¿Crees que llevamos una eternidad en este barco?

—Con sinceridad, padre —respondió Ernesto—, no sé si llevaremos mucho tiempo en este barco, pero sin duda ha conseguido que por un momento me olvide por completo de todo lo que pasa en él —continuó con un gran bostezo—. Y gracias a usted ahora tengo muchísimo sueño, no se lo tome a mal, por favor.

—Ja, ja, ja, no te preocupes hijo. No me lo tomo a mal.

Misty, el padre Callahan y yo nos levantamos y nos fuimos a descansar.

—Padre, una pregunta antes de irnos a dormir —dijo Misty—. ¿Qué tal le fue a Peter?

—Murió en el reformatorio.



Los llantos del bebé me despertaron en mitad de la noche. Las luces del gimnasio se apagaban automáticamente a las once de la noche, por lo que apenas sí veía las sombras de los demás con la tenue iluminación que me proporcionaba la luz de emergencia situada sobre la puerta. Todos seguían durmiendo esparcidos por el suelo del gimnasio. Verlos ahí tirados me producía una sensación extraña, un perturbador *déjà vu* que invadía mi mente con imágenes horribles, como si de un suicidio en masa a lo *Jonestown* estuviera ocurriendo en aquel preciso instante frente a mí, con un único superviviente: el bebé.

El hecho de que nadie más se hubiera despertado fue lo que me puso los pelos de la nuca de punta, y un leve aliento de muerte recorrió mi espalda.

—¡Eh! —grité—. ¿Es que nadie más oye al bebé? No hubo respuesta. Nadie se movió. Nadie contestó.

Me acerqué a Misty, que seguía durmiendo, y la zarandeeé, suave al principio y un poco más fuerte a continuación, pero no se despertó. Vi la silueta de Ernesto que estaba sentado en la silla de ruedas y fui corriendo hacia él.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunté, pero Ernesto no contestó.

Sus ojos estaban abiertos, pero su mirada estaba perdida en algún punto del suelo. Al tocarle el hombro, Ernesto se desplomó de su silla, y al caer su cabeza rodó a más de dos metros de él. Me aparté hacia atrás de un salto y grité. Al retroceder, tropecé y caí de culo sobre algo blando, caliente y húmedo. Fue como aterrizar sobre la bañera de un bebé llena de espaguetis con albóndigas. Cuando miré mis manos y vi que estaban enfundadas en un par de guantes rojos bajé la vista y grité como nunca antes había gritado. Estaba sentado sobre la barriga de Jack. Más bien dentro de la barriga de

Jack. Un enorme cráter, un retrete dantesco, en eso se había convertido Jack. Y yo sentado ahí, como el relleno de un bollo.

Me puse en pie y corrí hacia la puerta del gimnasio. Estaba cerrada.

—¿¡Pero qué está pasando!?! —grité.

Esa puerta nunca había tenido cerrojo. No podía cerrarse con llave. ¿Por qué diablos no se abría?

El bebé volvió a llorar de nuevo, pero esta vez en lugar de un llanto parecía un gemido. Me volví y vi la silueta de una niña, era la pequeña Sissy. Estaba arrodillada junto a Alice y me pareció ver como cogía al bebé.

—Dice que tiene hambre —dijo Sissy acercando el oído a la niña—. ¿Cómo? ¿Qué dices? No, no puedo darte eso, pequeña.

El bebé gimió con más fuerza.

—¿Qué ocurre, Sissy? —pregunté—. ¿Por qué está llorando así?

—Ya te lo he dicho, tiene hambre.

—¿Y por qué no despiertas a su madre? Tal vez ella pueda darle leche.

—¿Leche? —Preguntó la pequeña Sissy en un tono extraño—. Ella no quiere leche...

El bebé rodeó con sus bracitos el cuello de la pequeña Sissy y de un mordisco le arrancó un pedazo importante de carne. Un chorro de sangre salió a presión, salpicándome los ojos. Me di la vuelta y salí corriendo de nuevo hacia la puerta, dejando atrás los gritos de la pequeña Sissy.

La puerta seguía sin poder abrirse. Poco a poco los gritos de la niña se fueron apagando, hasta que de repente empezó a sonar una risita nerviosa. De pronto, cesó.

—¿No tendrás un pitillo, verdad, colega?

Me quedé totalmente paralizado, incapaz de reaccionar.

—¡Eh, colega! Venga, contesta. No me hagas perder la cabeza.

Una docena de risotadas llenaron el gimnasio reverberando por todas las paredes de cristal como el coro de un sanatorio mental.

—Le estás haciendo esperar una eternidad, hijo mío ¿Sabes lo que es la eternidad? ¿Verdad que sí?

Me di la vuelta muy despacio y ahí estaban todos. Habían despertado. Todos lo habían hecho.

—Ya me has cabreado, colega —dijo la cabeza de Ernesto, que ahora descansaba sobre las manos de Jack—. Vamos grandullón, a por él.

Jack guardó la cabeza de Ernesto en el gran agujero que había en su abdomen y corrió hacia mí. Me agarró el cuello con su enorme mano y me

levantó un palmo del suelo, tal y como hizo el día en que nos conocimos. La cabeza de Ernesto descansaba en el centro de la panza de Jack, lanzando bocados al aire muy cerca de mi polla, y por un momento me preocupe más por la integridad de mi miembro que de mi cuello. Se me empezó a nublar la vista y docenas de destellos se arremolinaron frente a mí. «De esta no salgo», pensé.

«Ash, será mejor que despiertes colega».

Era la voz de Ernesto saliendo del *walkie*, que volvía a llevar en el cinturón. Intenté abrir los ojos, pero no pude.

«Ash, despierta, ¡despierta!».

Lo intenté de nuevo y por fin un ojo me obedeció.

«Bien, parece que despi...».

El *walkie* dejó de emitir.



Jack estaba sobre mí, y Ernesto tenía la boca abierta en una mueca de asombro.

—¿¡Estás bien, colega!? —Preguntó Ernesto, muy alterado, pero con la cabeza sobre los hombros— ¡No podíamos despertarte!

Miré la barriga de Jack.

—Tenemos un grave problema, colega —dijo Ernesto con voz temblorosa.

—¿Qué pasa? —pregunté con los ojos aún medio cerrados.

—Ya están aquí. Quiero decir en el restaurante. ¡Han conseguido entrar en el restaurante!

Tardé unos segundos en recuperar del todo el sentido de la realidad, y enseguida descubrí que había despertado de la más terrorífica de mis pesadillas para ir a parar a otra.



Corrí hasta la puerta del gimnasio iluminada tenuemente por la luz de emergencia. Antes de tratar de abrirla, me volteé con lentitud, solo para calmar las reminiscencias de aquel momento. El bebé estaba llorando, pero todos estaban despiertos y apiñados en un rincón del gimnasio.

—Será mejor que os quedéis todos juntos aquí —dije antes de abrir la puerta—. Vamos, Jack.

Bajamos corriendo las escaleras que daban al spa. Al llegar al pasillo me percaté de que tan solo las luces de emergencia estaban funcionando. Al final del pasillo vi a John y Bill forcejeando junto a la puerta del restaurante. Corrí hacia ellos y al llegar me dispuse a golpear a Bill con la Z. No lo vi venir. Terry salió de la nada y me detuvo.

—¿¡Qué coño estás haciendo!?! —grité.

—¡No, Ash, no es lo que piensas! —dijo Terry sin soltarme los brazos—. ¡John, díselo!

—¡Traed el candelabro! —gritó John—. ¡Ya!

No entendía nada, pero una vez estuve más cerca vi que no estaban forcejeando entre ellos, sino que ambos trataban de contener a los muertos para que no abrieran las puertas del restaurante. Terry corrió y trató de pasar el candelabro entre los tiradores de las puertas abatibles. Las fuerzas que hacían Bill y John no era suficiente para contrarrestar el empuje de los no muertos, por lo que los tiradores no estaban alineados y Terry no pudo encajar el candelabro a través de ellos. Las puertas se abrieron un poco más y uno de aquellos engendros pasó un brazo entre las dos puertas. Jack corrió para ayudarles a sujetar la puerta, pero antes de que pudiera llegar, aquel brazo furtivo alcanzó la cabeza de John y unos dedos con uñas como dientes arrancaron de cuajo su oreja.

Sangre a presión roció la cara de Bill, y tras un grito de dolor, John cayó al suelo llevándose ambas manos al lado de la cabeza donde antes tenía una oreja. En ese momento Jack embistió con todo su peso contra las puertas, cerrándolas completamente. Se escuchó el crujido del hueso al romperse y el brazo de aquella mujer quedó colgando todavía más inerte.

—¡Ahora, Terry! ¡El candelabro! —ordenó Bill.

Esta vez sí lo consiguió.

Los muertos golpeaban las puertas, y a través del ojo de buey veíamos sus caras estrellándose contra los gruesos cristales tintados de sangre.

—¿¡Qué coño ha pasado!?! —pregunté, amenazando con la Z a Bill.

—¡Eh, tranquilo, tío! —dijo Bill con las manos en alto—. Yo no he tenido nada que ver con esto. Jack puso en pie a John, que ya no gritaba, pero que emitía un gruñido de pura rabia. Miré a Terry tratando de obtener alguna respuesta.

—Es cierto —dijo Terry—. Esta vez Bill no ha tenido nada que ver.

—¿Qué es lo que ha pasado? —volví a preguntar algo más calmado.

—La luz —dijo Terry—. Se ha ido la luz. Estábamos John y yo haciendo guardia cuando las luces empezaron a parpadear. Primero se pararon las neveras, y al momento todas las luces. Entonces oímos un golpe en el piso de abajo y en cuestión de segundos el restaurante se llenó de muertos.

—¿Ves, cabrón? —Recriminó Bill enfurecido—. No he tenido nada que ver. Pero vosotros, hijos de puta, habéis matado a Tom.

Miré a Terry.

—No pudimos hacer nada —explicó—. Pasó todo muy deprisa. Bill y Tom estaban esposados entre ellos a un radiador cerca de la puerta y no pudimos liberarlos a tiempo.

—Sí, eso es cabrones —continuó Bill—. Cuando empezaron a zamparse a Tom yo estaba esposado a él. Tuve que partirle la muñeca y cortarle la mano mientras aún estaba vivo y siendo devorado. Pobre cabrón desgraciado. Al menos, Terry, tuviste la decencia de pasarme un cuchillo. Pero no creas que por eso dejas de ser un hijo de puta traidor. Te faltaron pelotas para cortarle tú mismo la mano, puto maricón. Te lo dije. Te dije que esto iba a pasar. Idiotas.

Me fijé entonces en su muñeca. Llevaba colgando unas esposas. En el extremo vacío podían verse aún jirones de piel y sangre.

—Eso es mentira, maldito embustero —dijo Terry—. Vi cómo le cortaste la mano antes de que los muertos se os acercasen. Te pasé el

cuchillo, es cierto, pero para que te pudieras defender. No dudaste un segundo en cortarle la mano a Tom, sucia rata cobarde.

El número de muertos seguía aumentando por momentos e iban agolpándose tras las puertas, ejerciendo más y más fuerza a cada embestida.

—Estas puertas no aguantarán mucho más —se lamentó John, que no dejaba de sangrar—. Debemos salir de aquí lo más rápido posible.

Jack agarró a John por debajo del brazo y empezamos a andar. A mitad de camino, entre el restaurante y el spa, un fuerte golpe sonó detrás de nosotros. Las puertas se habían colapsado.

Oímos cómo los pasos de los muertos se aceleraban, y sus tenues sombras se proyectaban en las paredes del pasillo. Poco a poco iban ganando terreno, y ya casi los teníamos encima.

—¡Ya están aquí! —gritó Bill—. ¡Apartaos!

Bill se abrió paso entre Jack y John y, asestándole un golpe en la rodilla, derribó a Terry que cayó al suelo.

—¡Bill, espera! —gritó Terry sujetándose la pierna—. ¡Hijo de puta!

—Lo siento, tío —dijo Bill—. O mueres tú o muero yo.

Bill siguió corriendo y salió por la puerta lateral que daba a la cubierta superior. Teníamos a los muertos encima y Terry seguía tirado en suelo. Me giré y asesté unos cuantos golpes, pero era imposible contenerlos.

—¡Jack, coge a Terry! —grité.

Ya estaba cargando prácticamente con John, por lo que ayudar a levantarse a Terry le resultaba algo complicado.

—¡Vamos! —dijo Jack—. ¡Dame la mano amigo!

—¡No puedo levantarme! —gritó Terry.

John apenas podía sostenerse en pie, por lo que Jack lo cogió en volandas y se lo cargó al hombro como si fuera un saco de patatas. Luego se agachó y se llevó del mismo modo a Terry, que cargó en el otro hombro.

—¡Corre, Ash!

Con los muertos pisándonos los talones, entramos en el spa y empujé el mostrador contra la puerta a modo de barricada. Eso apenas nos daría unos segundos. Subimos las escaleras que daban al gimnasio y al entrar cerramos la puerta.

—¡Rápido, hay que bloquearla! —ordené.

Pusimos una máquina de *press banca* frente a la puerta y montamos una barra con más de doscientos kilos sobre ella, además de rellenar cualquier hueco con discos y pesas rusas. Estaba claro que por ahí no iba a pasar nada

ni nadie. Pero ese no era nuestro verdadero problema.

—¡Dios santo! —gritó Margaret— ¡Está atrapado!

Margaret estaba con la frente clavada en la pared de cristal y con la mirada puesta en la cubierta superior. Corrimos todos hacia donde ella se encontraba.

Un cielo despejado y una luna casi llena nos permitió ver con suficiente claridad lo que estaba ocurriendo en la cubierta superior. En la zona del *Garden Show*.

Algo había cambiado. Ahí seguía la falsa locomotora, y más atrás el helicóptero accidentado, pero el gran número de muertos era algo completamente inusual. Los había a cientos. Deambulaban sin un aparente rumbo fijo, a excepción de los que se arremolinaban alrededor del helicóptero. Bill cometió un terrible error al escoger la puerta equivocada. Aun así, no sé cómo consiguió llegar tan lejos, pero ahí estaba. Encaramado sobre los restos del helicóptero iba esquivando las manos que trataban de atraparlo.

—Tenemos que ayudarle —dijo Alice sin dejar de mecer a su bebé—. No aguantará mucho más.

—Ni hablar —sentenció John, justo antes de desplomarse.

Había perdido mucha sangre y su rostro, incluso en aquella oscuridad, se veía blanquecino.

—¡Le han cogido! —gritó Margaret.

Bill estaba tumbado sobre el lateral del helicóptero, tratando de sujetarse al portón del aparato. Un muerto mucho más alto que los demás, consiguió agarrarle del pie y tiró de él con demasiada fuerza. Cuando tuvo su pantorrilla lo suficientemente cerca, le clavo los dientes arrancándole un buen pedazo de carne y pantalón. El dolor hizo que se soltara y el muerto le arrastró hasta el suelo. El festín duró lo que dura un cubito de hielo en una sartén caliente.

—¿¡De dónde coño han salido tantos!?! —pregunté.

Un fuerte golpe nos sorprendió a todos. Eran los muertos que ya habían llegado hasta la puerta del gimnasio. La puerta estaba completamente bloqueada, pero tampoco iba a resistir para siempre. Ni tampoco nosotros duraríamos mucho ahí sin agua, sin comida, sin nada. Aquello era una ratonera y estábamos atrapados.

—La electricidad —dijo Jack.

—¿Qué? —pregunté.

—Ha sido por la electricidad —continuó—. Bueno, más bien por la falta

de ella. Los generadores se han quedado sin diesel y no tenemos suministro eléctrico.

—¿Y qué quieres decir con eso? —pregunté de nuevo.

—Has preguntado que de dónde han salido tantos. Pues ha sido por la falta de suministro eléctrico. Muchas de las puertas de este barco, sobre todo las de emergencia, se mantienen cerradas con un sistema de imanes, por electromagnetismo. Eso hace que el barco esté dividido en infinidad de pequeñas secciones, que está claro que esos muertos eran incapaces de abrir. Al no haber suministro eléctrico esos imanes dejan de funcionar, por eso cientos de puertas se han abierto en todo el barco. De ahí que de repente hayan aparecido en masa.

—¿Y ahora qué cojones vamos a hacer? —Preguntó Mike—. Estamos atrapados, ¿no? Y por lo visto el capitán América no parece que se vaya a despertar para solucionarnos la papeleta. Y para colmo, ahora tenemos dos lisiados en lugar de uno.

Ese gilipollas tenía razón. Tener a John inconsciente no era lo mejor que podía pasarnos en aquel momento, y con Terry que apenas podía mantenerse en pie, nuestras opciones se iban reduciendo. De todos modos, no había ningún lugar del barco que fuese seguro, y frente a eso nada podía hacerse.

—Mami, hay una luz —dijo Sissy señalando con el dedo índice hacia la proa del barco.

—¿Qué dices, cielo? —preguntó su madre.

—Una luz, ahí.

Jack, que se encontraba cerca del ventanal de proa, se acercó y pegó su frente en el cristal dejando una marca.

—No veo nada, pequeña —dijo—. ¿Estás segura?

La pequeña Sissy protestó ante la desconfianza de Jack y frunció los labios en señal de enfado.

Otro golpe, pero esta vez mucho más fuerte que el anterior, hizo que la puerta se quejara. Los discos que estaban montados en la barra temblaron y supimos en aquel mismo instante que la puerta no aguantaría demasiado más. No quería imaginar el número de no muertos que habría tras ella.

—¡Hay que salir de aquí! ¡Ya! —grité.

Levanté la Z y golpeé el ventanal de proa con todas mis fuerzas. El primer golpe solo agrietó un poco aquel cristal reforzado, y al cuarto ya me fallaron las fuerzas.

—Déjame probar —dijo Jack.

Dos golpes del grandullón bastaron para que el ventanal se hiciera añicos.

El gimnasio estaba sobre el restaurante, y aquella ventana daba al tejado de cristal del comedor panorámico. Salí por el gran agujero de la ventana y comprobé que aquel techo de cristal aguantara. El grueso cristal estaba dividido en grandes placas de unos dos metros cuadrados. Parecían tan resistentes como el ventanal que Jack acababa de romper, así que no habría problema en caminar sobre él.

Otra embestida brutal de aquellos engendros rajó la puerta de arriba a abajo.

—¡Vamos! —grité—. ¡No tenemos tiempo!

Ayudé a Misty a pasar al tejado del comedor y luego le pasé a la pequeña Sissy, que empezó a llorar al ver que bajo sus pies una veintena de aquellos muertos que habían invadido el restaurante se agolpaban alzando sus brazos hacia el cielo justo bajo nuestros pies.

—Tranquila, pequeña —dijo Misty.

Ayudé a su madre y la pequeña se abrazó a ella con desesperación. Tras pasar a Francesca y a Giovanni me preocupó un poco el peso de todos sobre aquel cristal, y les pedí que se dispersaran lo máximo posible unos de otros y que se pusieran como mucho tres personas por cada pieza de cristal.

Ya habían pasado todos menos Ernesto, Jack, John, que seguía inconsciente, y yo.

La siguiente embestida rompió la puerta y un gran número de brazos y cabezas se asomaron por ella. El tumulto hizo que se creara un tapón de miembros, aun así, uno consiguió colarse.

—¡Sácalos, Jack! —grité.

Jack sacó a John, que seguía inconsciente y se lo pasó con cuidado a Terry, que apenas pudo sujetarlo pues estaba a la pata coja y con los brazos extendidos. Cuando el no muerto se me abalanzó, apenas pude rozarle con la Z, y chocó contra mí con tal fuerza que acabó derribándome. Jack estaba junto al ventanal reventado con Ernesto en brazos, a punto de bajarlo, cuando la Z, que salió despedida hacia atrás debido a la embestida del no muerto, le golpeó el tobillo. Tanto él como Ernesto cayeron a plomo sobre el tejado de cristal del restaurante. La Z cayó tras ellos y casi aterrizó sobre la cabeza a Jack. El muerto se puso en pie y volvió al ataque, pero no vino a por mí, sino que fue directo al ventanal. Cuando vi sus intenciones salté a por él y conseguí derribarlo. Le golpeé varias veces con el codo, y pese a que la

chupa me brindaba cierta protección en aquella zona, no quitaba que a cada impacto sintiera una punzada de dolor.

Otra embestida.

La puerta del gimnasio saltó en pedazos y los muertos entraron como una estampida de diablos. No había forma de detenerlos y tampoco forma de escapar. Los tenía prácticamente encima.

—¡Corre, Ash! —gritó Jack—. ¡Corre y salta!

Miré hacia el ventanal y vi la Z elevarse por encima de la cabeza del gigantón, y entendí de inmediato lo que estaba haciendo.

Me puse en pie y corrí hacia el ventanal. La Z volvía a elevarse. Al llegar al borde salté con todas mis fuerzas. Bajo mis pies, la Z golpeaba de nuevo la placa de grueso cristal haciéndolo añicos al fin.

No calculé bien el impulso y apenas pude saltar los dos metros de tejado que Jack acababa de desintegrar. Mi torso impactó contra el tejado, pero mis piernas quedaron colgando. Sentía como me rozaban las piernas al caer los muertos tras de mí. Fui incapaz de subir yo solo al tejado. El golpe en el pecho me había dejado sin respiración y a punto estuve de caer al restaurante. Terry me sujetó por los brazos y no sin esfuerzo consiguió subirme.

Una vez a salvo me di la vuelta y miré el ventanal que daba al gimnasio. Los muertos salían en tropel, cayendo uno detrás de otro por el agujero que Jack acababa de hacer en el tejado. Eran como una manada de Lemmings cayendo sin ninguna posibilidad de salvarse. Una stampa macabra. Los muertos caían del gimnasio al restaurante, y del restaurante regresaban al gimnasio y volvían a caer. Y ahí estábamos nosotros, una panda de turistas curiosos rodeando la primera fuente de no muertos de toda la historia.

Una vez pasado el estupor de aquella escena, Misty nos devolvió a la realidad.

—¿Y ahora, qué? —dijo.

—Y ahora vamos tejado abajo —dijo Terry—. Al final de este tejado hay una pequeña caída de no más de dos metros que va a parar a una pequeña cubierta que se encuentra justo encima del puente de mando. Es una cubierta privada a la cual uno solo puede acceder a través de una puerta con cierre manual de escotilla. Siempre permanece cerrada, por lo que dudo mucho que haya algún peligro.

No era una mala idea. Ni buena tampoco. Solo era una opción. De hecho, la única opción que teníamos en aquel momento.

Terry, con la ayuda de Jack, bajó el primero y luego, tras comprobar que

la puerta estaba bien cerrada y que no había ningún peligro aparente, bajó Mike. Con dos hombres abajo y Jack y yo arriba, fuimos bajando a todos sin demasiada dificultad. Finalmente descendimos Jack y yo no, sin antes echar una último vistazo a *la fontana di morte*.

La cubierta privada del puente de mando no era demasiado grande. Un lugar para que el capitán y los oficiales se relajasen y, tal vez, se fumasen unos cigarrillos. Tenía unas vistas inmejorables a la proa del barco, justo donde estaba el helipuerto.

«Qué bien nos vendría un helicóptero», pensé. La puerta con cierre de escotilla era de metal pintada de blanco. A diferencia de las demás, esta no tenía ojo de buey, por lo que no podíamos saber qué nos encontraríamos al otro lado. Por desgracia, era nuestra única salida. Si el puente de mando estuviese plagado de no muertos, la opción sería o bien volver al tejado, o saltar a la proa del barco. Lo cual no era una buena idea, pues se encontraba a unos seis pisos más abajo.

De hecho, nada era una buena idea. No teníamos nada planeado ni ningún rumbo fijado. Lo más parecido que tuvimos fue un plan de acción que consistía en mantenernos con vida el mayor tiempo posible y lejos de esos engendros. Esperar a la caballería, si es que aún quedaba caballería. En definitiva, mantenernos a salvo entre el gimnasio y el restaurante, pero ahora... ahora ya no teníamos nada.

—Ten fe, hijo mío —dijo el padre Callahan—. La esperanza es lo último que debemos perder. Sé que es un sermón muy trillado, pero al fin y al cabo es lo que nos mantendrá con vida: la esperanza.

Debió notar algo en mi rostro. No es que hubiera tirado la toalla, como él pensó. Era más bien un poco de desesperación con algo de cansancio, y por qué no decirlo, miedo.

Gruñidos y golpes. ¿Tal vez pasos?

—¡Jack, aúpame! —ordené—. ¡Rápido!

Jack bajó sus manos y entrelazó los dedos para que apoyase el pie. Puse mis manos en sus hombros y me subió de un impulso, hasta que mi cabeza quedó a la altura del tejado de cristal.

—¡Corred! —grité—. ¡Al puente de mando!

La fontana di morte había colapsado bajo su propio flujo de muertos. Había tal cantidad de engendros, que a medida que caían por el agujero se iban amontonando unos sobre otros, hasta que formaron una montaña en el suelo del restaurante. Ya no caían, solo pasaban andando sobre ellos mismos.

Ya estaban sobre nuestras cabezas.

Terry abrió la puerta y entró al puente de mando. Jack los iba pasando uno a uno lo más rápido que podía, pero ya estaban aquí. Cuando tiró de Margaret, un no muerto cayó entre ella y Sissy, haciendo que se soltaran de la mano. El muerto fue directo a por la pequeña, que salió corriendo hasta llegar a la esquina de la cubierta, quedando atrapada y sin salida. Margaret gritó al tiempo que el muerto saltó sobre la pequeña. En el último segundo, John, con la piel de un tono blanco mortecino, se interpuso entre ellos salvando a la niña.

A cambio se llevó un mordisco en el cuello. John abrazó con fuerza la cintura del no muerto, un adolescente delgado de apenas dieciséis años y unos cincuenta kilos de peso. Lo levantó por encima de la barandilla de la cubierta y lo dejó caer. En aquel mismo instante, a él también le abandonaron las fuerzas. Sus ojos se voltearon y cambiaron su color al blanco. El no muerto, que aún tenía sus dientes clavados en su pálido cuello, lo arrastró con él. Apenas dos segundos después oímos el golpe.

Agarré a Sissy y se la pasé a su madre, que aún gritaba.

Otro muerto cayó sobre Jack, que seguía junto a la puerta. Lo vio venir y cazándolo en pleno vuelo se acercó a la barandilla y lo lanzó directo a la cubierta de proa. Otro zombi cayó del tejado a nuestra cubierta (no podría decir que saltaban), luego otro y después uno más. A duras penas pude zafarme, pero finalmente conseguí entrar al puente de mando.

Jack cerró la puerta escotilla con toda la fuerza de sus enormes brazos.

Terry comprobó que el puente de mando estuviera vacío, y tras un primer escrutinio levantó el pulgar indicando que todo estaba en orden. Sin tener tiempo siquiera de bajar la mano, su dedo desapareció en el interior de la boca de un engendro, tal como Jonas desapareció dentro de la ballena. La puerta de estribor del puente de mando se abrió y en menos de un segundo ya había más de diez no muertos en el interior. Terry, Mary y Martin se encontraban junto a la puerta y quedaron rodeados por una docena de muertos, que no tardaron un segundo en abalanzarse sobre ellos.

Los gritos de agonía resonaban sobre nuestros gritos de terror, y justo antes de cerrar tras de mí la puerta de babor por la que escapamos, pude oír a Mary repetir el nombre de su marido como un mantra de muerte. «Maartin... Maaarti... Maaa...».

Jack cargó con Ernesto y empezamos a bajar a toda prisa por las escaleras metálicas. Todas las puertas de los descansillos que daban a los

pasillos que conducían a los camarotes exteriores estaban cerradas, y en todas ellas podía ver a los muertos a través del ojo de buey, apiñados. Mirádonos como peces de ultratumba. Los pasillos estaban atestados de esas horribles criaturas. Era como si se hubiera desatado algún tipo de plaga salida de la Biblia del diablo.

Al llegar a uno de los descansillos paramos en seco al ver que la puerta se encontraba abierta. Me asomé con cuidado y vi a una veintena de no muertos deambulando por el pasillo en la oscuridad de la noche. Apenas sombras bajo aquella tenue luz de la luna y las pequeñas luces de emergencia. Cuarenta o tal vez sesenta puntos de luz se voltearon hacia mí cuando traté de cerrar aquella puerta. Estaba atascada y chirrió como un gato agónico.

—¡Corred! —grité mientras intentaba cerrar aquella condenada puerta atascada.

El padre Callahan me ayudó a empujar, y al cerrarla descubrimos que estaba rota. El tirador había desaparecido, por lo que ni siquiera podría usar la Z para atrancarla. Los pasos por la cubierta nos anunciaron la inminente llegada de los muertos.

—Condúcelos a un lugar seguro, hijo mío —dijo el padre Callahan.

—¿Qué quiere decir? —pregunté.

—Alguien tiene que impedir que entren aquí —dijo—. La puerta está atascada, por lo que no creo que les resulte muy fácil. Igualmente voy a quedarme para ponérselo un poco más difícil.

—¡No diga tonterías! ¡Baje ahora mismo con los demás! —ordené.

«¡AHHH!».

Un grito de mujer me sobresaltó. Me asomé por la barandilla de la escalera y me pareció ver al grupo casi dos pisos más abajo. Apenas podía verse nada.

—¡Están subiendo! —gritó Margaret.

—¡Subid una planta! —ordené.

—¡Debes ayudarles, hijo! —gritó el padre Callahan—. ¡Ahora!

No tenía opción. Jack cargaba con Ernesto y Mike no servía de mucha ayuda.

—Intente aguantar, padre —dije—. Por favor.

Bajé corriendo un piso y vi que aquella puerta también estaba abierta. Era una puerta roja con la inscripción «salida de emergencia» pintada en blanco. Sin tiempo para pensar salí al pasillo y vi que estaba despejado, pero eso no significaba nada. En aquella oscuridad nada era seguro. Los pasos de

los muertos sobre los escalones metálicos resonaban como una marcha militar acelerada. Seguro o no, daba igual, no había otra salida.

—¡Por aquí! —dije—. ¡Salid todos!

Jack pasó el primero, con Ernesto colgando de su espalda. Una vez hubieron pasado todos, traté de cerrar la puerta, pero me resultó imposible.

—No podrás cerrarla —aseguró Jack—. Estamos en la cubierta siete. Estos son los pasillos de emergencia principales, ¿recuerdas?

Recuerdo que todas las semanas se hacía un simulacro de evacuación. Tenía razón. En la cubierta siete, cuando había una emergencia, las puertas de acceso se bloqueaban y quedaban completamente abiertas para facilitar el paso de los pasajeros a los botes salvavidas.

—¡Mierda, es cierto! —grité.

Un chirrido proveniente del piso superior me reveló de inmediato el destino del padre Callahan, su grito agónico me lo confirmó. Un tropel de no muertos estaba a punto de llegar.

—¡Vamos, corred! —dije—. ¡Rápido, al final del pasillo!

Corrimos lo más rápido que pudimos, teniendo en cuenta que íbamos con una pareja de ancianos, una chica que acababa de dar a luz a un bebé, y una niña pequeña. Me giré y vi cómo ya estaban entrando. No lo conseguiríamos. El final del pasillo estaba muy lejos y ellos muy cerca.

—¡Ash! —gritó Jack.

Cuando me volví vi que por la puerta del final del pasillo, que también estaba abierta, empezaban a entrar más muertos vivos. Estábamos completamente rodeados. Pensé en que si tuviera una pistola aquel sería un buen momento para volarse la cabeza. Levanté la Z por puro instinto, aunque sabía que no iba a poder hacer nada contra tantos. «Quizá me lleve a dos por delante antes de que nos maten a todos», pensé.

En aquel momento Jack se preparó para el ataque, y sin pensarlo, dejó caer a Ernesto sobre uno de los botes salvavidas.

—¡Eso es, Jack! —grité—. ¡Todos a los botes!

Ernesto abrió el portón del bote y se dejó caer en su interior. Eran botes amarillos y de estructura rígida, con forma rectangular y con una protuberancia en su parte superior con cristales, para que el que manejaba el timón pudiese ver. Su aspecto recordaba a la forma con la que los niños pequeños dibujan un coche. Tenían una capacidad para unas doscientas personas, pero lo más importante es que podían alejarnos de aquel condenado barco.

Ya nos habían dado alcance. Salté sobre el bote y desde ahí golpeé a uno en la cabeza, haciéndole saltar los sesos por los aires. Jack también subió y ayudó a la joven pareja.

—¡Rápido! —volví a gritar.

Ya habían entrado casi todos. Alice pasó su bebé a Margaret, y cuando fue a entrar resbaló y cayó hacia atrás. Mike, que estaba justo detrás de ella, pudo sujetarla, pero entonces él acabó en el suelo, y un no muerto se abalanzó sobre él. Jack saltó sobre el muerto antes de que pudiera morder a Mike, y cayendo de pie, le aplastó la cabeza con su descomunal peso. Yo entré en el interior del bote. Jack subió y le tendió la mano a Mike. Justo antes de poder entrar, un no muerto se precipitó sobre Mike desde el piso superior. Trató de quitárselo de encima, pero este le arrancó de cuajo tres dedos de la mano derecha. Mike gritó. Jack, que seguía pateando a los muertos que trataban de subir al bote, no pudo ayudarlo. Finalmente otro no muerto saltó sobre el bote, y un tercero consiguió entrar. En ese momento, el portón del bote se cerró.

Los golpes se sucedieron dentro y fuera de la embarcación. Pude ver por los cristales superiores cómo otro muerto caía sobre Mike, y cómo rodaron sobre el bote hasta precipitarse ambos al mar. Alice, que también lo vio, empezó a gritar totalmente fuera de sí. El no muerto que consiguió entrar en el bote no se hizo esperar. Dudó durante apenas un segundo antes de decidir a por quién ir. Tal vez fueran sus gritos, o tal vez el azar, pero Alice fue la elegida. Saltó sobre ella y clavó los dientes en su cuello. Cuando le aplasté la cabeza ya se había llevado por delante la tráquea de Alice. Ambos quedaron inertes en el suelo del bote. El bebé, que seguía en brazos de Margaret, rompió a llorar.

Sin previo aviso el bote empezó a descender. Subí por la escalerilla que daba al pequeño timón y traté de ver qué estaba ocurriendo fuera. Pude ver a Jack. Estaba de pie sobre la barandilla, sin dejar de patear las cabezas de los muertos que trataban de atraparlo. Junto a él había unas palancas y entonces entendí por qué diablos no entró con nosotros. Cerró la puerta del bote para evitar que nos atacaran. Sabía que el bote solo podía arriarse desde fuera, y sabía que no le hubiera dejado solo. Cerró sin haberse percatado de la intrusión del muerto que acabó con Alice. Jack siguió pateando cabezas hasta que se aseguró de que el bote estaba sobre el mar. Accionó otra palanca y quedamos libres. Mientras nos alejábamos del barco pude ver que dos muertos se abalanzaban sobre Jack y los tres caían al mar.



Apenas habían pasado unos minutos desde que nos encontrábamos flotando sobre el mar, cuando una pequeña luz led iluminó el interior del bote salvavidas. No era tan grande como me pareció en un principio, pero el espacio estaba cuidadosamente bien distribuido. Pequeños bancos atravesaban perpendicularmente el bote, y todos ellos tenían delimitado el espacio que cada uno de los pasajeros debía ocupar. En la zona alta estaba el timón. Un par de palancas, unos botones, una brújula, una radio y un pequeño volante. Eso era todo (más que suficiente).

Todos nos asustamos cuando el bote golpeó el barco. El suave oleaje nos acercó de nuevo y ahora íbamos a la deriva, pegados al descomunal barco como una pulga a un perro.

Empezamos a oír golpes secos sobre el mar. El ruido era como el producido por alguien que salta desde un trampolín y cae en plancha. Los golpes eran cada vez más seguidos, hasta que uno de los impactos no fue en el mar sino sobre el bote. Un no muerto impactó rozando el lateral de la cabina y rajó un cristal.

Sissy empezó a gritar.

—¡Alice está viva! —gritó la pequeña señalando con su dedo.

Miré al suelo donde yacía el cadáver de Alice sobre un charco de sangre. Sus manos empezaron a moverse en rítmicos espasmos. Estaba a punto de... despertar.

Los muertos seguían cayendo sobre nosotros, y el bote salvavidas, pese a su rigidez, empezaba a resquebrajarse. Alice era una amenaza inminente, pero antes de sacarla de la embarcación debía alejar el bote del barco con celeridad.

Una pequeña pegatina con unas instrucciones muy básicas pegada junto

al timón, decían que debía arrancarse el motor antes de que el bote tocara el agua. Ya era tarde para eso. No obstante, seguí las indicaciones y el motor arrancó.

Los espasmos fueron a más y se convirtieron en convulsiones en toda regla. «Un zombi epiléptico», pensé sin poder evitarlo, aun sabiendo que era una estupidez. Agarré a Alice por las axilas y la arrastré hasta el portón del bote.

—Por favor, Misty, ábreme la puerta —dije.

Me fijé en las caras de desaprobación de todos, y pese a ello, nadie dijo nada. Nos gustara o no, es lo que debía hacerse.

Justo antes de que Misty abriera la puerta, unos golpes en el lateral del bote nos sorprendieron.

—¿¡Qué ha sido eso!? —preguntó Ernesto—. ¡Parece que estén subiendo al bote!

Y era cierto. Los golpes fueron avanzando. Primero sonaron en el lateral de la embarcación, y después como pasos sobre nuestras cabezas. Me dio un vuelco el corazón cuando los golpes cesaron justo al llegar a la puerta del bote. Solté a Alice y corrí a por mí Z. En ese momento la puerta se abrió y Alice despertó.

Misty, que seguía junto a la puerta, se quedó paralizada. Alice continuaba tumbada, pero con los ojos bien abiertos. Giró la cabeza de un modo antinatural y clavó su mirada de animal rabioso sobre Misty. Le enseñó los dientes en una mueca grotesca mientras abría y cerraba la boca, haciendo chocar sus dientes como un muñeco de ventrilocuo poseído. Saltó sobre ella.

Una enorme mano apareció por la puerta abierta y agarró a Alice por el pelo, tirando de ella con tal fuerza que esta salió disparada fuera del bote.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Jack asomando la cabeza.

—¡Jack! —grité—. ¡No estás muerto!

Jack saltó al interior del bote y cerró la puerta tras de sí. Misty se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza.

—¡Gracias, Jack! —dijo—. Me alegro de que sigas vivo.

Jack se sintió algo avergonzado ante tal muestra de cariño.

—Bueno... gracias —dijo el grandullón echándose la mano a la cabeza—. Supongo que sí estoy bien. La caída desde el barco fue dura, pero al menos no me mordieron.

—Y qué suerte que pudieras subir al bote, colega —añadió Ernesto.

—Eso sin duda —dijo.

Jack echó un vistazo a su alrededor.

—Tendríamos que tirar eso por la borda —dijo señalando al muerto que yacía en el suelo.

Una vez lanzamos el cuerpo fuera del bote, Jack realizó una serie de comprobaciones. Me sorprendió lo bien equipado que estaba aquel bote salvavidas. Levantó un portón que se encontraba en la popa del bote, justo por debajo del timón, y empezó a inventariar. El equipo estaba compuesto de un maletín con ocho bengalas de mano, cinco cohetes con paracaídas y dos de señales de humo, un ancla flotante para no alejarse demasiado rápido del lugar del naufragio (según dijo Jack). También contaba con bidones de agua dulce, galletas deshidratadas, pastillas contra el mareo, utensilios de pesca, ropa de abrigo, chalecos salvavidas inflables, parches de reparación, un par de navajas, una emisora de generación eléctrica de manivela, linternas con baterías de repuesto, instrucciones de supervivencia, algunos silbatos, espejo de señales e incluso cuatro remos desmontables.

—Dios santo, Jack —dije—. Estos botes son increíbles.

—Sí, es cierto —corroboró—. En un bote como este, y siendo tan pocos, podríamos aguantar un mes sin ningún problema.

Jamás llegamos a comprobarlo.



Miré el reloj. Eran las cinco de la mañana. En apenas una hora y media saldría el sol. Sin embargo, aquella oscuridad nos llevó a buen puerto, por así decirlo.

—¿Rumbo, capitán? —bromeó Jack, sentado frente al timón.

—Buena pregunta, marinero —respondí siguiéndole la broma—. Primer oficial, ¿usted qué opina? —pregunté mirando a Ernesto.

Aquella pequeña broma pareció gustar al resto de nuestra pequeña tripulación. Ernesto continuó con el juego.

—Estas últimas semanas, al atardecer, me he sentado en el restaurante y he contemplado uno de los espectáculos más maravillosos que la naturaleza nos brinda. Un verdadero regalo de Dios. La puesta de sol.

Miré desconcertado a Ernesto, que en un principio pensé que seguiría con nuestra pequeña broma. Y así era. Continuó.

—Capitán, la deriva nos ha llevado en una dirección, y yo nunca iría en contra de la naturaleza. Es la voluntad de Dios, sin duda. Sigamos pues hacia el oeste —dijo muy solemne—. Además, se supone que por ahí se va a América, ¿no?

Todos nos pusimos a reír, pero era, sin duda, una buena idea. Miré a Jack y asentí, y guiándose por la brújula de a bordo puso rumbo al oeste.

—Abróchense los cinturones. ¡Esto arranca! —exclamó Jack.

No notamos el menor atisbo de aceleración y automáticamente todos le miramos.

—Este bote solo tiene un pequeño problema —dijo Jack—. No es que sea muy rápido. Apenas alcanza los seis nudos.

Jack nos miró y mostró una sonrisa de lo más ridícula. Todos reímos.

De repente la sonrisa de Jack se congeló en un extraño rictus. Sus ojos se

abrieron de un modo exagerado.

—No me lo puedo creer —dijo Jack.

—¿Qué ocurre? —pregunté algo nervioso.

El grandullón rompió en carcajadas. Más bien se trataba de una risa histérica.

—Dime una cosa, mi pequeña Sissy —dijo Jack—. ¿Qué viste por la ventana del gimnasio?

La niña se sobresaltó cuando el grandullón se dirigió a ella y se abrazó a su madre.

—Tranquila, cariño, es nuestro amigo Jack. Díselo, vamos.

Dudó un momento, pero finalmente habló.

—Una luz —contestó la niña, algo tímida.

—Eso dijiste, y luego te enfadaste conmigo, ¿verdad? —preguntó Jack.

—Sí. No me creíste.

—Pues pequeña Sissy, te pido perdón porque lo que viste sí era una luz, y para ser más exactos te diré que viste... ¡un faro!

—¿Cómo? —pregunté.

—Amigos, ¡es un faro!

Me coloqué junto a Jack, que señaló con su enorme dedo.

—¡Justo ahí! —dijo.

Miré al vacío de la noche y no vi nada. Le miré extrañado.

—¡Sigue mirando! —añadió nervioso como un niño.

Justo delante de nosotros apareció la luz.

Bajé de un salto y abracé a Misty, luego la besé. Miré a todos con una sonrisa en los labios.

—Un faro —afirmé.

Margaret besó en la frente a su hija y luego besó al bebe, después suspiró.

—Una pregunta, colega —dijo Ernesto—. ¿Está muy lejos ese faro?

Todos nos quedamos mirando a Jack.

—Es difícil saberlo —contestó—. Pero si tuviera que dar una distancia, diría que... entre cinco y diez kilómetros.

—¡Estamos muy cerca! —dijo Misty.

—A nuestra velocidad creo que llegaremos para el amanecer, más o menos —dijo Jack.

Durante la siguiente hora y media estuvimos callados. Comimos algunas galletas y bebimos un poco de agua, pero poco más.

Cuando vi los primeros rayos del sol entrando por las ventanas del bote me acerqué a Jack y contemplé a su lado aquel maravilloso trozo de tierra. Nos miramos y sonreímos orgullosos. Lo habíamos conseguido.

¿Lo habíamos conseguido?

Epílogo

Día 7

Hoy, siete días después de llegar a tierra, empiezo este diario para dejar

constancia de lo ocurrido. Si resulta ser el fin de la humanidad, a nadie le importará, pero si al final seguimos adelante como especie es importante que nuestros hijos sepan cómo empezó todo esto. Sea lo que sea. Por este motivo, mi amado Ashley Jr., este diario es para ti. Juro por Dios que haré todo lo que esté en mi mano para poder entregártelo yo mismo, hijo mío.

Al llegar, dejamos el bote varado en una pequeña cala de arena blanca, a unos cincuenta metros del faro que nos condujo hasta esta pequeña isla.

Jack cree que nos encontramos al norte, en una de las cientos de islas que conforman las Bahamas. Apenas mide un kilómetro y medio de largo por quinientos metros en su parte más ancha. Una pequeña pista de aterrizaje de unos setecientos metros (Jack últimamente tiene la manía de medirlo todo) cruza la isla casi por completo, empezando por su parte más occidental.

Por lo que hemos visto, esta isla se usaba a modo de estación turística para pesca deportiva y buceo. Tiene un pequeño hotel en el centro y unos cuantos bungalows repartidos por la isla, que supongo eran para los empleados. En su parte más oriental tiene un pequeño puerto con dos embarcaciones pesqueras aún amarradas. En general, el estado de la isla es bastante bueno. Quiero decir que no parece que haya habido ningún saqueo o destrozo ocasionado por peleas o ataques. Más bien diría que hicieron las maletas y se fueron.

En resumidas cuentas, nos encontramos todos bien. Solo nueve personas hemos sobrevivido a la pesadilla del *Oasis in the ocean*, que yo sepa. Por lo que el censo de esta isla queda reducido a los siguientes habitantes:

Francesca y su marido Giovanni.

Ernesto.

Misty.

Margaret y su hija Sissy.

La pequeña recién nacida (habría que ponerle un nombre).

Jack Daniel. Mi salvador, sin duda (y aún no se su verdadero nombre).

Y yo, Ashley Russell.

Te preguntarás, hijo mío, ¿y por qué esta necesidad de dejar constancia de lo ocurrido? Pues lo cierto es que no pensaba escribir nada. Estos siete días han sido casi perfectos (y digo casi porque me faltas tú, Ashley Jr.). Todos tenemos nuestra casa asignada. Hay comida y bebida. Un paraíso en el cual vivir merecería la pena, al menos hasta que nos rescatasen... o eso creía.

Esta mañana temprano, un fuerte ruido de metal resquebrajándose nos ha

despertado a todos. Hemos salido corriendo de nuestras nuevas casas y nos hemos encontrado con un escenario de lo más insólito. El *Oasis in the ocean* había llegado hasta nuestra idílica isla, quedando varado a poco más de cien metros de la costa. El gigantesco barco se ha escorado a babor y cientos de no muertos han caído al mar.

¿Llegarán hasta aquí? No creo que sepan nadar, pero si la deriva nos ha traído el barco más grande del mundo, no creo que unos cientos de cadáveres le supongan un problema a esta enorme fuerza de la naturaleza.

Sin duda, esa ha sido la primera gran preocupación de este extraño día. Pero no, no ha sido el motivo por el cual he decidido escribir este diario.

Tras el gran acontecimiento nos hemos citado todos en el centro de reuniones (lo que viene siendo el recibidor del hotel), para discutir qué medidas tomar para garantizar nuestra seguridad en caso de lleguen los muertos a pisar nuestra isla. Al llegar la tarde ya habíamos hecho una incursión hasta el barco, montados en el bote salvavidas. No hemos visto movimiento fuera del barco. Los que caían simplemente se hundían. Nos hemos vuelto a reunir, pero al poco rato hemos oído un ruido muy extraño. Algo parecido a un trueno. El sonido ha ido aumentando hasta que finalmente ha pasado sobre nuestras cabezas.

¡Un avión!

Corrimos como locos al tejado del hotel. Hace tres días encontramos botes de pintura en el almacén del hotel y pintamos todo el tejado de rojo. Luego, con pintura blanca, pintamos las iniciales S.O.S. Al llegar al tejado el avión ya había desaparecido en el horizonte. Apenas unos minutos después pasaron dos aviones más. No eran aparatos comerciales, eran cazas de combate. No entiendo demasiado sobre aviones, pero desde luego sí puedo diferenciar una aeronave de pasajeros de una de guerra. No había desaparecido del todo el estrépito causado por los dos aviones que acababan de pasar, cuando llegaron otros tres cazas volando en formación. No volaban a mucha altura, pero sí lo hacían muy rápido. Nos quedamos atontados mirando al cielo. Solo Jack continuaba haciendo aspavientos con los brazos como si aún le quedara algo de esperanza en que pudieran vernos. Pero no nos vieron. Y si lo hicieron, desde luego su intención no era rescatar a nueve personas perdidas en mitad de una isla. No, esa no era su misión.

Diez minutos después, el mundo cambió para siempre.

Primero fue un gran destello de luz blanca tan potente que iluminó el cielo oscuro del atardecer como lo harían diez soles. Poco a poco esa luz fue

bajando de intensidad, hasta que el sonido de una explosión rugió como el más aterrador de los truenos. Pasado un rato, y con el sonido grave todavía resonando en nuestras cabezas, un golpe de aire caliente y pesado nos golpeó en nuestras caras. Esa misma secuencia se repitió hasta en diez ocasiones más, aunque cada vez con menos intensidad. Cada vez más lejanas.

Y ahí, en el horizonte, vimos cómo se formaban aquellas nubes con forma de hongo. Explosiones nucleares que barrieron toda la costa este. Que barrieron todo anhelo de esperanza. Y por eso hoy quiero dejar constancia de lo ocurrido. Porque si resulta ser el fin de la humanidad, a nadie le importará, pero si al final seguimos adelante... Bueno, ahí va:

Esta historia empieza en Bangor.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, Vicente y María, sin duda. Sin ellos este libro no estaría en tus manos. Y antes de que se me acuse de desparramar obviedades, decir que es una obviedad que deberíamos tener en cuenta todos y cada uno de nuestros días. Gracias por la confianza y la libertad que me disteis, a golpe de cana, para que hiciera siempre lo que me viniera en gana. ¡Así que gracias, papis!

A mis hermanos, Javier y Mar (nena). Sin hermanos pequeños uno no llega a ser nunca el hermano mayor. (¿Obviedad?) Os quiero.

A Óscar Jr. y a Marc, fusionados aquí en Ashley Jr. Recurrí a vosotros en cada evocación afectiva, y ciertamente la distancia duele, con o sin zombis.

A Vicky, por acompañarme todos estos años y aguantar estoicamente cada una de mis constantes locuras. Te quiero.

A mis hermanos adoptivos, Jaume, Marc y Jaime. Siento haberos tratado

tan mal en estas páginas, pero os necesitaba.

Quiero dar las gracias a mi editor Juan de Dios Garduño y a Ana Coto, por vuestros inestimables consejos y por cogerme de la mano y acompañarme en este último tramo (el más arduo y complicado). Gracias por todo el cariño que habéis puesto.

Por último, y no por ello menos importante, a ti. Gracias por haber dedicado tiempo a esta historia. Que al menos te haya servido para disfrutar de un agradable CruZero...